Los Hollister

EN DINAMARCA

8



JERRY WEST

La familia Hollister vuelve a la aventura, esta vez durante unas vacaciones en Dinamarca, donde deben descubrir el paradero de una estatuilla de la Reina de Dinamarca que despareció durante su propio vuelo.





Jerry West

Los Hollister en Dinamarca

Los Hollister - 8

ePub r1.1

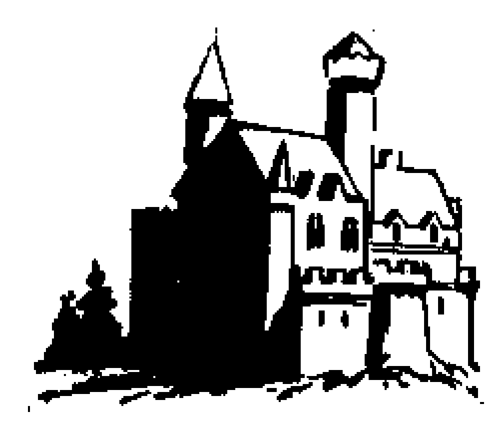
nalasss 14.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Mystery of the Little Mermaid*
Jerry West, 1960
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell & Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UNA SIRENA VOLADORA



—¡Ya veo Dinamarca! —anunció Pam Hollister.

—¿Dónde? —preguntó al instante su hermano Ricky, muy nervioso, aplastando su pecosa naricilla contra el cristal de la ventanilla del avión.

—¡Allí! A través de las nubes. ¡Mirad!

Las exclamaciones de Pam alertaron al resto de la familia Hollister. Frente a Pam y Pete, viajaban Ricky y Holly. Detrás iban los padres, con la chiquitina Sue, que dormía en el regazo de la señora Hollister.

En aquel momento, la más pequeña de los Hollister se despertó y, levantando su cabecita de rizos rubios, se apresuró a mirar por el gran hueco formado entre las nubes algodonosas.

—¡Yo veo un castillo encantado! —anunció Sue.

—Es el famoso Castillo Kronborg —informó la guapa azafata rubia que pasaba por allí en aquel momento—. Algunas personas lo conocen por el Castillo de Hamlet y dicen que todavía pasea por allí el fantasma de un viejo rey.

—¿Por qué no bajamos en seguida, a perseguir al fantasma? —propuso Ricky, entusiasmado.

—¿Y quién era Hamlet? —indagó Holly.

La señora Hollister explicó brevemente que Hamlet era el protagonista de una obra de Shakespeare.

Las torres de Kronborg se elevaban como queriendo llegar al cielo y el sol resplandecía en los fosos que rodeaban el castillo.

A Holly se le ocurrió explicar a la azafata:

—Nosotros descubrimos una vez el misterio de un fantasma, cuando nos marchamos a vivir a la casa de Shoreham. Está en los Estados Unidos.

Al oír aquello, una joven rubia, que se sentaba cerca de Pam y Pete, al otro lado del pasillo, preguntó:

—¿Éste es el primer viaje que hacéis a Copenhague?

—Sí. El primero —contestó Pam a la viajera que sostenía sobre las piernas un pequeño estuche de terciopelo negro.

Pam presentó a toda su familia y a ella misma. La niña se sentía muy orgullosa de su guapa mamá y de su alto y atractivo padre, propietario del Centro Comercial, una ferretería donde se vendían también artículos deportivos y juguetes.

Pete era un simpático muchachito de doce años, con el cabello cortado a cepillo y una amable sonrisa. Cada vez que los Hollister se enteraban de algún suceso misterioso, Pete se interesaba por buscar pistas, al igual que Pam. La niña tenía diez años, el cabello ondulado y un corazón bondadoso que daba a su rostro una dulce expresión.

Ricky, con siete años, y Holly, con seis, eran verdaderos diablillos, pero, a pesar de eso, resultaban tan simpáticos y afables como el resto de la familia. El cabello rojizo de Ricky solía estar siempre revuelto y el chiquillo se mostraba en todo momento dispuesto a probar las diversiones y juegos más peligrosos, como columpiarse sobre una alta cerca o dar un salto mortal. Holly le imitaba con frecuencia, retorciendo nerviosamente sus trencitas.



Todos los hermanos adoran a la pequeñita Sue, de cuatro años, de quien la abuelita Hollister suele decir que es la criatura más linda de esta parte del universo.

Pam se enteró de que el nombre de la viajera, que estaba hablando con ella y con Pete, era Inger Petersen. Regresaba de los Estados Unidos y había tomado aquel avión en Londres. La señorita Petersen dijo a los niños que había muchas cosas interesantes que ver en su país.

—Ante todo, debéis visitar a la Pequeña Sirena del puerto —explicó a los Hollister—. Y también los jardines Tívoli. ¡Es el parque infantil más divertido del mundo!

Pam pidió más información sobre la Pequeña Sirena.

—Naturalmente, no es de verdad —sonrió la señorita Petersen—. Ya sabéis que todas las historias sobre sirenas, esas preciosas criaturas con cuerpo humano y cola de pez en lugar de piernas, no son más que leyendas. Esa estatua tan bonita que tenemos en el puerto de Copenhague fue erigida en honor de la sirenita de un cuento de hadas escrito por Hans Christian Andersen, el autor predilecto de Dinamarca. La sirenita es como un símbolo para Copenhague y ahora se la conoce ya en todo el mundo.

Varias personas mayores, de las que viajaban en el avión, habían estado escuchando lo que explicaba la señorita Petersen. Uno de los que escuchaba era un hombre barbudo que iba dos asientos delante de la joven danesa.

Cuando el hombre volvió la cabeza para oír mejor lo que la

señorita Petersen contaba, Sue exclamó, entre risillas:

—Mami, ¡tendremos que llamarle Cara-Peluda!

—¡Chist! —ordenó la señora Hollister, apoyando un dedo en los labios de la pequeñita.

Pero, por suerte, el hombre barbudo no parecía haber oído las palabras de Sue, porque se mostraba muy interesado sólo por oír hasta la última palabra de lo que contaba la danesa. Pete se dio cuenta, con extrañeza, de que el hombre tenía la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta y no la sacó siquiera cuando puso en su boca un cigarrillo y lo encendió, valiéndose para todo ello de la mano izquierda. El muchachito comentó aquel detalle con Pam.

—Puede que tenga la mano derecha herida —contestó Pam sintiéndose compasiva.

Los niños volvieron a prestar atención a lo que decía entonces la señorita Petersen:

—Puesto que no habéis visto todavía nuestra Sirena, ¿queréis que os enseñe una miniatura de esa estatua?



—¡Sí, sí! —contestó Holly, entusiasmada.

Todos los niños abandonaron sus asientos para rodear a la señorita Petersen, quien, con mucho cuidado, abrió el estuche de terciopelo que llevaba en el regazo, de donde sacó la figura de porcelana más delicada y bonita que los Hollister habían visto nunca.

—¡Oh! ¡Es preciosa! —aseguró Pam, llena de admiración.

La sirenita tenía una expresión triste en su delicada cara y estaba sentada sobre una roca en la que enroscaba graciosamente su cola.

—¿Puedo tenerla un momentito? —pidió Holly.

—Si tienes mucho cuidado… —repuso la señorita Petersen, que luego explicó que la figurita pertenecía a la familia real danesa—. Yo soy secretaria de la familia; me encargaron que fuese a Nueva York, donde se ha exhibido esta linda copia de la Sirenita y ahora tengo que devolvérsela a la reina.

La señora Hollister habló entonces, para advertir:

—Creo que los niños no deben tocar la figura.

—No hay nada que temer —repuso la danesa—. Estoy segura de que la tratarán bien.

Cuando la señorita Petersen dio a Holly la Sirenita, el barbudo les miraba atentamente y no apartó los ojos de la niña, que contemplaba la figurita, aproximándola mucho a su carita.

—¡Qué preciosísima! —exclamó Holly, extasiada, y luego, con una risa, añadió—: El primer día que vuelva a bañarme, me pondré también una cola.

Pam preguntó si también ella podía tener la figurita en sus manos un momento. Después que Pete y Ricky hubieron sostenido también la Sirenita de porcelana para contemplarla de cerca, Sue rogó que se la dejasen a ella.

—Temo que pueda… —empezó a decir la señora Hollister, mientras su hija menor sostenía aquella diminuta obra de arte.

En aquel momento el avión, al aproximarse a Copenhague, hizo un giro y tropezó con un bache. Al inclinarse, el aparato dio una sacudida lo bastante fuerte como para que Sue perdiese el equilibrio y la figura se le escapase de las manos y saliese por los aires.

Los Hollister dieron un grito de consternación y la señorita Petersen contuvo el aliento, con angustia. Todos se mostraron muy alarmados, excepto Sue. ¡Cuando la sirenita descendió hacia el suelo, la pequeñita la recogió sencillamente en el aire, entre sus manos gordezuelas!

—¿Veis? ¡No se ha hecho ni un poquito «así» de daño! —informó, muy contenta.

Con una carcajada, Ricky declaró:

—¡Es una sirena voladora, en lugar de una sirena nadadora! ¡Qué bien lo has hecho, Sue!

Mientras Sue devolvía la figurita a la señorita Petersen, el barbudo se levantó de su asiento, y con voz baja y áspera preguntó:

—¿Puedo verla yo también?

—Sí —replicó la danesa—. Pero prefiero que la vea dentro del estuche.

Volvió a meter la sirenita en su estuche de terciopelo y ofreció éste al hombre que lo tomó con la mano izquierda, mientras su mano derecha seguía dentro del bolsillo.

En lugar de mirar la figurita allí mismo, el barbudo volvió a su asiento y estuvo allí varios segundos. Todos oyeron luego el chasquido del estuche, al ser cerrado. El viajero se levantó, entonces para devolver la cajita a la señorita Petersen.

—Gracias. Es una finísima labor de artesanía —comentó.

La señorita Petersen explicó que Copenhague era famosa por sus trabajos artísticos y, en particular, por sus porcelanas y platas repujadas.

Al oír aquello, Pete sonrió y se llevó la mano al bolsillo, preguntando:

—¿Quiere ver una cosa bonita de América?

—Naturalmente.

Pete sacó una navajita de marfil y se la mostró a la danesa. En uno de los lados de la navaja se veía, incrustada en oro, la silueta de un perro pastor, corriendo. El muchachito explicó que su tío Russ, que era dibujante de historietas, se lo había regalado el día que cumplió los doce años.

—El animal es Zip, nuestro perro pastor.

—Es una navaja muy bonita —aseguró la señorita danesa.

—Me gustaría verlo, también —dijo el barbudo, con su voz opaca.

Pete se acercó a enseñársela y el hombre examinó atentamente la navaja, tomándola con la mano izquierda. Pete volvía a guardársela en el bolsillo, en el preciso momento en que el letrero luminoso del exterior de la cabina del piloto indicaba que los pasajeros debían ajustarse los cinturones.

Los hermanos Hollister volvieron a sus puestos y se sentaron, en

silencio, mientras el avión iba descendiendo más y más, hasta que sus ruedas resbalaron suavemente sobre el asfalto de la pista de aterrizaje del aeropuerto de Copenhague.

—¡Canastos! —Exclamó Ricky, con una amplia sonrisa—. ¡Ya hemos llegado! ¡Hemos cruzado todo el océano!

Cuando el aparato se detuvo, los Hollister se desabrocharon los cinturones, recogieron los abrigos y se encaminaron a toda prisa hacia la salida. Al pasar casi corriendo, Pam tropezó sin querer con el abultado maletín que llevaba el hombre barbudo.

—¡Perdón! —dijo Pam, siempre bien educada.

El hombre no contestó, pero la miró con la frente fruncida en una arruga de enfado. En aquel momento, Pam se fijó en que el hombre había sacado la mano derecha del bolsillo y en que llevaba guantes amarillos.

Los Hollister dijeron adiós a la azafata al cruzar la puerta de salida. Un oficial, que estaba al pie de la escalerilla plegable, les condujo hasta el edificio de aduanas, donde otros pasajeros se habían situado ya ante un largo mostrador.

Se disponía el señor Hollister a mostrar el pasaporte de él y su familia, cuando seis policías entraron a toda prisa en el edificio.

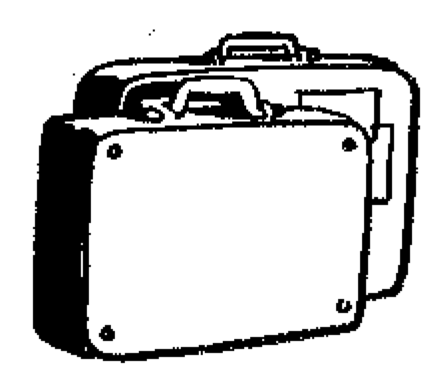
—¡Atención! —exclamó uno de los policías, en voz alta e imperiosa—. Lamentamos lo que ocurre, pero nos vemos obligados a retenerles aquí para interrogarles.

—¿Por qué? —preguntó el señor Hollister con asombro.

La respuesta llegó inmediatamente, en voz tensa.

—¡Se ha cometido un robo en el avión procedente de Nueva York! ¡Ha desaparecido una costosa figura que representa una sirena y que es propiedad de la reina!

UN MOTORISTA QUE HUYE



¡Habían robado la valiosa Sirenita a la señorita Petersen! Los Hollister se miraron unos a otros con expresión lastimera. Luego, el policía explicó que, en el lugar de la preciosa Sirenita, había sido colocada una mala imitación.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡No hace más de unos minutos que hemos llegado a Dinamarca y ya estamos complicados en un misterio!

Los pasajeros del avión aguardaron, llenos de asombro, mientras la policía registraba su equipaje.

—Lamento causarles tanta molestia, señora —dijo a la señora Hollister el policía que registraba el equipaje de la familia.

Pam se acercó a su hermano mayor, para decirle:

—Pete, a lo mejor nosotros podemos ayudar a la Policía.

—Hay que hacerlo, si podemos. ¿Viste a alguien sospechoso en el avión?



—No quiero decir sospechoso —contestó la niña— pero el señor Cara-Peluda…

—¡Tienes razón! ¡Es una buena idea! —se entusiasmó Pete, interrumpiendo a su hermana—. ¿Verdad que fue él el último en examinar la Sirenita?

—Sí. Él fue el último.

Y Pam explicó que, además, el hombre de la barba había fruncido el ceño con indignación, cuando ella tropezó con su maletín.

—A lo mejor, la Sirenita iba dentro del maletín y el hombre temió que, al tropezar, la hubieras roto, Pam.

En aquel momento entró la señorita Petersen, con los ojos enrojecidos por haber estado llorando.

—Siento mucho lo que ha ocurrido —dijo Pam, amablemente, tomando a la señorita Petersen por el brazo.

Y Pete se apresuró a añadir:

—Yo también. A lo mejor nosotros podríamos ayudarla. ¿Quiere contarnos lo que ha ocurrido?

La danesa, que todavía llevaba en sus manos el pequeño estuche de terciopelo, lo abrió para enseñar a los niños la figurita de porcelana que habían puesto en sustitución de la primera. Se parecía a la Sirenita, pero podía advertirse a primera vista que era una burda imitación, de las que se venden en las bisuterías y tiendas de «souvenirs».

A media voz, Pam explicó a la danesa sus sospechas respecto al

hombre barbudo que se encontraba en aquellos momentos en el extremo del largo mostrador que quedaba muy cerca de la calle.

—¡Ooooh! —se sorprendió Pam—. Si ahora no lleva el maletín…

—Debemos hablar de eso a la policía —opinó la señorita Petersen, acercándose en seguida a uno de los oficiales, a quien dirigió unas breves palabras en danés.

El hombre uniformado asintió con un cabeceo y, a toda prisa, se aproximó al barbudo. Los niños y sus padres fueron tras el policía.

—Perdóneme, señor —dijo el policía, cortésmente—. Quisiera hacerle unas preguntas. En primer lugar, ¿cuál es su nombre?

El hombre miró a los niños con ojos llameantes; luego fijó la mirada en el policía.

—Me llamo Pancho Schwartz —contestó y en seguida volvió a mirar a los Hollister, pensativo, antes de preguntar—: ¿Qué le han contado estos críos? ¿Por qué me acusan?

—Nadie le ha acusado —aseguró el oficial—. Pero ha desaparecido una costosa figura de porcelana y tenemos que encontrarla. Usted vio esa figura en el avión, ¿no?

—La vi.

—¿Se quedó usted con ella?

—¡Qué tontería!

—En tal caso, no le importará que le registremos.

—Si eso ha de ser un placer para los Hollister, regístreme —fue la gruñona respuesta del hombre.

En aquel momento el señor Hollister avanzó unos pasos, apretando los labios.

—Debo advertirle que me ofende su grosería, señor Schwartz —declaró—. Mis hijos sólo están intentando ayudar a las autoridades. Si es usted inocente, no tiene nada que temer.

—¡Bah! —masculló furibundo el barbudo, mientras le registraban los bolsillos—. Pagarán ustedes cara esta afrenta.

No se encontró nada en sus bolsillos y por el rostro del señor Schwartz cruzó una diabólica expresión de triunfo. Tampoco en sus maletas se encontró rastro de la Sirenita.

El sospechoso empezaba a mostrar expresión de complacencia, cuando el oficial le preguntó:

—¿Dónde está su maletín?

—¿Maletín?

—Sí. El que llevaba usted en el avión.

El barbudo extendió sus manos enguantadas hacia el policía, en un gesto, de inocencia.

—No llevaba ningún maletín.

—Sí lo llevaba —declaró valientemente Pam, volviéndose a explicar al policía que ella había tropezado con el maletín de aquel viajero, mientras estaban saliendo del avión.

El hombre palideció y empezó a gritar:

—¡Esta cría no sabe de qué está hablando! —De pronto, se llevó una mano al pecho, murmurando roncamente—. Estoy… estoy enfermo. Voy a desmayarme.



Pam y el oficial de policía se aproximaron a toda prisa para ayudarle a acercarse al banco más próximo. Mientras el policía

desabrochaba el cuello de la camisa al señor Schwartz, procurando aliviarle, Pete pensaba en el maletín desaparecido. Instintivamente volvió la cabeza hacia el avión en el que acababan de llegar y lo que vio le hizo prorrumpir en un grito de alarma.

Un objeto aplanado, de color marrón, se encontraba junto a las ruedas del avión.

—¡El maletín! —gritó Pete—. ¡Debe de ser aquél el maletín del señor Schwartz!

Uno de los policías corrió al lado de Pete, a tiempo de ver a un desconocido que montaba a una moto, aparcada en el exterior del edificio de la aduana. El hombre, delgado y huesudo, condujo a toda velocidad la motocicleta al interior de la pista, se detuvo bajo el ala del aparato, recogió el maletín y se alejó a toda velocidad.

Pete emprendió la carrera, saliendo tras el hombre de la moto, que cruzaba la pista con la rapidez de una flecha.

El policía, saliendo a toda prisa tras el muchachito, ordenó:

—Tú quédate aquí. Es peligroso circular por la pista, con tantos aviones tomando tierra y despegando. Déjale de mi cuenta. Yo le alcanzaré.

Viendo lo que ocurría, los otros cinco policías se unieron a la persecución. Uno de ellos subió a una motocicleta, mientras los restantes subían a un coche patrulla y salían tras el fugitivo. Los Hollister se quedaron mirando, mientras todos los vehículos se alejaban, atravesando la pista de extremo a extremo.

—Voy a hacer unas preguntas sobre todo esto al señor Cara-Peluda —dijo Pete, volviendo al edificio de aduanas.

El muchachito buscó con la mirada al señor barbudo, pero… ¡no pudo verle por parte alguna!

—¿A dónde se habrá ido? —preguntó Pete con asombro.

—Pero, si tan sólo hace un momento estaba aún en ese banco… —comentó la señora Hollister.

Y Ricky opinó:

—Ha debido de marcharse mientras todos estábamos mirando hacia la pista.

—¡Qué lástima! —Se lamentó Pam—. Ahora ya no podremos ayudar a la señorita Petersen.

Pero el pecosillo Ricky declaró, muy serio:

—De todos modos, encontraremos a ese hombre. ¿No has dicho que Dinamarca es un país pequeño, mamá?

La señora Hollister sonrió, asintiendo, mientras ayudaba a su marido a cerrar las abiertas maletas, y dijo que Dinamarca era pequeño en comparación con los Estados Unidos.

—No obstante, aquí habitan unos cuatro millones de personas —añadió—, y puede resultar una tarea muy difícil encontrar al señor que llamáis Cara-Peluda.

Las palabras de la madre fueron como un reto, tanto para Pete como para Pam. Los dos hermanos se fueron a un rincón para hacer comentarios sobre el misterioso sospechoso.

—Si el señor Schwartz llevaba guantes y todo el tiempo escondía la mano derecha en el bolsillo, incluso al salir del avión, puede que fuese porque ocultaba una cicatriz —razonó Pam.

En aquel momento, regresaron los policías, con caras muy serias. Explicaron que el fugitivo había conseguido huir, dejando su motocicleta en una zanja y apoderándose de una bicicleta; de ese modo había podido escapar, mezclado entre la multitud.

—Pero ¿se ha escapado en bicicleta? —preguntó Holly, que casi no podía creer lo que estaba oyendo.

—Sí —repuso uno de los policías—. Y ha demostrado ser muy listo al hacerlo.

Los niños Hollister se enteraron entonces, por primera vez, de que en Dinamarca había muchas más bicicletas que coches. Y resultaba mucho más difícil identificar a una persona que montase en bicicleta, que si iba en cualquier otro medio de locomoción.

—¿Cuántas bicicletas hay en Copenhague? —preguntó Pete.

Le contestaron que en la ciudad había cerca de un millón de habitantes y casi cada uno poseía su propia bicicleta.

La policía estaba ahora convencida de que el señor Schwartz era quien se había apoderado de la figurita de porcelana, y dieron las gracias a los Hollister por su ayuda.

Entonces el señor Hollister se volvió a sus hijos, anunciando:

—Próxima «parada», nuestro hotel de Copenhague.

—¿Cómo vamos a ir hasta el hotel, papaíto? —indagó Sue.

—Seguidme y os lo enseñaré —sonrió el padre.

Todos salieron rápidamente del edificio de aduanas y

encontraron su equipaje perfectamente alineado en el bordillo, junto a una pequeña furgoneta.

—Otra miniatura —dijo Pete, riendo.

—Es lo más grande que he podido encontrar para alquilar —contestó el señor Hollister—. Creo que aquí todo es pequeño, de reducido tamaño.

Después de que un mozo ayudó a Pete y a su padre a sujetar las maletas en el porta-equipajes, el señor Hollister puso el vehículo en marcha, y todos se alejaron alegremente del aeropuerto hacia la gran ciudad de Copenhague.

Durante todo el trayecto encontraron el camino invadido por ciclistas que pedaleaban en ambas direcciones.

—Hay que ser muy prudente conduciendo por aquí —reflexionó la señora Hollister, añadiendo un momento después—: ¡Mirad qué preciosidad!



La madre señalaba hacia una gran extensión cubierta de tulipas recién abiertas.

—¡Es igual que una alfombra de flores! —declaró, poéticamente, Pam—. Papaíto, ¿por qué no paramos un momento para verlo bien?

El padre llevó al momento el vehículo a un lado de la carretera y estacionó, diciendo:

—Empezaremos aquí nuestra visita y contemplación de Copenhague.

Todos miraron entusiasmados la gran parcela de terreno, cubierta de rojas tulipas que fluctuaban con el viento, semejando un

ligero oleaje marino.

Los Hollister siempre habían asociado las tulipas con Holanda y quedaron verdaderamente sorprendidos viendo que aquellas mismas flores crecían con tanta profusión en Dinamarca.

—Holanda no queda muy lejos de aquí —les recordó la señora Hollister—. Seguramente las tulipas crecen bien en todos los países que circundan Holanda.

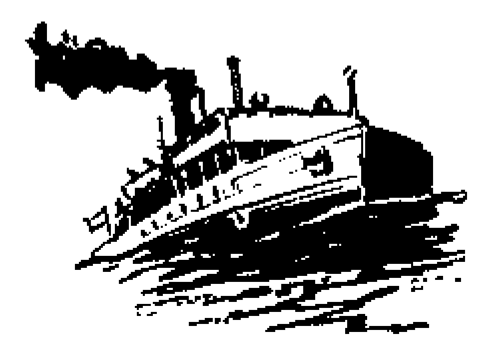
Mientras todos seguían mirando las flores, Sue se sintió atraída por una sola, de tamaño gigantesco, que se encontraba al otro lado de la carretera.

«Cómo me gustaría recogerla para mi mamita», pensó la chiquitina.

Inmediatamente después, Sue miraba a uno y otro lado de la carretera. Por la izquierda, un grupo de ciclistas avanzaba pedaleando en dirección a la pequeña quien, sin embargo, calculó que, si corría bastante, tendría tiempo sobrado de cruzar.

Sin pensarlo más echó a correr; pero, al llegar al centro de la carretera, se sintió asustada, los ciclistas avanzaban mucho más de prisa de lo que ella había supuesto y estaban ya a punto de llegar a su lado. La pequeñita se sintió como atrapada. ¿Qué debía hacer? ¿Seguir adelante, intentando acabar de cruzar la carretera, o volver atrás?

RICKY SE HACE UN BUEN «CHICHÓN»



Aturdida por la proximidad de las veloces bicicletas, Sue no sabía qué hacer.

—¡Ayudadme! ¡Papá! —exclamó.

Pero, cuando su familia se volvió a mirar, era ya demasiado tarde para acudir en su ayuda. Los ciclistas procuraron hacerse a un lado, para no atropellar a la asustada niña.

De pronto, una joven delgada, de aspecto atlético, que montaba una bicicleta roja, se inclinó y asió a la pequeñita con su brazo derecho.

—¡Ooooh! —exclamó Sue, al sentirse elevada por los aires.

La ciclista se hizo a un lado de la carretera y dejó a Sue en brazos de la señora Hollister, con la misma facilidad con que le habría entregado un perrito de trapo, ligero de peso. Los ojos de la chiquitina se llenaron de lágrimas.

—Yo sólo quería recoger una flor para mami —explicó la niña, entre risas y lágrimas—, pero estas «bici» no me han dejado.

Su salvadora se echó a reír alegremente, mientras con una mano se apartaba el mechón de cabello rubio que le caía por la frente.

—Me parece muy bien que hayas querido hacer ese regalo a tu mamá.

El señor y la señora Hollister dieron las gracias a la muchacha,

quien les dijo que se llamaba Karen Clausen.

—Mis amigos me llaman Karen. Ustedes también pueden llamarme así. Me alegro mucho de haber podido hacer un favor a visitantes americanos.



Pam calculó que la amable muchacha danesa debía de tener unos veinte años. Los dientes de Karen eran blanquísimos; su nariz, graciosamente remangada y los ojos azules. Llevaba el lacio cabello recogido con horquillas de colores, formando un bien peinado moño en la nuca.

Cuando se secaron las lágrimas de Sue, la pequeña se desprendió de los brazos de su madre y fue a abrazar a la joven danesa.

—Te quiero mucho —declaró la niñita—. Tenemos que ser amigas.

—Naturalmente, hijita —concordó Karen, inclinándose hacia

Sue.

—¿Quieres ayudarme a hacer una cosa?

—Sí. ¿Qué es?

—Ayúdame a recoger aquella flor.

Todos los Hollister contuvieron la risa cuando Karen tomó a Sue de la mano y la condujo a través de la, carretera. Sue se apoderó de la hermosa tulipa y se la entregó a su madre.

—¿Por qué no vamos ya al hotel? —preguntó Ricky, impaciente, subiendo ya al vehículo.

Pero Sue no quería separarse de Karen.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —invitó a la ciclista.

—Eres una niña muy amable. Pero no puedo. Voy camino de mi casa. Tengo una idea mejor. ¿Por qué no se detienen ustedes un momento en mi casa a tomar un vaso de leche y a ver unos graciosos enanitos? Vengan conmigo.

Viendo la expresión suplicante en los ojos de todas sus hijas, el señor y la señora Hollister accedieron a ir.

—También tengo un secreto que mostrar a los chicos —prometió Karen, montando ya en su bicicleta y empezando a pedalear.

El señor Hollister la siguió, a cierta distancia, hasta que Karen giró a la derecha, internándose en un sendero que avanzaba en línea recta.

—¡Canastos! ¿A dónde vamos? —Exclamó Ricky—. ¡Delante sólo se ve agua!

Pam se estaba preguntando cuál sería el secreto de que había hablado Karen, cuando, de repente, describiendo un giro, se internaron en un bosquecillo de arbolado. Delante de los árboles, muy cerca de la orilla, se levantaba una casita encarnada con persianas blancas y tejado cubierto de paja. Unos diminutos arbustos verdes flanqueaban el umbral. En las esquinas de la casa y detrás de cada arbolillo, se veía un gnomo esculpido en madera.

—¡Mirad! ¡Son enanitos de las nieves! —gritó Holly, mientras Karen desmontaba de la bicicleta.

Cuando los Hollister salieron del coche, Karen explicó que aquélla era la casa de su abuelo o «Farfar», como se decía en danés, y de su abuela, o «Farmor».

—«Farfar» es un capitán de marina retirado —explicó la danesa

—. Él ha hecho esos enanitos en madera, como distracción, y también talla barcos en miniatura.

Ricky clamó por ver inmediatamente a «Farfar», pero se le informó de que aquel señor no se encontraba en casa.

—Pero está «Farmor». Entren y se la presentaré —ofreció Karen.

Cuándo los Hollister entraron en la coquetona salita, una señora atractiva, de cabellos plateados, se levantó de la silla en que había estado haciendo calceta y saludó a los visitantes.

—«Farmor» —dijo Karen—, ésta es la familia Hollister, de América.

Y luego, la joven danesa contó cómo había conocido a la familia.

«Farmor» hablaba inglés, también, pero no tan perfectamente como su nieta.

—A Karen le gustan los americanos —sonrió «Farmor», mientras estrechaba la mano a cada uno de los visitantes—. «Ja». Son ustedes de carácter alegre como los daneses.

Luego, haciendo un simpático guiño a la señora Hollister, la anciana añadió:

—Además, a Karen le gusta practicar el inglés, o mejor dicho, el americano, con los visitantes.

La señora Clausen pidió a sus visitantes que se sentaran y ella marchó a la cocina, seguida por Karen. Momentos más tarde volvía a presentarse con una bandeja de repostería danesa. Karen llevó vasos de leche para los niños y té caliente para los mayores.

—¡Qué repostería tan deliciosa! —Dijo la señora Hollister—. ¿Lo ha hecho usted misma? —preguntó a la abuela de Karen.

—«Ja» —respondió la anciana—. Es lo que llamamos «wienerbrod» y lleva tres días el prepararlo.

«Farmor» Clausen saboreó el té y luego comentó:

—Por lo visto Sue ha estado a punto de sufrir un accidente. En Dinamarca deben de tener ustedes mucho cuidado con las bicicletas.

—Sí —concordó Karen—. Lo más cómodo y seguro sería que también montasen ustedes en bicicleta.

A lo cual el señor Hollister repuso:

—Eso tenemos intención de hacer. Creemos que es un excelente medio para ver Copenhague.

—Les gustará la capital —aseguró Karen—. Hay muchas cosas interesantes que ver. ¿Han oído hablar de Tívoli?

—Sí —contestó Pam—. En el avión, una señora nos ha hablado de eso.

—Tívoli es aún más bonito por la noche —informó «Farmor».

Pete y Ricky ya habían acabado de tomar la leche y los dulces y el mayor de los hermanos pidió permiso para salir, preguntando:

—¿Podemos ir a mirar por los alrededores?

—«Ja, ja» —asintió «Farmor».

Ricky también pidió permiso y los dos muchachitos salieron a toda prisa de la casa.

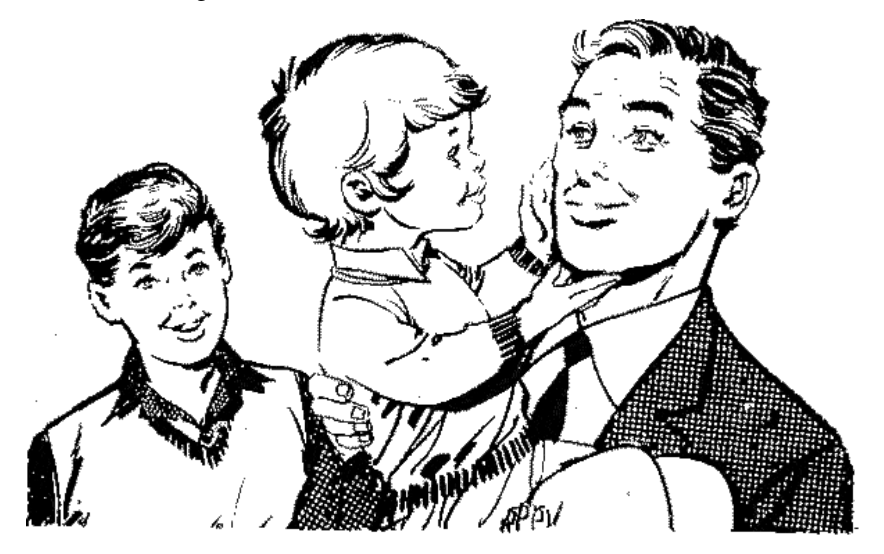
—¡Canastos! —exclamó el pecoso con entusiasmo—. Este sitio es superestupendo, Pete.

Los dos se encaminaron hasta la parte trasera de la propiedad, que terminaba en un paredón de piedra, levantado a orillas del agua.

—Seguramente es un canal que llega hasta la bahía —opinó Pete.

—¿Crees que los Clausen tendrán una embarcación? —preguntó Ricky.

Los dos hermanos miraron por los alrededores, pero no vieron embarcación alguna.



Cuando volvían, después de haber dado la vuelta por los

exteriores de la casa, Pete vio una escalerilla de mano que iba desde el suelo hasta el tejado cubierto de paja.

—Mira —dijo, señalando un recuadro de paja nueva—. Seguramente «Farfar» está reparando el tejado.

Un travieso resplandor asomó a los ojos de Ricky.

—Se me ha ocurrido una buena idea —declaró, haciendo chasquear los dedos—. Subiremos al tejado y seguramente se verá una perspectiva estupenda.

—No estoy muy seguro de que debamos hacer eso —objetó cautamente Pete—. A lo mejor a los Clausen no les gusta.



—¡Canastos! Pero ¡si yo no soy demasiado pesado! No puedo estropear la paja —insistió el pequeño.

Un tanto indeciso sobre lo conveniente de lo que su hermano iba

a hacer, Pete observó cómo Ricky trepaba por la escalerilla con la agilidad de un mono.

—¡Mira, mira! —gritó el pequeño alegremente—. ¿Ves qué fácil es subir?

Apoyado en manos y rodillas, Ricky avanzaba por el tejado inclinado. La paja procedente de hierbas del pantano, resultaba muy resbaladiza. Sin embargo, aplastándose bien sobre el tejado y arrastrándose lentamente, Ricky no tardó en llegar a un trecho horizontal que había en lo alto.

—¿Qué ves desde ahí? —preguntó Pete a su hermano.

—Barcas de vela —notificó Ricky—. Hay una que se aproxima al canal, muy rápida. A lo mejor viene hacia aquí.

Después de haber visto cuanto había que ver, Ricky empezó a descender por el inclinado tejado. Estaba a medio camino cuando empezó a resbalar. Muy asustado, el muchachito intentó sujetarse a las hierbas secas, pero cada vez descendía con mayor rapidez.

—¡Ayúdame, Pete! —gritó apurado.

Pero Pete no podía hacer nada en su favor. Al llegar al alero del tejado, Ricky se vio lanzado al espacio. Pete corrió a su lado.

¡Plom!

—¡Oh! ¡Ay!

Los dos muchachos rodaron por tierra, formando un enredijo de piernas y brazos. Luego quedaron un momento inmóviles sobre el terreno cubierto de hierba. El señor Hollister, que había oído ruidos y palabras inesperadas, salió corriendo de la casa y ayudó a sus hijos a levantarse.

Pete, que había quedado sin aliento, explicó, jadeante.

—Ricky… ha resbalado del… tejado.

—Me he machacado la cabeza, papá. ¡Oh! ¡Cómo me duele! —gimió Ricky, frotándose el «chichón» que iba creciendo en su frente.

Para entonces ya todos habían salido de la casa y rodeaban a los dos chiquillos. «Farmor» tomó a Ricky de la mano, diciendo:

—Vamos a dentro. Yo te curaré esa hinchazón.

Ricky se irguió, muy digno, y, sintiéndose un héroe, entró en la casa con «Farmor». Ella fue a la cocina, sacó un pedazo de hielo del refrigerador, lo envolvió en un paño y lo oprimió sobre la frente de Ricky, cuya hinchazón empezó a descender.

—Ricky, has sido muy travieso subiéndote al tejado —amonestó la señora Hollister a su hijo.

—Perdóname, mamá —pidió Ricky. Y mirando a «Farmor» añadió, con una risilla traviesa—: He patinado estupendamente, mientras ha durado el tejado…

—Tenemos que dar gracias a Dios de que nuestra visita a Dinamarca no haya empezado con algún hueso roto —murmuró la señora Hollister.

Haciendo un guiño al avergonzado Ricky, Karen propuso:

—¿Os parece bien que vayamos a ver el modelo de barco que está haciendo «Farfar»?

—¡Estupendo! —declaró Pete.

También las niñas estaban deseando verlo y todos los Hollister siguieron a Karen al vestíbulo, que llegaba hasta el taller de «Farfar». La muchacha danesa abrió la puerta. Arrimado a una de las paredes laterales había un banco de carpintero y, sobre el tablero, un precioso modelo a escala de un buque.

—Parece de verdad del todo —resolvió Holly asombradísima, mientras entraban.

—Está casi acabado. Sólo le faltan las jarcias —explicó Karen.

Unidos a los tres mástiles del buque en miniatura había vergas y otros complementos hechos a escala precisa.

—Es precioso —declaró Pam—. ¿«Farfar» lo está haciendo para regalárselo a alguno de sus nietos?

—No —contestó Karen—. «Farfar» va a regalarlo a la iglesia.

—¿A la iglesia? —preguntó Pam, asombradísima—. ¡Nunca he visto un barco en una iglesia!

Karen explicó a los Hollister que el diminuto buque sería regalado a la iglesia en memoria de los marineros con quien «Farfar» había navegado años atrás. Pam declaró, encantada:

—Es una costumbre muy bonita. Cuéntanos más sobre ello.

La danesa dijo que, en Dinamarca, aquellos modelos se llamaban «kirkeskibe» y que en otros países del sur de Europa les daban el nombre de modelos de buques votivos. Estaban hechos como ofrenda por los hombres de mar que, en momentos de peligro, prometían hacer un modelo de su barco para la iglesia, si se salvaban.

—Son ofrendas que tienen mucho valor porque están hechos a mano por los donantes —informó «Farmor».

—Estos barcos suelen colgarse del techo de las iglesias —siguió explicando Karen, mientras los niños miraban, fascinados, el brillante casco del buque minúsculo que tenían ante sus ojos.

—¿Y se quedan allí para siempre? —quiso saber Holly.

Le contestaron que la mayoría de los barquitos eran bajados y revisados con intervalos de pocos años.

—¡Qué sitio tan estupendo para esconder un tesoro! —se le ocurrió decir a Pete, que ya se estaba preguntando si no habría algún tesoro oculto en alguno de aquellos «kirkeskibe» de las iglesias.

—¡Cielo santo! —exclamó Karen riendo—. Hablas igual que un detective, Pete. Y, desde luego, tienes razón.

Karen explicó que, en la bodega de muchos de aquellos barquitos en miniatura, se guardaban los documentos del barco, dando información sobre el donante y la fecha en que lo regalaba a la iglesia. A veces, esos documentos estaban escritos primorosamente a mano, sobre pergamino. Por lo general se guardaban dentro de urnitas metálicas o de cristal.

Sonriendo, Karen prosiguió:

—Mis niños sienten mucho interés por los barcos de las iglesias.

Pam levantó la cabeza, perpleja.

—¿Sus niños? ¿Tiene usted hijos?

La joven rió a carcajadas.

—No, no —repuso—. Me refiero a los niños de mi clase de párvulos. Soy maestra de un parvulario.

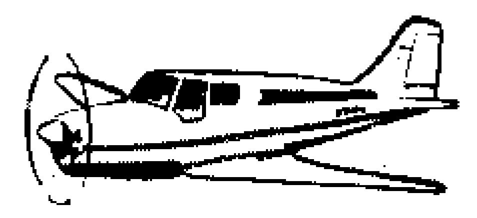
Mientras todos se echaban a reír, Karen dijo que su escuela no estaba abierta durante los meses de verano.

—Tengo muchos niños de cuatro años, como Sue.

Al decir aquello, Karen buscó con la mirada a la pequeñita. Sue se había acercado a la ventana y miraba a través de los cristales, con los ojos redondos como platos.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Ahí llega el señor Cara-Peluda!

¡UN SALTARÍN!



Todo el mundo quedó perplejo ante la exclamación de Sue. Los Hollister eran los más asombrados. ¿Qué estaría haciendo allí el señor Cara-Peluda?

También Karen miró por la ventana y al momento dijo, riendo:

—¡Ya llega «Farfar»! Tienes razón, Sue. Su barba es muy espesa. Mirad. Acaba de amarrar la barca. Vamos, os presentaré.

Karen condujo a los cinco hermanos hasta la puerta y luego hasta la orilla del agua, donde acababa de ser amarrada una bonita barca de vela. Ricky la reconoció inmediatamente como aquella que él había visto.

Pronto la atención de todos se fijó en el anciano que se aproximaba a ellos a paso rápido.

—¡«Farfar»! —saludó Karen—. He traído a unos nuevos amigos americanos.

La espesa barba del viejecito era blanca y no negra, como la del señor Schwartz. «Farfar» llevaba una camisa de franela abierta en el escote, y en la cabeza una vistosa gorra de marino. Sus ojos eran de un color azul pálido y circundados de arruguillas cuando sonreía.



—«Du store Kineser!» —exclamó, mientras estrechaba la mano de Pete—. ¡Qué niños tan simpáticos!

Holly arrugó la naricilla al oír la frase pronunciada en danés y

sintió deseos de saber su significado, pero esperó a que Karen hubiese presentado a todos los niños a su abuelo. Entonces, retorciéndose las trencitas, alzó los hombros y dijo, entre risillas:

—Oye, «Farfar», yo ya sé lo que son «dos toros», pero ¿qué quiere decir «Kineser»?

El anciano rió de buena gana, apoyando sus manos en las caderas.

—«Du store Kineser» es una vieja expresión danesa —explicó—. Quiere decir «Por el gran chino».

—En inglés se diría «Por Jorge» —añadió Karen.

—Nosotros ya estamos aprendiendo el danés —hizo saber Pam, mientras todos se encaminaban a la casa.

Allí, «Farfar» fue presentado al señor y la señora Hollister.

—¿Les han enseñado ya mi modelo de barco? —quiso saber el viejecito.

—Sí, sí. Es estupendo —contestó Pete.

—¿Cómo hace usted esas piezas tan diminutas del barco? —preguntó la señora Hollister.

—Vengan que se lo mostraré.

«Farfar» marchó delante de todos al taller en donde tomó un afilado cuchillo, que estaba sobre su banco de carpintero, y empezó a tallar una pequeña verga.

Instintivamente, Pete buscó en su bolsillo la preciosa navajita que su tío le había regalado, pensando que tal vez podría aprender a tallar también.

Mientras buscaba en su bolsillo, una extraña expresión cubrió el rostro de Pete. Su cuchillo no estaba en el lugar de siempre. Rápidamente, el muchacho buscó en todos los bolsillos. ¡La navaja de marfil había desaparecido!

—¡Mamá! ¡Papá! ¡No tengo mi navaja!

—¡Vaya…! —Comentó la madre—. ¿Dónde se te habrá caído?

—No se me ha caído —aseguró Pete que, de pronto, recordó algo—. No me extrañaría que me la hubiese tomado el señor Schwartz. ¿No os acordáis de que estuvo mirando mi cuchillo en el avión?

—¿Quién es el señor Schwartz? —preguntó «Farfar», al tiempo que dejaba la pieza de madera que había estado tallando.

Pete contó a los Clausen el incidente del avión y la Aduana, y les habló del hombre que parecía ser el ladrón y a quien los niños habían apodado Cara-Peluda.

—Ahora sí que tenemos verdaderos motivos para buscar a ese hombre —declaró Pete, muy indignado.

—Pues os resultará difícil —pronosticó el anciano capitán de marina—. En Copenhague hay cientos de hombres que llevan barba negra.

—¡Qué risa! ¡Cientos de barbas y cientos de bicicletas! —comentó Holly.

—Nosotros debemos marcharnos —dijo la señora Hollister, dando luego las gracias a los Clausen por su amabilidad.

—Vuelvan ustedes otra vez a visitarnos —insistió «Farmor», cuando los Hollister salían de la casa—. Tal vez «Farfar» pueda llevarles a dar un paseo en barca.

La señora Hollister repuso que procurarían tener un rato para volver. Y Pam dijo a la muchacha danesa:

—Me gustaría conocer algunos niños de Dinamarca, Karen.

—A lo mejor también podemos arreglar eso —contestó la simpática maestra de párvulos.

Y a continuación explicó que su hermano Eric, que vivía en un pueblo cercano y era piloto de aviación, tenía dos hijos gemelos, de diez años, que se llamaban Nils y Astrid.

—Vendrán a Copenhague, con otros niños del pueblo, mañana —prosiguió Karen—. Muchos grupos de niños daneses vienen con frecuencia a la capital, para visitar sus lugares más importantes.

—¡Qué bien! —gritó Holly con entusiasmo—. ¿Podremos conocerles?

—«Ja» —asintió «Farmor»—. Podríais ir juntos a Tívoli mañana por la noche.

La idea de tan estupenda salida con unos niños daneses hizo sonreír a los cinco hermanos Hollister. Incluso Pete se olvidó por unos momentos de su navaja desaparecida.

Después que la señora Hollister dio a Karen la dirección de su hotel, la familia se despidió y marchó hacia la ciudad.

Su hotel resultó ser un edificio muy moderno, con todas las comodidades que los Hollister tenían en Shoreham. Un sonriente y

rubio botones, con un gracioso gorro adornado en rojo y azul, les condujo a las habitaciones que tenían reservadas en el tercer piso.

—Este chico no debe de ser mucho mayor que yo —comentó Pete, mientras el muchacho llevaba las maletas que habían quedado en el vestíbulo.

El botones al oír a Pete sonrió y dijo en correcto inglés:

—Yo tengo catorce años. ¿Cuántos tienes tú?

Pete quedó muy sorprendido y contestó, sonriente:

—Yo tengo doce.

—Espero que os guste nuestra ciudad —dijo el botones, haciéndoles una pequeña reverencia.

Como casi siempre que los Hollister viajaban juntos, las tres niñas ocuparon una habitación, Pete y Ricky otra, y los padres una tercera. Los tres dormitorios daban a una salita de estar.

En cuanto deshicieron las maletas, los cinco hermanos se mostraron deseosos de ver Copenhague.

—Vamos a pasear un rato antes de comer, mamá —propuso Pam, cuando sus padres se hubieron arreglado.

Cinco minutos más tarde todos salían del hotel, un edificio de piedra y ladrillo, con salida a una amplia avenida. En el centro se veía una alegre franja verde, bordeada de árboles y cubierta de helechos y vistosas flores.

—Es igual, igual que una ciudad de hadas —reflexionó Holly, cuando ella y sus hermanos caminaban delante de sus padres.

Pete llevaba un mapa de la ciudad que iba consultando mientras cruzaban de una a otra calle.

—Mira, papá —dijo el muchachito, mostrando a su padre el mapa—. Cerca de aquí hay un restaurante famoso.

Apenas había mencionado aquello cuando Ricky también descubrió el lugar. A la izquierda de aquella misma calle había un edificio de piedra gris con un restaurante al aire libre que ocupaba parte de la acera.

—¡Hum! —exclamó Holly, relamiéndose—. ¡Qué apetito tengo!

—¡Y yo! ¡Y yo! —anunció la vocecilla de Sue.

—Creo que todos tenemos apetito —opinó el señor Hollister.

—¿Podremos comer ahí fuera, viendo pasar a la gente? —preguntó Ricky.

Y Pam adujo:

—Ésa debe de ser la costumbre de aquí y me parece muy divertida.

El señor y la señora Hollister sonrieron asintiendo, y Ricky fue el primero en llegar a la verja que daba paso al restaurante al aire libre. Esperó a que entrasen su padre y su madre y fue tras ellos, seguido de todos sus hermanos. Un camarero les llevó hasta una mesa situada en la acera.

—¡Qué divertido! —rió Sue.

—¡Canastos! ¡Mirad cuántas cosas! —se asombró Ricky, cuando el camarero les entregó el más largo de los menús que habían visto nunca.

—¿Les gustaría tomar un «smorrebrod»? —les preguntó el camarero.

—¿Qué es eso? —quiso saber Pete.

El camarero les informó que se trataba de un bocadillo «destapado».

—¿Sin nada de pan por encima? —preguntó Holly, asombradísima.

—Exactamente —contestó el camarero—. Y por si no han comido ustedes nunca un bocadillo danés, les advierto que son como una comida completa.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, mirando la larga lista que el camarero les mostraba—. Lo menos hay cien bocadillos para elegir.

—Doscientos —corrigió el camarero que luego les propuso servirles una variedad de «smorrebrod» con carne, pescado, queso y mantequilla.

Cuando llegaron los bocadillos «destapados» la señora Hollister comentó que resultaban tan «abiertos» y amistosos de aspecto como los propios daneses. Pero no cabía la menor duda de que el «smorrebrod» no se podía asir con las manos y comerlo al estilo americano. Mirando a su alrededor, los Hollister se fijaron en lo que hacían los comensales de las demás mesas.

—Están comiendo los bocadillos con cuchillo y tenedor —informó la mayor de las hermanas.

—Sí. Pero lo hacen todo de una manera muy rara —declaró Holly, sacudiendo sus trencitas.

En aquel restaurante todo el mundo sostenía el tenedor con la mano izquierda y el cuchillo con la derecha. Pero cada vez que quedaba cortado un trozo de bocadillo la persona lo llevaba directamente a su boca con la mano izquierda.

—Es que todos comen al estilo europeo —explicó la señora Hollister a sus hijos.

—Probaremos también nosotros —decidió Pam.

Holly se sintió pronto cansada de batallar con su «smorrebrod» que parecía obstinado en no dejarse cortar.

—¡Qué lástima! —suspiró, mientras intentaba deslizar el cuchillo a través de todas las capas del sabroso bocadillo—. No sabéis lo que me gustaría que se pudiese coger con la mano. Es… ¡huy!

El bocadillo se deslizó del plato de Holly y, saltando sobre la mesa, fue a aterrizar en los pantalones del señor Hollister.

Pete y Ricky estallaron en carcajadas, pero no tardaron en guardar silencio al ver que su madre les miraba con severidad.

—¡Oh, cuánto lo siento, papaíto! —se disculpó Holly, muy apurada.



—No ha pasado nada, hija.

Por suerte el bocadillo había caído sobre la servilleta que había colocado sobre sus piernas el señor Hollister quien, ahora, recogió

todo y volvió a dejarlo en el plato de la niña.

Holly tuvo ahora más cuidado y toda la familia acabó de comer al estilo europeo.

Después de haber saboreado su primera cena danesa, los Hollister volvieron al hotel. Aunque en aquella capital del norte de Europa todavía no había oscurecido, ellos se acostaron pronto. Los cinco niños estaban necesitando un buen sueño porque, como dijo Pete, no todo el mundo habría tenido un día tan ajetreado, sobre todo después de haber hecho un vuelo a través del océano.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, el señor Hollister anunció los planes para pasar aquel día. Harían un viajecito en barco, empezando por uno de los canales de Copenhague y yendo hasta el puerto en donde podrían admirar la estatua de la Sirenita.

El muelle de donde salía la embarcación estaba a tan poca distancia del hotel que se podía ir tranquilamente andando. En el muelle se encontraron ante la embarcación más extraña que habían visto nunca los Hollister. Era una barcaza muy larga y ancha, con una bóveda encristalada, y con cabida para varias docenas de pasajeros.

Algunos turistas estaban ya dentro de la embarcación, y otros iban descendiendo desde la orilla rocosa del canal.

Cuando Pam se acomodó en un largo banco, con el resto de su familia, una señora bajita y gruesa que iba sentada delante se volvió, sonriéndole.

—¡Hola! Vosotros sois los niños que iban ayer en el avión, ¿no?

—Sí, señora —repuso la bien educada Pam—. Pero yo no la había visto a usted.

—No es extraño. Mi asiento estaba detrás de los vuestros.

La mujer dijo que su nombre era señora Windrow y pronto entabló amigable conversación con toda la familia.

—¿Vieron a aquel hombre tan terrible de la barba, en el edificio de Aduanas? —preguntó la señora Windrow.

—Nosotros creemos que fue él quien se quedó con la miniatura y también quien quitó a mi hermano la navajita —explicó Pam.

La señora Hollister comentó:

—Ese hombre se esfumó de nuestra vista como por arte de magia.

—¡Oh! Nada de eso —declaró la señora Windrow.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que yo le vi escapar —informó la señora, sacudiendo la cabeza y entornando los ojos hasta tal extremo que parecieron convertirse en dos estrechas líneas en su cara.

—¿De verdad? —preguntó Pete, con extrañeza—. ¿Y por qué no se lo dijo a la policía?

—Porque… porque estaba muy nerviosa y asustada —confesó la señora, algo avergonzada.

Volviéndose hacia la mujer, Sue dijo muy grave:

—No tenga usted miedo, señora «Lindo». Nosotros no dejaremos que nadie le haga «pupa».

—Me llamo Windrow, querida —dijo la señora, explicando a continuación cómo había huido el señor Schwartz de la Aduana—. Le estaba esperando un coche y huyó en él.

—¿Lo conducía él mismo, señora Windrow? —preguntó Pete.

—No. Iba otro hombre al volante.

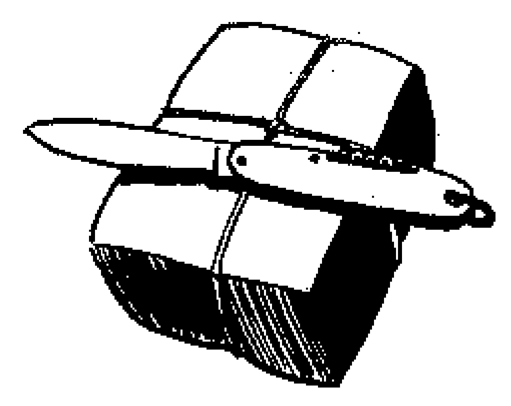
Mientras Pete y Pam quedaban pensativos, resueltos a no olvidarse de aquella importante pista sobre el hombre barbudo, la embarcación se puso en marcha con un ronco rugido del motor, deslizándose a lo largo del canal de Copenhague.

Pronto llegó al puerto, y pasó ante los grandes muelles donde unas altísimas grúas de acero trasladaban el cargamento de los buques mercantes amarrados a la orilla.

Cuando llegaron a una parte más amplia del puerto, las aguas se tornaron mucho más encrespadas. A los pocos minutos la embarcación era sacudida violentamente por el fuerte oleaje.

—¡Oh! ¡Oh! —Gritó la señora Windrow alarmada—. Esto es terrible. ¡Nos iremos a pique!

UNA CARA BAÑADA EN ALGODÓN COMESTIBLE



Las violentas sacudidas de la embarcación no preocuparon en absoluto a los niños.

—¡Yo estoy en las montañas rusas! —gritó Holly alegremente.

Aquellas palabras parecieron empeorar aún más la situación de la pobre señora Windrow que murmuró, con voz ronca:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Me estoy mareando!

Advirtiendo la angustia de la viajera, el guía se acercó a informar a la señora Windrow de que pronto volverían a penetrar en aguas tranquilas. En seguida, cuando el barco dejó atrás un saliente de tierra, las olas resultaron más pequeñas y pronto los viajeros fueron conducidos a otra punta de tierra que se internaba en el puerto de Copenhague.

A los pocos minutos, la embarcación reducía la marcha, para ir a detenerse ante un bonito y pequeño parque y todo el mundo saltó a tierra.

—¿Está cerca la Sirenita? —preguntó Holly, acercándose al guía.

—Sí. Mírala allí.

En la orilla, a pocos pasos de distancia, y sentada sobre una enorme roca estaba la estatua de la Sirenita.

Pam echó a correr hacia allí y todos sus hermanos la siguieron.

—¿Verdad que es preciosa? —murmuró la mayor de las hermanas.

La Sirenita miraba serenamente el puerto, como llevaba haciendo desde hacía largos años. Mientras todos los Hollister la admiraban, cuatro autobuses se detuvieron a un lado de la carretera que se abría en el parque. Se abrieron las puertas y una oleada de niños salió de cada vehículo y corrió hacia la Sirenita. La mayoría de aquellos pequeños llevaban las ropas de alegre colorido, típico de su tierra natal.

Mientras los Hollister lo miraban todo, fascinados, dos de aquellos pequeños daneses, niño y niña, se aproximaron tímidamente a los turistas. El niño llevaba largos calcetines verdes; pantalones, de color amarillo, hasta la rodilla, una especie de largo chaleco a rayas amarillas, rojas y verdes como un caramelo, y una chaqueta de color marrón que le llegaba a las rodillas.

La niña guapa y rubia que iba a su lado lucía un vestido de color púrpura, con falda hasta la rodilla y corpiño ajustado, una pañoleta amarilla y un delantalito a rayas amarillas y blancas. En la cabeza llevaba una cofia blanca, atada en la nuca con una lazada púrpura como el vestido.

Toda la familia dejó de contemplar a la Sirenita para admirar a aquellos dos niños con sus vistosos trajes regionales.

—Me gustaría saber si entienden el inglés —comentó Holly, hablando con Ricky, en un cuchicheo.

Al oír aquello, los dos pequeños daneses se mostraron muy contentos y el niño, con una amplia sonrisa, preguntó:

—¿Vosotros sois los Hollister?

Por un momento, los visitantes quedaron tan sorprendidos que no pudieron ni contestar. Pam fue la primera en conseguir responder:

—Sí. Somos nosotros. Pero ¿cómo lo sabéis?



—Yo soy Nils Clausen y ésta es mi hermana gemela, Astrid —explicó el muchacho, inclinándose para dedicar una pequeña reverencia, a las niñas y su madre. Luego estrechó la mano de Pete, Ricky y el señor Hollister.

Astrid sonrió, diciendo:

—Tía Karen nos ha hablado de vosotros. Cuando Nils y yo hemos visto unos visitantes americanos con cinco niños, hemos pensado…

—Lleváis unos vestidos muy lindos —afirmó la señora Hollister

que luego se volvió a su marido, para preguntar—. ¿Por qué no les haces unas fotografías, querido?

El señor Hollister tomó varias instantáneas de los dos hermanos. Cuando acabó, a la traviesilla Holly se le ocurrió decir:

—Me habría gustado más hacerme una foto con vestido de danesa…

—Creo que nosotros podremos ayudarte en eso —ofreció Astrid.

Con la mirada buscó entre los grupos de niños daneses hasta ver varios de la estatura de Sue, Ricky y Holly. Astrid habló con ellos y todos movieron repetidamente la cabeza, asintiendo.

—¡Venid por aquí! —indicó Nils a los Hollister, conduciéndoles hasta los autocares estacionados—. Las niñas pueden entrar en el primer autocar y nosotros en el segundo.

Astrid, Pam, Holly y Sue, acompañadas por otras dos niñas danesas, se metieron en el primer autocar, fueron hasta la parte trasera y, muy agachadas para que nadie pudiera verlas desde fuera, empezaron a cambiarse de ropas.

Mientras tanto, en el autocar de detrás, Pete y Ricky hacían otro tanto. Pete se vistió la indumentaria de Nils y Ricky la de un chiquillo danés de su misma altura.

Pronto todos los Felices Hollister estuvieron ataviados con trajes típicos de Dinamarca.

—Venid —llamó el padre—. Vamos a hacernos esas fotografías.

Llevó a sus hijos hasta la Sirenita. Varios niños y niñas danesas estaban ya trepando por la estatua.

—¿Por qué no hacemos nosotros lo mismo? —propuso Ricky echando a correr hacia la Sirenita.

—¡Estupendo! —gritó Holly.

Ágilmente trepó a lo alto de la peña en que se sentaba la Sirenita y acercó el oído a la boca de la estatua, como esperando que la figura de bronce le contase algún secreto.

Ricky se tendió sobre la roca y con ambas manos sujetó a su hermana por la espalda, para impedir que pudiera caer a las aguas del puerto.

Pete subió a uno de los peñascos más bajos, mirando arriba y riendo, mientras Pam acompañaba a Sue hasta la base de la bonita estatua.

—Ten cuidado, Sue —advirtió la hermana mayor, al tiempo que ayudaba a la pequeña a pasar a un peñasco más alto.

Sue subió sin dificultad, pero Pam, no queriendo dejarla sola, dio unos pasos y fue a apoyarse en una parte de roca muy resbaladiza. Antes de haber conseguido recobrar el equilibrio su pierna derecha se deslizó hacia el agua y los pies le quedaron trabados entre las piedras.

—¡Ayyy! —gritó.

Al instante, Pete corrió a su lado, se inclinó y tendiéndole la mano la sacó del agua.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada, la madre.

Pam contestó que le dolía el tobillo.

—Yo te ayudaré —ofreció Pete.

Tomando a Pam de la mano, el muchachito pasó a un peñasco y de allí a la orilla. Pam fue tras él cojeando.

—¡Canastos! Ahora ya no pueden hacernos las fotografías juntos —se lamentó Ricky.

Pero la señora Hollister le tranquilizó, diciendo:

—Papá ya os había hecho unas fotos.

—Es cierto —asintió el señor Hollister—. Tendremos incluso una de Pam dentro del agua.

Después de mirar el tobillo de su hija, el señor Hollister la vendó con su pañuelo, y dijo:

—Parece una pequeña distensión.

—Gracias, papá —dijo Pam, mientras echaba a andar, cojeando un poco—. Ahora me molesta mucho menos.

Cuando los niños Hollister se quitaron las prendas danesas y volvieron a vestirse sus propias ropas, los calcetines y zapatos de Pam estaban casi secos y la niña pudo andar perfectamente.

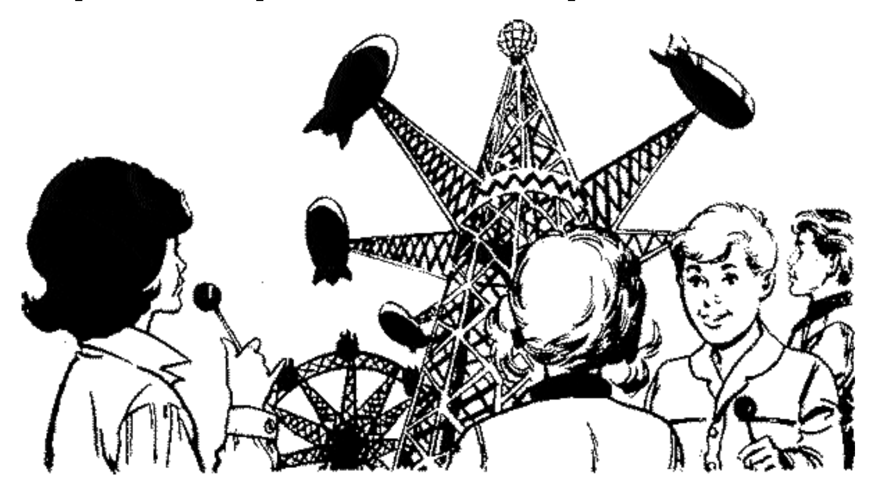
—¡Todos a bordo! ¡Todos a bordo! —llamó el guía turístico y los visitantes corrieron a la embarcación. Los Hollister, que se entretuvieron despidiéndose de sus nuevos amigos, fueron los últimos en subir.

—Tía Karen dijo que podríamos ir juntos a Tívoli —gritó Astrid desde el muelle.

—Me parece muy bien —repuso la señora Hollister—. ¿Querréis ir a buscarnos al hotel, después de la cena?

—«Ja, ja». Adiós.

Los hermanos gemelos estuvieron sacudiendo las manos en señal de despedida hasta que la embarcación desapareció de su vista.



Durante el regreso a través del canal de Copenhague los Hollister se fijaron atentamente en cada hombre barbudo que veían. Pam llegó a la conclusión de que Ja mitad de los hombres que habitaban Copenhague llevaban barba, de diferentes formas y medidas. Pero ninguno se parecía al que ellos buscaban.

—Sería tener mucha suerte volver a ver al señor Cara-Peluda —comentó Pete, muy malhumorado.

—Tenemos varias buenas pistas ya —le animó Pam—. Debemos de seguir buscando, Pete.

Al atardecer, Nils y Astrid fueron a buscar a los Hollister al hotel. En esta ocasión los gemelos llevaban ropas corrientes de calle y explicaron que se habían cambiado en casa de «Farfar».

—Cuéntanos cómo es Tívoli —pidió Pam a Astrid, cuando se sentaron en un sofá del vestíbulo.

—Es una mezcla de jardín y parque de atracciones —explicó Astrid con los ojos brillantes de entusiasmo— y ocupa una manzana completa del centro de Copenhague.

—En otros tiempos fue un fuerte —intervino Nils, hablando lentamente y con mucha claridad.

—¡Canastos! ¿Y todavía hay cañones? —se interesó Ricky.

Nils repuso que los jardines de Tívoli ya no tenían el menor

parecido con un fuerte. Lo único que quedaba ya eran las viejas murallas y el foso, utilizado como lago por donde navegaban barquitas.

Estaban todos hablando en el vestíbulo cuando, con gran sorpresa, vieron entrar a Karen.

—He pensado que necesitaría usted ayuda esta noche, con tanta chiquillería —dijo la joven a la señora Hollister—. Yo estoy acostumbrada a cuidar de niños y niñas. ¿Por qué no me deja que sea yo quien me los lleve a Tívoli?

—¿Podrá usted cuidar de todos?

—Naturalmente —contestó Karen.

—Seremos muy buenos —aseguró inmediatamente Ricky.

Los señores Hollister tenían que escribir algunas cartas y aceptaron gustosos la oferta de Karen.

Sue debía quedarse en el hotel porque era casi su hora de acostarse. En un principio, la pequeña protestó y levantó la barbilla en un pucherito de desconsuelo, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—No te enfades, hijita —pidió la madre, consolándola—. Volveremos todos a Tívoli mañana durante el día.

Karen sonrió y, después de buscar en su bolso, dijo a Sue:

—Mira. Esta noche podrás dormir con un juguete nuevo.

La joven sacó una muñequita vestida con un traje de danesa, semejante al que le habían prestado a Sue aquella tarde.

—Gracias, gracias —palmoteo la pequeña, con la risa iluminando ya su carita.

—¿Cómo piensas llamarla? —preguntó Pam a su hermana.

Muy seria, Sue informó:

—Se llama «Sneezer».

—¿Cómo? —preguntó Nils, sin comprender.

—«Sneezer» —repitió Sue—. Sí, esa palabra tan rara que dijo «Farfar».

Todos se echaron a reír, recordando la expresión utilizada por el viejo capitán de barco: «Du store Kineser».

Sue levantó los ojos hacia su madre, para pedir:

—Vamos, mamá. «Sneezer» está cansada. Ya es hora de que se acueste.

La señora Hollister hizo un guiño a Karen, diciendo:

—Queda usted al cargo de este pequeño batallón.

Después de decir adiós a sus padres, los Hollister, muy contentos, entraron en un taxi con Karen, Nils y Astrid. Cuando llegaron a la alta puerta en forma de arco, de Tívoli, los cuatro hermanos sentían un extraño cosquilleo de nerviosismo. Oían risas y música procedentes del interior y se apresuraron a entrar con otro tropel de chiquillos.

—¡Qué bonito! —exclamó Pam, admirativa, mirando a todas partes con incredulidad.

Allí todo parecía producirse al mismo tiempo. A la izquierda había un escenario donde se representaba una pantomima. En el alto tablado un alegre Pierrot bromeaba con Arlequín y Colombina. Desde lejos, las alegres notas de un tiovivo y el zumbido de unas montañas rusas.

—¡Allí hay también una noria! —gritó con entusiasmo el pecoso de Ricky.

Junto a una hilera de árboles, a uno de los lados del camino, se encontraba la noria. En cada uno de los asientos en forma de góndola cabían cuatro personas y sobre cada una de aquellas cestas colgaba un enorme globo de alegres colores de casi tres metros de alto.

—Vamos al «switchback» —propuso Nils.

—¿«Switchbak»? ¿Qué es eso?

Astrid se echó a reír, explicando:

—Son las montañas de Rusia.

—No —corrigió Nils—. Se dice montañas rusas.

—Y al tiovivo nosotros lo llamamos «roundabout» —informó Karen.

Mientras avanzaban con el alegre tropel formado por varios niños, Holly anunció:

—¡Mirad! ¡Algodón dulce! Vamos a comprar un poquito.

Sacudiendo sus trencitas en la carrera, Holly se adelantó hasta el puesto en que un hombre vendía el esponjoso y rosado dulce. Todos los niños, y Karen, compraron un poco.

—¿No os parece riquísimo? —preguntó Holly, mientras el azucarado manjar iba disolviéndose en su boca.

En aquel momento Ricky tropezó en la mano de su hermanita y el comestible algodón llenó lastimosamente toda la cara de la niña. Holly no pensó que había sido sin querer y se lamentó a gritos:

—¡Eres malísimo, Ricky!

—No quise empujar tan fuerte —dijo el pecoso, alejándose a buen paso.

Pero Pete, de dos saltos, le alcanzó y agarrándole por el cuello de la camisa, ordenó muy serio:

—Ven aquí y pídele disculpas.

Muy avergonzado, Ricky pidió perdón a su hermana; luego, Karen limpió con su pañuelo todo el dulce que llenaba la cara de Holly.

Para asegurarse de que no volverían a hacer ninguna travesura, Karen tomó a Holly de una mano y a Ricky de la otra, para proseguir su paseo por el alegre parque. Pronto llegaron a un escenario al aire libre alrededor del cual se habían reunido cientos de personas. Todos levantaban la cabeza, para mirar a los cuatro acróbatas que avanzaban en sus bicicletas sobre un alambre.

Ricky y Holly se sintieron verdaderamente interesados por aquella exhibición. Los otros, después de observar unos minutos, pidieron permiso a Karen para subir en la noria.

—De acuerdo —asintió la muchacha danesa—. Yo seguiré con Ricky y Holly. Nos encontraremos luego junto al «roundabout».

—¡Zambomba! ¡Qué divertido! —se entusiasmó Pete, cuando los cuatro adquirieron su billete y se acomodaron en una de las góndolas.

Cuando todos los asientos estuvieron ocupados, la rueda de la noria empezó a girar. Muy pronto Pete, Pam, Nils y Astrid llegaron a la parte más alta. Todo el hermoso parque se encontraba bajo ellos.

—¡Parece un país de hadas! —exclamó Pam, contemplando las oleadas de color y animación de abajo, mientras su góndola empezaba a descender. Y de pronto la niña quedó sin aliento y tomando a su hermano por el brazo, murmuró—: ¡Mira allí, Pete! ¡Mira!

Junto a un farol había un hombre barbudo, con un paquete en las manos.

—¡Es el señor Cara-Peluda! —tartamudeó Pam.

—¡Tienes razón! Por lo menos se parece mucho.

—¡Mira que si se marcha antes de que se pare la noria…! —se lamentó Pam.

Llenos de nerviosismo explicaron entonces a los niños gemelos por qué estaban tan deseosos de alcanzar al barbudo. Los cuatro alargaron desmesuradamente el cuello para mirar abajo, mientras la noria iba descendiendo. El barbudo no se movía; parecía divertirse contemplando todo el alegre ir y venir de la multitud.

«¡Por qué no se parará ya esta noria!», se decía Pam.

Por fin, cuando hubieron pasado unos segundos que a los cuatro niños les parecieron como largas horas, la noria se detuvo y empezaron a salir los pasajeros.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! Que no se vaya el señor Cara-Peluda. ¡Tenemos que atraparle!», rogaba Pam en silencio.

—Todavía está allí —informó Nils, cuando le tocó el turno a su góndola de detenerse y los cuatro saltaron a tierra.

Pero lo cierto era que en aquellos momentos el sospechoso quedaba oculto por un arbusto. Los cuatro corrieron hacia el lugar en que habían visto al barbudo, pero cuando llegaron…

¡El hombre había desaparecido como por encanto!

—¡Qué lástima! —suspiró Pam.

Y Pete añadió:

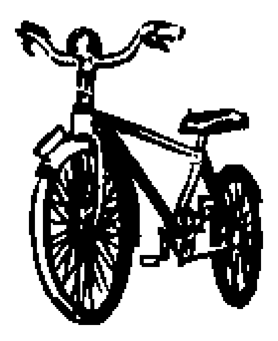
—Es tener muy mala suerte… Desaparece cuando estábamos a punto de alcanzarle.

—¿Dónde puede haberse ido? —murmuró su hermana.

Los cuatro miraron a su alrededor. El único hombre que podían ver estaba sentado en uno de los verdes, bancos del parque y, además, iba completamente afeitado. Pete se fijó un momento en aquel hombre y observó que se disponía a abrir un sobre con una navajita de marfil. El muchachito se aproximó algo más, mientras el desconocido hacía salir la hoja de la navaja y la deslizaba entre la solapa del sobre. Pete contuvo la respiración. ¡En el mango de la navaja había un perro pastor repujado en oro!

«¡Pero…, si es mi navaja!», se dijo Pete, muy nervioso.

UN EXTRAÑO TATUAJE



Mientras el desconocido volvía a guardarse la navaja en el bolsillo, Pete vio algo que le hizo sobresaltarse. ¡El hombre llevaba el tatuaje de una bandera en la mano derecha! A la mente del muchachito acudieron dos pensamientos. En primer lugar: «¿Cómo había llegado a manos de aquel hombre la navaja de Pete? Y el tatuaje ¿no sería el distintivo de la banda de Schwartz?».

Pete volvió la cabeza, buscando ayuda. Pero Pam, Nils y Astrid se alejaban lentamente por el camino, buscando con la vista al barbudo. Si les llamaba a voces, Pete temía despertar sospechas en el desconocido.

Con el corazón palpitante, el muchacho miró hacia el otro lado del camino. Allí junto a una fuente vio a un policía, vuelto de espaldas. Pete echó a correr hacia el representante de la ley.

—¿Quiere usted ayudarme, señor? Me han robado mi navaja.

Cuando el hombre uniformado se volvió Pete hizo una mueca de desencanto. La cara del «oficial» estaba embadurnada de grasosa pintura roja, blanca y verde.

—Usted debe… debe de ser sólo un payaso de Tívoli. ¿Verdad? —tartamudeó el muchacho.

El payaso dio un cabeceo, sonrió, encogiéndose de hombros, y se alejó lentamente.

«¡Zambomba! —pensó Pete, malhumorado—. He ido a escoger a un payaso y para colmo no entiende inglés».

Inmediatamente Pete se decidió a ir él solo a hablar con el hombre y pedirle la navaja. Pero, cuando llegó junto al banco, el desconocido se había levantado y se alejaba a grandes zancadas, abriéndose paso entre el gentío.

—¡Espere! ¡Espere! —gritó Pete, echando a correr tras él.

Al oírle, Pam, Nils y Astrid se aproximaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Pam—. ¿Has encontrado al señor Cara-Peluda?

—No. Pero he visto a un hombre que tiene mi navaja.

—¿Dónde está? —inquirió Nils.

—¡Venid conmigo!

Corrieron delante, Pete se fue abriendo camino entre los tropeles de alegres daneses que iban de un lado a otro. De vez en cuando podía distinguir, a distancia, al hombre de la navaja que avanzaba muy de prisa.

De pronto, un tren miniatura que arrastraba muchos vagones llenos de pequeños viajeros, cruzó ante Pete que no pudo hacer otra cosa más que correr hasta el último vagón, para proseguir su persecución. Pero, para entonces, el hombre ya no se veía por ninguna parte.

A todas estas complicaciones se añadía el hecho de que iba haciéndose de noche. Como parpadeantes estrellas de muchos colorines, empezaron a encenderse luces en los jardines de Tívoli.

—Creo que le hemos perdido —hubo de reconocer Pete al cabo de un rato.

Y volviéndose a hablar con Pam, Nils y Astrid propuso:

—Vamos otra vez al banco donde estaba sentado ese hombre. A lo mejor encontramos alguna pista.

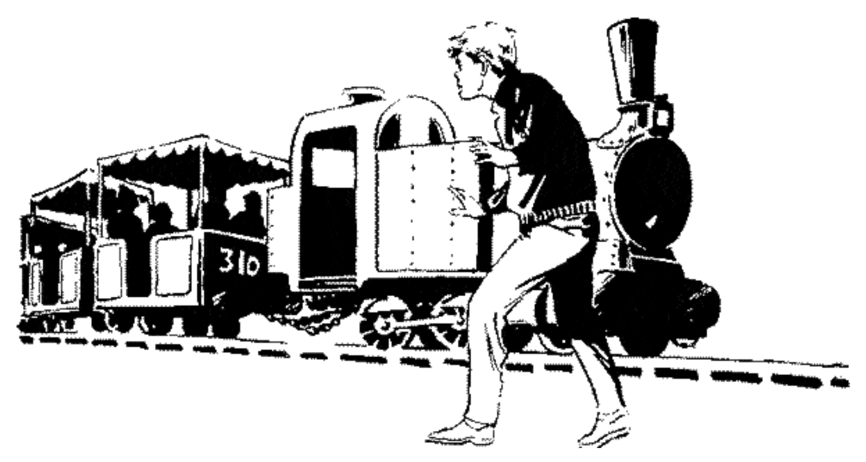
Al volver allí, encontraron el banco ocupado por una joven pareja que se acariciaba cariñosamente las manos. Tímidamente, Pete y Pam miraron alrededor del banco. La joven les sonrió y preguntó, en danés:

—¿Habéis perdido algo?

Hablando en inglés, para que pudieran entenderla sus amigos, Astrid contestó:

—No. No hemos perdido nada, gracias. Nuestros amigos americanos están buscando alguna pista que puede haber por este banco.

—¿Sois detectives? —preguntó el joven a los Hollister.



—Nos gusta resolver misterios —repuso Pete.

Al oír aquello, la joven pareja se levantó, sonriendo divertida. ¡En el banco pudieron ver todos un blanco sobre!

—¡Mirad! —gritó Nils, acercándose a tomarlo.

Los niños comprobaron en seguida que no era un sobre completo, sino sólo la mitad posterior, donde podía leerse la palabra «Madagascar».

Después de dar las gracias a la amable pareja por haberse levantado del banco, los cuatro niños se alejaron, contemplando aún el pedazo de sobre.

—¿Madagascar? ¿No es una isla que está en la costa este de África? —preguntó Nils.

—Sí —contestó Pete—. Lo estudiamos en la escuela el curso pasado.

—¿Y qué querrá decir eso? —reflexionó Astrid, llena de asombro.

—No lo sé —contestó Pete—. Pero me parece que debemos llevar este sobre a la policía.

—Yo sé dónde está la comisaría —ofreció amablemente Nils, explicando que la comisaría quedaba a corta distancia de la entrada del parque.

Ante todo los jóvenes detectives fueron a buscar a Karen, Ricky y Holly, que se divertían en el tiovivo. Aprovechando una de las paradas, Pete dijo a Karen a dónde querían ir.

—Iremos todos juntos —resolvió la joven danesa, volviéndose a los dos Hollister menores para informarles de la noticia.

Entusiasmados por la nueva aventura, todos marcharon velozmente hacia la comisaría. Se resolvió que Nils daría las explicaciones y Astrid se convertiría en intérprete para los Hollister. Acercándose al despacho central, el niño danés habló con el teniente de guardia.

—¿Y dices que tus amigos americanos están intentando resolver un misterio? —preguntó el policía, incrédulo.

—Sí. Y han encontrado pistas muy buenas —declaró Nils con toda seriedad.

A continuación contó todo lo ocurrido hasta el momento y enseñó al policía el trozo de sobre encontrado.

—Hum… Madagascar… —murmuró el teniente—. Esto es muy raro. Yo no puedo hacer nada. Pero el tatuaje que decís lleva ese hombre en la mano derecha…

El teniente abrió un cajón y sacó varios pliegos de papel que estuvo ojeando unos momentos. Cuando el teniente volvió a hablar aceleradamente, Astrid tradujo, una por una, todas sus palabras a los Hollister. El policía dijo que, recientemente, en Copenhague se habían cometido varios robos. El delincuente se había apoderado de varios objetos raros, de mucho valor artístico.

—Estamos seguros de que ese hombre no es danés —declaró el oficial—. Parece ser que pertenece a una banda internacional de ladrones. Pero no sabemos de él gran cosa, aparte de que lleva tatuada en la mano derecha una bandera extranjera.

Añadió que la policía estaba haciendo redadas con objeto de detener a la banda.

—Espero —dijo, dirigiéndose a Pete— que podamos recuperar pronto tu navaja.

Todos dieron las gracias al oficial y salieron de la comisaría para volver a Tívoli. Cuando cruzaban la puerta de entrada sonó un gran estruendo sobre sus cabezas. Aquello era tan inesperado que Pam se sobresaltó.

—¿Qué ha sido?

—No me extrañaría que hubiese sido un cañón de la fortaleza —opinó Ricky, levantando los ojos al cielo. Un momento después exclamaba—: ¡Oooh! ¿Veis eso?

En el cielo se veía una inmensa rociada de fuegos artificiales, que descendía formando una cascada de plateadas estrellas e incontable colorido.

—¡Zambomba! ¡Es igual que cuando en América celebramos el cuatro de julio! —comentó Pete.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! El cielo estaba iluminado con todos los colores del arco iris. Sonaron gritos y palmoteos que se prolongaron hasta que hubo desaparecido el último chisporroteo de los fuegos de artificio de aquella noche.

Karen explicó a los Hollister que Tívoli era un lugar famoso por aquellos fuegos, y añadió a continuación:

—Ahora es el momento de volver a casa.

Mientras, la joven les conducía hacia la salida, los niños iban haciendo comentarios sobre el extraño misterio del barbudo.

—¡Sois unos magníficos detectives! —declaró Karen, todavía sorprendida por lo afortunados que habían sido los Hollister al encontrar tantas pistas—. Trabajando vosotros y la policía a un tiempo en este asunto, no me cabe duda de que encontraréis a ese señor Cara-Peluda.



Después de dejar en el hotel a los Hollister, Karen se marchó con sus sobrinos.

—Ya volveremos a vernos —prometió Nils, añadiendo que telefonearía a los Hollister al hotel.

Después que Pete y Pam contaron a sus padres los extraños acontecimientos de Tívoli, los niños se acostaron. Pam, que quedó dormida inmediatamente, tuvo un sueño muy curioso. Después de un gran chisporroteo de fuegos artificiales el señor Cara-Peluda apareció entre los resplandores. Y mientras descendía hacia el suelo,

se le cayó la barba. Primero el hombre rió a carcajadas, mirando a la niña, luego, toda su persona se transformó en un inmenso tatuaje.

El sueño parecía tan real que Pam despertó sobresaltada, sentándose en la cama. Muy sorprendida, vio que era ya de día y Sue estaba saltando alegremente a los pies de la cama.

—¡Despierta! ¡Despierta! Mamá tiene una sorpresa para nosotros.

Pam se frotó los ojos, adormilada, y bajó los pies al suelo.

—¿Cuál es la sorpresa, mamá? —preguntó, al ver entrar en la habitación a la señora Hollister.

—Quiero guardar el secreto hasta que hayamos acabado el desayuno, hija.

Todos los hermanos estaban ansiosos por enterarse de lo que su madre les reservaba. La señora Hollister solía preparar frecuentes sorpresas para sus hijos que siempre las encontraban muy agradables y divertidas. La sorpresa de aquel día no fue una excepción. Cuando acabaron un apetitoso desayuno, el señor y la señora Hollister, con sus hijos, salieron del hotel. Allí enfrente había alineadas seis bicicletas, una de ellas con una gran cesta sujeta en la parte trasera.

—¡Cuánto te quiero, mamaíta! —gritó Holly, entusiasmada, echando sus bracitos al cuello de la señora Hollister.

—¡Hurra! ¡Vamos a ser turista en «bici»! —exclamó Ricky, yendo a montarse en una de las bicicletas más pequeñas.

—¡Oh, no me dejéis sólita! —suplicó Sue, llorosa, al ver que no había bicicleta para su tamaño.

—Claro que no, hijita —le tranquilizó la señora Hollister—. Tú irás detrás de mí, colocada cómodamente.

La madre levantó en volandas a la pequeña y la metió en la enorme cesta. Luego tomó el manillar y advirtió a la pequeña:

—Sujétate fuerte a mamá, sobre todo cuando tomemos alguna curva.

Todos los demás subieron a sus bicicletas y se pusieron en marcha. El señor Hollister abría la marcha calle arriba y Pam, riendo, declaró que parecían una familia de patos, avanzando uno tras otro en hilera.

—Procurad manteneros todos cerca —advirtió el señor Hollister,

volviendo la cabeza—. De lo contrario, podríamos perdernos entre tanto tráfico de bicicletas.

Con mucha pericia el padre guiaba a toda la fila ascendiendo por una calle, descendiendo por la siguiente. Cada vez que volvían una esquina encontraban algo interesante de contemplar. A un lado, una torre en espiral, que parecía un largo y serpenteante pirulí. Pasaron, además, ante varias estatuas de hombres a caballo. Uno de aquellos héroes se llamaba Absalom y fue el fundador de Copenhague, informó el señor Hollister.

Los Hollister se aproximaban ahora a la plaza mayor de Copenhague, parecía que todas las bicicletas existentes en la capital se hubieran reunido allí. Cuando la luz roja de un semáforo obligó a detenerse a la curiosa procesión, Holly y Ricky que iban detrás, vieron que una anciana se había detenido a su lado, también montada a horcajadas en una bicicleta.

—Aquí, hasta las viejecitas van en «bici» —comentó Holly, con ojillos chispeantes por la risa.

En la cara de la anciana se formaron cientos de arruguitas cuando sonrió a los dos pequeños y les dijo adiós con la mano.

Cuando Ricky y Holly volvieron la cabeza hacia delante quedaron asombradísimos, viendo que la luz roja era ahora verde y que todos los ciclistas se alejaban, pedaleando alegremente.

—¿Dónde se han metido papá, mamá y los otros? —preguntó Holly, mirando a todas partes.

Los dos pequeños empezaron a pedalear con toda la rapidez posible, alcanzando a los demás ciclistas y mezclándose entre ellos, pero no consiguieron ver a una sola persona de su familia.

—¿Qué haremos? —preguntó Holly, deteniendo su bicicleta junto al bordillo.

—No lo sé —confesó el pecoso Ricky, haciendo lo mismo—. Creo que somos dos pobres patos perdidos.

HOLLY, REVOLTOSA



Los dos hermanos fueron pedaleando de una a otra calle, pero no tuvieron suerte. El resto de los Hollister no aparecía por parte alguna.

—¡Canastos! Puede que ni siquiera se hayan dado cuenta de que no vamos con ellos —murmuró Ricky.

—Pero, si papá y mamá llegan a Tívoli, y ven que no estamos allí, ¿qué? —preguntó Holly, bastante preocupada.

Sin contestar a su hermana, Ricky se detuvo junto al bordillo y volvió la cabeza. En seguida, llamó a su hermana, diciendo:

—Mira esa estatua, Holly. ¡Qué señora tan extraña!

A la orilla del canal, frente a ellos, se encontraba la estatua de una mujer pequeña y gruesa, con una larga bata y una cofia. Una pañoleta rodeaba sus hombros y en las manos sostenía un gran lenguado.

—Oh… Mira, mira. Allí se ven otras señoras con pescados de verdad —apuntó Holly.

—Es una pescadería en la calle —observó Ricky.

Los dos pequeños volvieron a montar sus bicicletas y se aproximaron al curioso mercado al aire libre. Pescaderas, vestidas

de modo muy semejante a la estatua, se encontraban tras los mostradores. Todo estaba lleno de grandes cestos y los compradores elegían el pescado que querían comprar.

Lo que más asombró a Ricky y Holly fue la rapidez con que despachaban las pescaderas. Sus cuchillos afilados subían y bajaban tan rápidamente como relámpagos mientras cortaban y quitaban las cabezas y espinas del pescado, con la misma sencillez que si estuvieran pelando un plátano.

Viendo que los dos niños lo miraban todo atentamente, una mujer que estaba comprando un gran pescado, se volvió sonriente, para preguntar:

—¿Es la primera vez que visitáis el mercado de pescado?

Ricky movió repetidamente la cabeza, para decir que sí, con una sonrisa.

—¿Esa estatua está hecha en honor de las señoras pescaderas? —preguntó, muy fino.

La danesa repuso que sí. Las pescaderas vendían su mercancía en aquel mismo lugar desde hacía muchos, muchísimos años. El pescado recién cogido, explicó, llegaba por el canal, directamente desde el mar.

Mientras una de las pescaderas envolvía el pescado ya cortado a la clienta, Holly se atrevió a decir:

—Nos hemos perdido. ¿Puede usted decirnos cómo llegaremos mejor a Tívoli?

Pero aún no había tenido tiempo la señora de contestar, cuando retumbó una voz conocida, exclamando:

—«Du store Kineser».

Ricky y Holly se volvieron en redondo, muy asombrados. Allí, junto a uno de los puestos de pescado, estaba «Farfar». La mano derecha del viejecito se apoyaba en el manillar de su bicicleta. Los dos pequeños corrieron a su lado y Holly exclamó:

—¡«Farfar»! ¡Qué contenta estoy de verte!

—¿También habéis venido a comprar pescado? —preguntó el anciano con alegre expresión.

Los dos pequeños explicaron que se habían perdido. «Farfar» soltó una risotada y recogiendo su paquete de pescado, dijo:

—Venid conmigo. Yo os llevaré a Tívoli.

Mientras los tres avanzaban a lo largo de calles estrechas, «Farfar» les contó que había ido a la ciudad a hacer unos cuantos recados.

—A «Farmor» le gusta que le compre pescado fresco, cuando estoy aquí.

Los dos niños se sintieron muy asombrados viendo lo cerca que estaban de «Raadhus Plads», la plaza del ayuntamiento, y el Tívoli, que quedaban a poca distancia. «Farfar» les llevó directamente a la puerta principal, donde había muchas personas estacionando sus bicicletas. De pronto, sonó clara y firme la voz del señor Hollister:

—Ahí están Holly y Ricky, Elaine. Ya te dije que acabarían encontrándonos.

—¡Mirad! Viene «Farfar» con ellos —exclamó Pete.

Formando un alegre grupo, Ricky y Holly contaron todo lo sucedido.

—No ha tenido importancia —dijo «Farfar» cuando la señora Hollister le dio las gracias—. Estoy seguro de que los niños habrían encontrado la manera de llegar hasta aquí sin contar conmigo.

—¿Cómo está de adelantado su barco a escala? —le preguntó Pete.

—Bien. Muy bien. En pocos días quedará acabado.

—Pero después de dar esta respuesta, el viejecito, con expresión preocupada, añadió: —Pero las iglesias están pasando un mal rato a causa de otros barquitos como ése.

—¿Qué quiere usted decir? —se interesó Pam.

—Venid, os lo contaré.

El anciano buscó en su bolsillo y sacó un recorte de periódico. Traduciéndolo con toda exactitud, leyó a los Hollister el artículo que informaba sobre el robo de algunos de los barquitos de las iglesias. En algunos de los casos, los ladrones, después de robar los barcos, los habían destrozado. Algunos habían sido encontrados en la calle, hechos pedazos.

—¡Dios mío! ¿Y por qué puede haber alguien que haga una cosa tan mala? —murmuró Pam.

—Si fuese yo, los atraparía para llevarlos a navegar por algún lago —dijo sensatamente, Ricky.

La reflexión del pequeño hizo sonreír a «Farfar», que luego dijo:

—Me temo que no son juguetes lo que quieren robar esos ladrones. Existe algún motivo mucho más misterioso.

Pam opinó que tal vez los ladrones buscaban algo dentro de los barquitos y «Farfar» repuso que bien podía ser eso. Pero él no sabía que nunca se hubieran ocultado cosas de valor dentro de los barquitos en miniatura.

—De todos modos, la policía está buscando a esos vándalos —dijo el anciano, que en seguida alegró su expresión para añadir—: Vengan a visitarnos otra vez. Todavía no han visto ustedes mi gran barca de vela.

Los Hollister se despidieron y «Farfar» montó en su bicicleta y se alejó.

Cuando toda la familia entró en Tívoli, Pam observó atentamente la expresión de su madre que parecía entusiasmada con aquellos espectáculos, nuevos para ella.

—¿Verdad que es todo precioso, mamá? —preguntó, cuando pasaban ante el escenario donde se representaba la pantomima.



Tanto el señor como la señora Hollister declararon que no habían visto un parque más maravilloso en toda su vida. Un momento después se oyeron los acompasados sones de una marcha militar.

—¡Canastos! ¡Un desfile! —exclamó Ricky.

Al dar la vuelta por un camino pudieron contemplar el más

inusitado desfile que jamás vieran los cinco hermanos.

—¡Son soldados! —Observó Holly—. ¡Pero que chiquitines!

—Apuesto algo a que son enanos —declaró Ricky.

Sin embargo, cuando el desfile fue aproximándose, todos pudieron ver que los soldados no eran más que niños. Iban vestidos con casaca roja y pantalones blancos que llevaban una raya azul a un lado de la pernera. En la cabeza lucían un alto gorro de piel.

—Debe de ser la guardia de Tívoli, de la que he oído hablar varias veces —dijo la señora Hollister.

Luego explicó a sus hijos que había estado leyendo algunos artículos sobre Tívoli la tarde anterior. La Guardia de aquel parque era un recuerdo de los viejos tiempos de Copenhague. Aquellos niños que desfilaban tan erguidos eran un símbolo de que Tívoli daba la bienvenida a todos los niños y les invitaba a tomar parte activa en todas las diversiones que se ofrecían en el parque.

Cuando toda la Guardia hubo desfilado, Pete, Pam, Ricky, Holly y Sue echaron a andar marcialmente tras ellos, en unión de un grupo de niños daneses. Los Hollister no se separaron del desfile Hasta que Ricky vio a un hombre vendiendo globos. Los globos de alegres colores estaban inflados con gas e iban atados a una cuerda, y ondeaban por el aire, a mucha distancia de la cabeza del vendedor.

—¿Podemos comprar uno? Anda, papaíto, di que sí —rogó Sue.

—Naturalmente. Elige tú los colores —repuso el señor Hollister, sacando de su bolsillo un puñado de monedas.

Se escogieron los globos a rayas rojas, amarillas y púrpura, todos ellos con la inscripción de la palabra «Tívoli». Ricky, Holly y Sue echaron a correr delante con su nuevo juguete. El diablillo de Ricky, dejando muy largo el cordel de su globo, golpeaba con él la cabeza de Holly. Al poco, la niña protestó:

—¡Basta, Ricky!

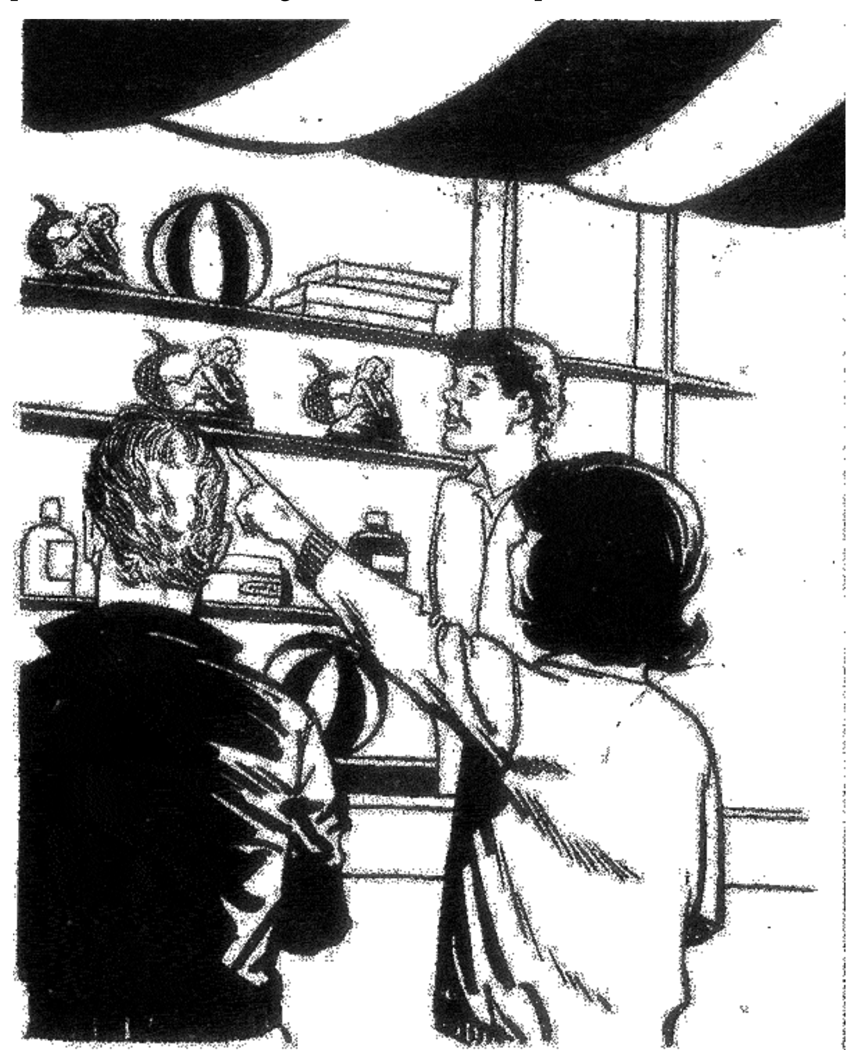
El pequeño se apartó un poco, describiendo un círculo, poco dispuesto a renunciar a sus bromas. Pero no vio cómo Holly quitaba una de las horquillas con las cuales se sujetaba su cabello. Nuevamente el pequeño fue a golpear la cabeza de su hermana con el globo. Pero esta vez Holly estaba preparada y buscó con la horquilla la superficie del globo.

¡Plof! El globo de Ricky estalló en la misma naricilla del niño.

—¡Pero Holly! —exclamó Ricky, con tono de desencanto.

Su traviesa hermana volvió a ponerse la horquilla en el pelo, arrugó la nariz y declaró:

—Ahora ya estamos en paz por la que me hiciste, espachurrándome el algodón de caramelo por la cara.



En los primeros momentos Ricky quedó consternado. Pero, al poco rato contrajo su carita pecosa en una risa y alargó su mano, diciendo:

—Vamos a hacer las paces con un apretón de manos.

Si Ricky tenía planeado seguir embromando a su hermana, se olvidó completamente de ello al ver un gran espacio de terreno dedicado a juegos infantiles. En uno de los extremos de aquel encantador parque había columpios, toboganes, balancines y un gran rectángulo enarenado.

—¡Vamos a jugar allí! —propuso el niño, echando a correr.

Tomando a Sue de la mano, Holly le siguió. Ricky subió inmediatamente al más alto de los toboganes y se deslizó por él, mientras Holly y Sue buscaban un balancín donde empezaron a brincar arriba y abajo, alegremente.

Viendo aquello, Pete se llevó a Pam a un lado y habló con ella en un cuchicheo. Luego, los dos se aproximaron a sus padres, que estaban descansando en un banco.

—A Pam y a mí nos gustaría que nos dieseis permiso para hacer más averiguaciones sobre el misterio de la Sirenita —dijo Pete.

—¿De verdad crees que ese barbudo puede estar todavía en Tívoli? —preguntó la señora Hollister, siempre amable y deseosa de complacer a sus hijos.

—No se sabe lo que podremos averiguar —contestó el muchachito, esperanzado.

Y volvió a insistir para que sus padres permitieran a su hermana y a él alejarse un rato y volver más tarde a buscar a la familia a aquel mismo lugar.

—Muy bien, detectives —asintió el padre, dándoles un pescozón a modo de despedida—. ¡Y no se os ocurra volver sin traer una pista importante!

Pete y Pam marcharon directamente al lugar en que perdieron de vista al desconocido de la navaja, la noche anterior.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Pam.

Pete repuso que lo mejor sería intentar dar con alguien que hubiera visto al barbudo o al hombre afeitado que tenía su navaja.

A corta distancia de allí, había una zona de diversión con toda clase de juegos de habilidad y de suerte. Tal vez alguno de los encargados de aquellas secciones pudiera darles información, pensaron los dos hermanos.

—De todos modos, me gustará hacer unas partidas de alguno de

esos juegos —confesó Pete.

—Allí veo uno estupendo —anunció la niña, señalando una garita donde había una mesa cubierta por un tapete negro. El tablero de aquella mesa formaba inclinación, quedando más bajo por la parte del fondo, donde había cinco agujeritos. Se jugaba haciendo rodar una pelota sobre el tapete negro, procurando que entrase en alguno de los agujeros.

Cada uno de los niños dio al encargado una moneda y a cambio recibió cuatro bolas de plástico, de la medida de pelotas de golf. Pete tiró primero, pero con la primera pelota erró en todos los agujeros.

—Ahora ya he conseguido puntería, Pam —anunció luego, calculando con toda precaución la distancia.

La segunda pelota entró en el agujero.

—¡Buena puntería! —exclamó la niña.

Entonces le llegó el turno a Pam que demostró casi tanta puntería como su hermano. Después de perder sin suerte las dos primeras pelotas, la tercera y cuarta las situó correctamente y las dos entraron en su correspondiente agujero.



Pete volvió a probar. Las dos bolas restantes entraron en sendos agujeros.

El encargado, situado tras el mostrador, les dio a cada uno un vale y, con un entrecortado inglés, les informó:

—Premios… allí —y señaló una barraca inmediata.

—«Tak, tak» —repuso Pete, dando las gracias al hombre en danés.

Antes de irse se paró a preguntarle si la noche anterior había visto por allí a un hombre extraño, con barba negra.

El encargado se encogió de hombros, replicando:

—¡Cualquiera sabe!

Desencantados, Pete y Pam se dirigieron a la otra cabina donde se recogían los premios, consistentes en objetos menudos, alineados en estanterías. Cuando el muchacho que se encontraba tras el mostrador se dirigió a los Hollister en danés, Pete preguntó:

—¿Habla usted inglés?

—Sí.

—¿Qué premios podemos conseguir por diez puntos?

El muchacho señaló la estantería inferior donde había lápices, pitos y espejitos de bolsillo que, como recuerdo de aquellos jardines, llevaban escrita la palabra «Tívoli».

En aquel momento los ojos de Pam se fijaron en la estantería más alta, donde pudo ver… ¡varias estatuillas de la Sirenita!

—Pete —llamó la niña, cautamente—, ¿no te parecen conocidas?

—¡Zambomba! ¡Claro que sí!

En aquel momento, el muchacho danés sonrió, diciendo:

—A todo el mundo parecen gustarle esas figuras. Anoche estuvo aquí un hombre con grandes barbas…

—¡Un hombre con barba! —le interrumpió Pete, sin poderlo evitar—. ¿Consiguió una de las Sirenitas?

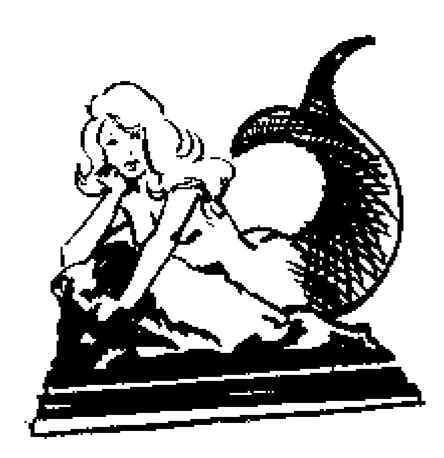
El joven del mostrador repuso que sí, pero que el hombre no era habilidoso en aquel juego.

—Tardó largo rato en ganar una de las Sirenitas. Claro que para obtenerlas se necesitan veinticinco puntos. Ese hombre se llevó el mismo premio hace un mes; lo recuerdo por una señal de su mano derecha.

—¿Un tatuaje? —preguntó inmediatamente Pam, sintiendo que el corazón le saltaba furiosamente en el pecho.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —se asombró el muchacho—. Llevaba tatuada una bandera, pero no era la danesa.

UN SECRETO EN BARCO



—La policía está buscando a ese hombre del tatuaje —informó Pete al muchacho del mostrador de los premios.

Los ojos del joven se abrieron enormemente. Aproximándose a los dos hermanos americanos, el danés preguntó:

—¿Es algún criminal?

—Al menos es sospechoso —replicó Pete.

Pam no deseaba hablar mucho del señor Cara-Peluda y cambió de tema, diciendo:

—Me gustaría mucho tener una Sirenita de ésas.

—Podréis conseguirla si ganáis más puntos.

—Muy bien. Vamos, Pam. La ganaremos.

Los dos corrieron a la mesa de juego y cinco minutos más tarde, después de haber hecho los dos unas partidas con muy buena puntería, Pete y Pam volvían a la barraca de los premios.

—Tomaré la Sirenita —anunció Pam, muy contenta.

Poco después, ella y Pete volvían a la zona de juegos. Pete corrió al lado de su padre, exclamando:

—¡Papá! ¡Hemos encontrado más pistas!

Pam enseñó la figurita, mientras Pete contaba lo que habían

averiguado sobre el barbudo.

—Muy inteligente por parte del señor Schwartz; y todo parece indicar que es cosa suya —comentó la madre.

El señor Hollister se mostró de acuerdo con la opinión de su mujer. Si el ladrón había conseguido la figurilla como premio de un juego, no había posibilidad de seguirle el rastro, haciendo averiguaciones en tienda alguna, de las que vendieran tales objetos.

—Es lo mismo que había pensado yo, papá —dijo Pam.

La niña deseaba volver inmediatamente al hotel para llamar por teléfono a la señorita Petersen.

—Ella tiene la figurita que le pusieron en lugar de la verdadera. Podremos compararlas —dijo la niña.

—Me jugaría algo a que son iguales —declaró Pete.

A pesar de los deseos de los dos mayores, Ricky, Holly y Sue no deseaban marcharse tan pronto de Tívoli y rogaron que les dejaran dar una vuelta en el «roundabout».

—Tengo una idea —informó Pete—. Telefonearé a la señorita Petersen y le diré que vaya a vernos al hotel, después de la comida.

La solución dejó a todos complacidos porque, secretamente, también la señora Hollister deseaba montar en el tiovivo; lo cierto fue que ella y su marido se divirtieron en el «switchback» tanto como sus mismos hijos.

Después de comer en uno de los atractivos restaurantes al aire libre de Tívoli, los Hollister volvieron a sus bicicletas. Esta vez la señora Hollister se situó detrás, para impedir que alguno de sus hijos pudiera extraviarse por Copenhague.

La señorita Petersen, que les estaba esperando en el vestíbulo del hotel, dijo:

—Gracias por tu llamada, Pete.

Luego saludó a toda la familia Hollister e informó:

—Traigo en mi bolso la figurilla de imitación.

La señorita danesa y Pam se acercaron a la mesita colocada en una esquina del vestíbulo y colocaron sobre el tablero las dos figurillas. La vocecita cantarina de Holly anunció inmediatamente a gritos:

—¡Parecen dos hermanas gemelas!

—¡Son tan iguales como los guisantes de una misma vaina! —

reflexionó el señor Hollister, diciendo luego, muy orgulloso, a sus dos hijos mayores—: Habéis sacado unas excelentes conclusiones.

—Verdaderamente, sois muy buenos detectives —comentó la señorita Petersen—. Y no me extrañaría que vosotros solos acabaseis dando caza al ladrón.

—No sabe usted cuánto me gustaría —repuso Pete.

La señorita Petersen murmuró entonces:

—Lo que no comprendo es para qué deseará ahora el señor Schwartz otra figurilla de imitación.

Pam, que creía saber la respuesta, dijo:

—Señorita Petersen, ¿hay en Dinamarca alguna otra Sirenita valiosa como la de usted?

—Unas cuantas. Una se encuentra en una famosa tienda Helsingor, cerca del Castillo de Kronborg.

—Entonces, es posible que el señor Cara-Peluda piense robar alguna de ellas.

Antes de que la señorita Petersen se despidiera, todos hicieron comentarios sobre la pista que tenían de la bandera tatuada.

—Me alegro que el ladrón no sea danés —declaró la señorita Petersen—. Tenemos una leyenda precisamente dedicada a nuestra bandera que se llama la «Dannebrog». ¿Queréis que os la cuente?

—Sí, sí —respondieron todos a coro.

La danesa les explicó que, durante una antigua batalla contra los estonianos, los daneses perdieron su bandera y estuvieron a punto de ser derrotados. De repente, del cielo cayó sobre el campo de batalla un estandarte rojo con una cruz blanca en el centro. En cuanto los daneses reanudaron la lucha bajo aquella bandera enviada por el cielo, la batalla se resolvió en su favor.

—Por eso, desde entonces, la «Dannebrog», el estandarte con la cruz blanca, ha sido siempre nuestra bandera nacional —concluyó la señorita Petersen.

—¡Canastos! ¡Qué manera tan estupenda de tener una bandera! —exclamó Ricky.

La señorita Petersen se puso en pie, prometiendo informarles en cualquier momento en que tuviera noticias del ladrón.

Apenas habían entrado los Hollister en sus apartamientos, cuando sonó el timbre.

—¿Quién es? —preguntó Pam.

—Karen.

—Adelante —dijo la niña, abriendo la puerta.

La joven danesa llevaba un periódico en las manos y dijo apresuradamente:

—Miren esto. Parece ser que ese señor Cara-Peluda ha vuelto a cometer otra fechoría.

Todos los Hollister rodearon a la danesa escuchando con atención, mientras Karen les leía la noticia de un intento de robo en una tienda de Helsingor.

—Por suerte echaron al intruso antes de que hubiera podido llevarse nada. Pero ¿saben una cosa? Estaba intentando apoderarse de una valiosa Sirenita.

—Vámonos corriendo —apremió Ricky al instante—. Tenemos que ir a Helsingor. Quiero atrapar en seguida al señor Cara-Peluda.

—Hoy no puede ser, pero tal vez vayamos pronto —contestó la madre, explicando que Helsingor y el Castillo Kronborg estaban incluidos en la lista de lugares que querían visitar durante su estancia en Dinamarca. Pero antes tenían que acabar de ver Copenhague.

—Y hacer algunas compras —añadió el señor Hollister, guiñando un ojo a su esposa—. No olvides que te prometí un brazalete de plata, Elaine.

—Yo podría llevarme a los niños a visitar algunos lugares, mientras ustedes salen de compras —se ofreció Karen.

—¡Canastos! —gritó Ricky, dando una doble zapateta, para demostrar su entusiasmo.

—Quiero que vayamos otra vez en las «bicis» y así yo podré montarme en la cesta —declaró la pequeñita.

Los señores Hollister aceptaron en seguida la oferta de Karen. Y en cuanto se despidieron de sus padres, los hermanos Hollister volvieron nuevamente a las bicicletas.

—Deja ya de dar saltitos arriba y abajo, querida —pidió Karen a Sue, mientras avanzaban por un precioso parque.

—Es que tengo mucho apetito —repuso la chiquitina, con un mohín de angustia.

Pam, que pedaleaba cerca de su hermana menor comprendió en

seguida los motivos del repentino apetito de la niña. Cerca de ellos se había detenido un vendedor de helados con su carrito.

—Está bien —accedió Karen, dando unas afectuosas palmadas en la cabeza de la pasajera de la cesta—. También a mí me apetece un helado.

Después que se hubieron detenido a tomar el helado, Karen volvió a ponerse en marcha, al frente de su pequeña caravana. Cuando volvieron una esquina, Pete se fijó en una pequeña y vieja iglesia.

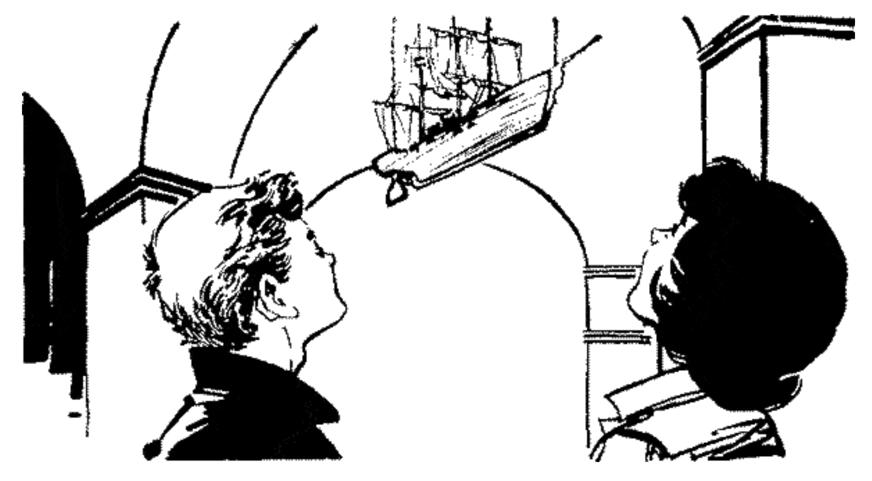
—¿Crees que en esa iglesia habrá barquitos, Karen? —preguntó el muchacho.

—Nos detendremos a averiguarlo.

Aparcaron las bicicletas delante de la iglesia. Los visitantes abrieron una pesada puerta de hierro y echaron un vistazo al interior.

—¡Ahí hay uno! —informó Pete, en un susurro.

Cerca del frontal de la iglesia, sujeto por dos cables, pendía un lindo barco en miniatura. Mientras Pete y Pam avanzaban lentamente por un lateral, para ir a mirar el barquito, apareció un hombre cargado con una escalera. El hombre llegó hasta debajo del barquito, colocó la escalera y empezó a subir por ella. A la escasísima luz que había en la nave, Pete no pudo ver si el hombre llevaba barba o no.



Pensando que el hombre quería robar el barco, Pete sentía

deseos de gritar: ¡Quieto! Pero no se atrevía a armar alboroto dentro de una iglesia.

—¡Karen, Karen! ¿Qué hacemos? —consultó a la danesa, en voz muy bajita.

—¿A qué te refieres? —repuso ella, con calma.

—Hay que detener a ese ladrón.

La danesa se llevó una mano a los labios para contener la risa.

—Pero Pete, si ese hombre es el sacristán. ¡Fíjate en sus ropas largas!

Pete sintió que toda la sangre le afluía a la cara; se puso tan colorado que la misma Pam, a la escasa luz de la iglesia, pudo darse cuenta de ello.

—No…, no me había fijado —tartamudeó el chico.



Mientras los Hollister avanzaban por el lateral de la iglesia, el sacristán descolgó el barquito de los ganchos en que estaba sujeto y lo llevó al suelo con todo cuidado.

—Buenas tardes —saludó Karen—. ¿Qué va usted a hacer con el barco?

—Voy a limpiarlo —repuso en danés, el sacristán—. Hace mucho que no se le echa una mirada.

El sacristán sacó de su bolsillo una gamuza y empezó a quitar el

polvo del barco en miniatura.

—¿Podemos mirarlo por dentro? —preguntó Ricky.

—«Ja, ja». Yo os lo enseñaré.

El sacristán levantó la cubierta. El interior del barco era hueco y se habían guardado allí unos largos tubos de metal.

—Si no es mucha molestia, ¿podemos ver lo que hay dentro de los tubos? —preguntó Pam.

El sacristán asintió, complaciente. Desenroscó la tapa de uno de los extremos de un tubo y de él un rollo de pergamino. Karen ayudó al hombre a sostenerlo extendido.

—¡Zambomba! Es un manuscrito —observó Pete.

Todos los detalles relativos al barco estaban claramente especificados en aquel pergamino redactado a mano. Hablando en un susurro, Pete preguntó a Karen:

—¿No dice nada de ningún tesoro?

La joven se echó a reír contestando que no.

Pete estaba tan impaciente que se creía incapaz de aguardar hasta que el sacristán abriese el segundo tubo metálico. Pero tampoco en este tubo había otra cosa que un rollo de papel donde se daba el nombre del donante, que era Sven Janssen, quien había hecho y ofrecido la miniatura en recuerdo de su padre, un capitán de barco que se perdió durante una tormenta en el Mar Báltico.

Pam se dirigió al sacristán, preguntando:

—¿Ha oído usted algo de esos ladrones que se llevan los barquitos como éste de las iglesias?

El hombre contestó que se había enterado de ello, pero que no podía comprender el motivo de tales robos.

—Nosotros hemos pensado que puede haber algo de valor escondido en alguno de esos barcos miniatura —dijo confidencialmente Pam al sacristán, mientras éste acababa de limpiar el barquito y lo colgaba en su sitio.

Con una risilla, el sacristán repuso:

—Creo que en nuestro barco tendremos que poner un cartel que diga: «Ladrones, en este barco no hay tesoro. Pueden ustedes marcharse».

Luego, el amable sacristán plegó la escalera portátil y salió rápidamente por una puerta lateral. Karen y los niños volvieron a la

calle y continuaron su paseo en bicicleta por la ciudad.

—¿Os gustaría ver el castillo de Christiansborg? —preguntó la danesa.

—Sí, sí. ¿Vive allí el rey? —indagó Ricky.

Karen repuso que hacía mucho que el rey no vivía allí y el palacio se utilizaba como Parlamento. Se podía llegar en bicicleta hasta los alrededores de Christiansborg.

Mientras se aproximaban al lugar, Ricky y Holly comprobaron que el palacio no estaba lejos del mercado de las pescaderas. El edificio de piedra se levantaba muy alto y orgulloso. La verja delantera conducía a través del palacio hasta un patio trasero. Desde la entrada Pam pudo ver en aquel patio una señora montada a caballo.

A Pam le encantaban los caballos y por eso, sin pérdida de tiempo pedaleó delante de los otros, para llegar al patio. Con gran sorpresa, la niña descubrió muchas huellas de caballo en la parte trasera del palacio. Karen dijo a Pam que la mujer a quien acababa de ver estaba entrenando los caballos de los establos reales.

—Los caballos del rey, la reina y las princesas se guardan aquí.

Los visitantes, sin bajar de sus bicicletas, contemplaron al hermoso caballo que trotaba describiendo círculos. Cuando el animal estuvo cerca de ellos, Karen habló con la mujer en danés. La amazona, que vestía pantalones de montar y una camisa blanca, abierta en el escote, tiró de las riendas del caballo para detenerse, sonriendo a los Hollister. Luego, en inglés, informó:

—Este animal es «Trina». Pertenece a la reina.

Pam se aproximó al caballo que agachó la testuz, permitiendo que la niña le acariciase.

—¡Cuánto me gustaría montar en el caballo de una reina! —murmuró la mayor de los Hollister.

—¿Eres buena amazona? —preguntó la mujer.

Pam se puso colorada cuando Holly contestó:

—¡Huy! Claro que es buena amazona. Hasta sabe montar en nuestro «Domingo».

—Entonces, ¿qué te parece si das una vuelta por el patio montada en «Trina»? —propuso la mujer.

—¡Me encantaría! —contestó Pam, con los ojos chispeantes de

alegría.

La amazona desmontó y ayudó a Pam a subir a los altos estribos de «Trina». La sonrisa de Pam era tan amplia como el patio del palacio. La niña rozó con sus tacones suavemente los ijares del animal que inició un airoso trote por la parte central del patio.

Entre tanto, Ricky se apartó hacia uno de los lados del patio, donde se encontraban los establos, con la esperanza de ver algún otro caballo real. Cuando se aproximaba a una de las puertas, vio súbitamente aparecer la mano de un hombre. ¡Ricky se quedó más quieto que un palo! En aquella mano acababa de ver un tatuaje que parecía ser una bandera.

Cuando la mano volvió a desaparecer, el niño seguía mirando fijamente.

Demasiado nervioso para gritar, Ricky abrió la puerta y miró dentro.

UN QUESO FUGITIVO



Una vez dentro del establo, Ricky avanzó de puntillas por el suelo de hormigón. Frente a él, un hombre, con unos calzones que sólo le llegaban a las rodillas, pasaba ante la hilera de pesebres ante los cuales se encontraban varios caballos, que no cesaban de relinchar.

Estremecido, Ricky apretó el paso hasta llegar junto al hombre por detrás.

—¡Hola! —saludó en voz alta.

Muy asombrado, el hombre giró sobre sus talones y esta vez Ricky pudo ver claramente que llevaba una bandera tatuada en su mano derecha. La bandera era la «Dannebrog». Así que aquel hombre no era el ladrón, se dijo Ricky, un tanto avergonzado. El pequeño no sabía qué decir, pero el hombre si lo sabía y lo dijo en un atropellado danés, mientras hacía gestos furibundos.

—Bueno. Bueno. Me iré —repuso sumisamente Ricky, después de comprender aquel lenguaje de signos—. Perdone.

Un momento después el pecosillo llegaba corriendo junto a Karen y los demás. Ahora era Pete quien iba a horcajadas de «Trina», dando una alegre vuelta por el patio.

Cuando Pete desmontó, la amazona danesa dijo que debía llevar nuevamente a «Trina» al establo.

—Veo que el mozo de cuadras me está llamando. Ya es hora de que coman los caballos —añadió—. Lamento que los pequeños no hayáis podido dar también un paseíto a caballo.

—No importa, no importa —contestó inmediatamente Ricky que seguía mirando hacia la puerta del establo y pudo comprobar que el mozo de cuadras que daba de comer a los caballos era el hombre de la «Dannebrog» tatuada en la mano. El pelirrojo tomó de la mano a Karen y tirando de la danesa, apremió:

—Vamos a dar otro paseo en bicicleta.

Después de dar las gracias a la amable amazona, todos volvieron a montar sus bicicletas. Tomando un camino diferente, los ciclistas avanzaron por Copenhague para regresar al hotel. Desde allí Pete telefoneó a la policía para preguntar si tenían noticias del hombre que había robado su navaja. La contestación fue negativa y Pete se sintió muy desanimado.

Pero pronto volvió a sonreír cuando Nils y Astrid llamaron a la puerta del apartamiento de los Hollister. Cuando todos saludaron a sus amiguitos daneses, Karen preguntó a sus sobrinos:

—¿Habéis venido a jugar con los Hollister?



—Hemos venido a una cosa todavía mejor —contestó Nils—. Quiero que Pete y Ricky vengan ahora con nosotros para que pasen la noche en casa.

—¡Zambomba! ¡Sería estupendo!

—¡Canastos! ¡Vámonos ahora!

Entonces Pam se acercó a decir a Astrid:

—¿Y por qué tú no te quedas con nosotras a pasar la noche en el hotel? Puedes ponerte un pijama mío. Y mamá siempre lleva algún cepillo de dientes sin estrenar.

Sue, Holly y Astrid consideraron muy placentera la idea. Karen sonrió, diciendo:

—Todo eso está muy bien, pero antes debemos consultar con la señora Hollister.

Cuando al poco rato llegaron de compras el señor y la señora Hollister, se mostraron muy contentos de poder tener a Astrid como invitada y telefonearon a la madre de los pequeños daneses para pedir permiso.

—Y vosotros tened mucho cuidado —recomendó la señora Hollister a Pete y a Ricky—. No hagáis ninguna diablura en casa de los Clausen.

Pete y Ricky recogieron apresuradamente sus pijamas y cepillos de dientes, y los guardaron en la saqueta que les habían dado en el avión.

—Muy bien, mamá —asintieron los dos y se despidieron de toda su familia.

Los dos hermanos fueron con Nils hasta la parte delantera del hotel, en donde tenían alineadas las bicicletas. Nils les guió por un atajo que llevaba a las afueras de Copenhague. Luego, cuando hubieron recorrido una milla de la carretera principal, giraron a la izquierda y se metieron por un camino vecinal. Pronto el camino avanzó entre enormes prados, en cuya hierba verde pastaban las vacas. A los lados del camino había algunos árboles de gran tamaño.

—Nils, ¿qué hay allí arriba? —preguntó Pete, señalando la copa de uno de aquellos árboles.

—Un nido de cigüeñas.

Los tres ciclistas detuvieron sus bicicletas y miraron hacia arriba. Una cigüeña que se apoyaba en el nido sobre una sola pata, contempló a los muchachos. Nils explicó:

—Los daneses creemos que las cigüeñas traen buena suerte.

—¡Qué pájaro tan silencioso! —observó Ricky, poniéndose las manos a modo de visera sobre la frente para ver mejor a la zancuda.

Las palabras del pelirrojo hicieron reír a Nils.

—La cigüeña no puede hacer apenas ningún ruido.

El pequeño danés añadió que, de tarde en tarde, alguna persona oía gruñir a una cigüeña, pero por lo general era un ave silenciosa.

Los tres volvieron a montar sus bicicletas y mientras pedaleaban, Nils les dijo que ya no había en Dinamarca tantas cigüeñas como antes.

—A nosotros nos visita todos los años una familia entera de cigüeñas —dijo el danés, muy orgulloso—. Nosotros las ayudamos a construir su nido.

—¿De verdad? —se asombró Pete—. ¿Y con qué se hace? ¿Con ramitas y barro?

—No lo adivinarías nunca —repuso Nils, sonriendo, al tiempo que corría por una hondonada del camino—. Esperad y veréis —concluyó, con aire de misterio.

Por fin Nils llevó su bicicleta a un caminillo que llegaba hasta un grupito de casas. Cada una estaba bastante distanciada de las demás y contaba con un buen espacio de terreno en la parte trasera.

—Ésa es nuestra casa —informó Nils, señalando una linda vivienda campestre, rodeada de lechos de flores de vistoso colorido.

Detrás de la casa Pete y Ricky pudieron ver un edificio muy ancho y bajo. En el techo se levantaba un alto poste con un cono blanco de lona en el extremo.

—¿Es una veleta sobre un hangar? —preguntó Pete.

Nils sonrió, respondiendo:

—Lo has adivinado. Papá encierra ahí su avión. —Y haciendo un guiño, preguntó—: ¿No veis mi cigüeña?

Ricky y Pete miraron a su alrededor e hicieron girar sus cabezas de izquierda a derecha como detectores de radar. Al fin, los dos lo descubrieron al mismo tiempo. En lo alto del hangar había un viejo neumático de automóvil. El nido de cigüeñas estaba instalado en aquel neumático, y allí se veía a una de aquellas aves de largo pico, sentada encima.

Pete y Ricky se mostraron muy curiosos sobre aquel extraño nido y Nils les explicó que muchos daneses procuraban que las

cigüeñas anidasen cerca de sus casas, para lo cual colocaban en los tejados neumáticos viejos.

—La cigüeña puede construir el nido mucho más de prisa si tiene el neumático.

En aquel momento se oyó en la distancia el zumbido de un avión. Y muy pronto vieron un pequeño aparato, verde y blanco, que describía repetidos círculos por encima de sus cabezas.



—Ahí está papá —informó Nils, corriendo hasta el hangar.

El avión siguió girando, cada vez a menos altura, hasta que aterrizó en la superficie de detrás del hangar. Se acercó lentamente

hasta el lugar en que se hallaban los muchachos y entonces el piloto suspendió la marcha de los motores, abrió la puerta de la cabina y saltó a tierra.

El señor Clausen era un hombre alto y atractivo, con una mata de rubio cabello que le caía despeinado, casi hasta los ojos. A causa de ello había adquirido la costumbre de pasarse constantemente la mano por el cabello. Nils le presentó a sus amigos y todos se estrecharon las manos.

—Me alegra que hayáis venido a visitarnos —dijo el señor Clausen—. ¿Os gustaría dar un paseo en mi avión, más tarde?

—¡Estupendo!

—¡Hurra!

Los Hollister siguieron a Nils y a su padre al interior de la casa, en donde la señora Clausen les recibió muy afectuosa. Era delgada y de cabellos oscuros y sonrió a los muchachos, diciendo:

—Debéis de estar hambrientos. Venid; la cena está preparada.

Todos entraron en un acogedor comedor y se sentaron a la mesa. A Pete y Ricky les pareció deliciosa la cena al estilo danés.

Después del postre que fue un sabroso pastel de frutas y nueces, el señor Clausen se levantó de la mesa, diciendo a Nils:

—Tengo algunas cosas que hacer. Luego iremos todos a dar un paseo en avión. Entre tanto creo que a nuestros invitados les gustaría visitar la fábrica de quesos.

—Estupendo —dijo Pete.

Muy pronto los tres muchachos volvieron a encontrarse pedaleando por la carretera. Un cuarto de hora después pasaron ante varios establos llenos de vacas. Nils dijo que, de allí, se obtenía la leche para la fabricación de quesos.

—¡Huy! —rió Ricky—. Son vacas «queseras».

La fábrica, un edificio de hormigón, con una sola planta, se encontraba sobre un montículo, a poca distancia de los establos. Nils llevó a los Hollister hasta un almacén trasero donde había dos grandes puertas abiertas. De dentro emanaba el olor fuerte y tentador de los quesos.

Los quesos, tan grandes cada uno de ellos como las ruedas de un carro, estaban colocados unos sobre otros. Algunas de las pilas de quesos llegaban hasta el techo.

Ricky miró a su alrededor y comprobando que no había mayores por allí, dijo en un cuchicheo:

—¿Puedo probar a levantar un queso, Nils?

—No podrás levantarlo. Pesan mucho.

—A lo mejor yo sí puedo —intervino Pete, ansioso de demostrar su fuerza.

—Prueba, entonces —sonrió Nils—. Pero apuesto a que no podrás.

Pete se acercó a una pila de quesos que llegaba a la altura de su cabeza. Extendió los brazos y probó a levantar un queso.

—¡Zambomba! ¡Cómo pesa! —exclamó el muchacho.

—¿No te lo había dicho yo? —preguntó Nils, que con los brazos cruzados sobre el pecho observaba, riendo.

—De todos modos, puedo levantarlo —aseguró Pete, dispuesto a hacer lo que decía.

Dio un tirón al queso, haciéndolo girar ligeramente. Lo movió otro poco y, de pronto… El queso resbaló y golpeó ruidosamente el suelo, después de haber estado a punto de alcanzar los pies de Pete. Rodó primero por la estancia y acabó cruzando la puerta abierta.

—¡Hay que atrapar ese queso! —gritó Ricky, y los tres chicos corrieron al exterior.

El redondo queso rodaba ya por la cuesta. Después de pasar de largo junto a un pedrusco, rozó las plumas traseras de un pato que errabundeaba cerca.

Muy apurados, los tres llegaron a alcanzar el queso cuando se encontraba ya a cierta distancia del granero. Entonces Nils estalló en carcajadas divertidas.

—Has ganado, Pete. Después de todo, has movido el queso —dijo.

—¿Lo he estropeado? —preguntó Pete, inquieto.

—No le ha ocurrido nada. Vamos a llevarlo rodando al almacén.

Pete y Nils se turnaron en el trabajo de empujar aquella especie de rueda amarilla, cuesta arriba. Luego, con la ayuda de Ricky, consiguieron levantar el queso y situarlo de nuevo en lo alto del rimero.

Los chicos se sintieron contentos de que nadie hubiera visto aquel desaguisado. Silenciosamente montaron en sus bicicletas y

volvieron a la casa de Nils. El señor Clausen que acababa de salir a la puerta, hizo detenerse a los ciclistas, al preguntar:

—¿Qué os han parecido los quesos?

—Estupendos. Muy grandes, redondos y… rápidos —murmuró Ricky.

Nils fijó en el pequeño una mirada de aviso, pero el señor Clausen se limitó a encogerse de hombros, demostrando su ignorancia, y murmuró:

—¿Rápidos? Nunca oí decir a nadie semejante cosa de un queso. En fin, no tiene importancia. Ahora vamos a dar un paseo en avión.

Ricky y Pete ya habían ido otras veces en aviones pequeños y sabían cómo había que saltar por la abierta portezuela y acomodarse detrás del piloto.

Nils se deslizó junto a su padre, en el asiento del copiloto. Muy pronto rugió el motor y el aparato despegó suavemente. A los pocos minutos volaban sobre Copenhague.

—¡Mira! ¡Ahí abajo está Tívoli! —gritó Pete.

Y su hermano añadió, muy excitado:

—¡Yo puedo ver la noria!

El piloto tomó entonces la ruta norte, a lo largo de la costa. Después de un agradable trayecto sobre Oresund, el angosto estrecho que separa Dinamarca de Suecia, el avión se movió en círculo sobre una gran ciudad. Nils la reconoció en seguida como Helsingor. Los Hollister miraron muy interesados por la ventanilla. Un momento después los dos exclamaban a un tiempo:

—¡Ahí está el castillo Kronborg!

Al poco, el señor Clausen hacía girar el aparato, tomando la dirección de Copenhague. No habían avanzado más que unas millas, cuando Ricky señaló un molino muy próximo al agua. Era el único de todo el contorno cuyas aspas giraban veloces.

—¡Qué raro! ¿Por qué los demás molinos no funcionan, también?

El señor Clausen hubo de admitir que aquello era verdaderamente extraño.

—Además, me consta que no hace viento. Vamos a mirar más de cerca.

Mientras el piloto hacía descender el aparato, dos hombres

salieron del molino y las aspas dejaron de girar.

—¡Zambomba! ¡Qué misterioso! ¿Qué cree usted que ocurre allí, señor Clausen? —preguntó Pete.

—Confieso que no tengo la menor idea —contestó el piloto, añadiendo que no había visto hasta entonces una cosa igual.

—A lo mejor es una señal —reflexionó Pete.

—¿Para quién? —preguntó Nils.

—Para algún barco de Oresund.

—Podría ser.

Mientras el avión iba tomando velocidad, Pete pensaba en el misterioso molino. Confiaba en poder visitar aquel lugar cuando fuese con su familia en viaje a Helsingor.

Al poco el avión aterrizó en el prado trasero de la casa de los Clausen y todos saltaron a tierra.

—¡Qué viaje más estupendo! —exclamó Ricky.

—Estupendo y hasta hemos encontrado otro misterio —añadió su hermano.

—Veo que Nils tiene razón, sois buenos detectives.

Mientras se encaminaban a la casa, Pete preguntó si había iglesias por allí cerca y contó a la familia sus sospechas de que pudiera haber algo de valor escondido en alguno de los barcos votivos; él creía que ése era el motivo de que hubieran ocurrido tantos robos últimamente.

—Nos gustaría encontrar el tesoro antes de que lo encuentren los ladrones —informó Ricky, muy grave.

Nils sacudió la cabeza afirmativamente, respondiendo:

—Hay una iglesia con un «kirkeskibe» detrás de la fábrica de quesos. Se puede ver el campanario desde aquí.

Todavía no era completamente de noche y los chicos volvieron a montar en sus bicicletas para ir hasta la iglesia de la localidad. Era un viejo edificio, muy bonito, con una gran campana en el campanario.

Nils presentó a los Hollister al párroco y preguntó si sus amigos podían ver el barco. El señor Hemming, el cura, les llevó amablemente a la capilla.

En la entrada, cerca de la cuerda que bajaba desde el campanario, había un barco miniatura, de buen tamaño, sujeta al

techo por dos cadenas.

—¿Podemos verlo un poco más de cerca? —pidió Pete.

—Desde luego —repuso el pastor Hemming, alejándose.

Un momento después volvía con una escalera portátil, sacada de un cuartito inmediato, y Pete subió a contemplar el buque.

Todos los muchachos levantaron la cubierta y miraron dentro, pero allí no había cosa alguna; ni siquiera los tubos de metal conteniendo algún pergamino. El cura explicó que aquel barco estaba en la iglesia ya cuando él fue destinado allí por primera vez, y nunca había contenido documento alguno identificativo.

Pete y Ricky dieron las gracias al cura por su amabilidad y volvieron con Nils a casa de los Clausen. Después de tomarse una taza de chocolate caliente, cubierto con un copete de nata batida, los muchachitos se metieron en la cama.

Los dos Hollister se sintieron muy cómodos al meterse bajo los confortables edredones de plumas. Ricky, al principio, consideró muy raro que se usase una ropa así en verano. Pero pronto tuvo que reconocer que aquellos cálidos edredones eran necesarios, ya que el ambiente resultaba muy fresco.

A media noche, los tres niños se despertaron súbitamente, oyendo una llamada semejante a la de un gong. Todos a un tiempo se sentaron en las camas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pete.

—¡La campana de la iglesia! —exclamó Nils—. ¡Nunca la he oído sonar a estas horas!

UNA GRAN CARRERA DANESA



—Debe de ser una llamada de alarma —opinó Nils, nerviosísimo, mientras él y sus compañeros saltaban de la cama.

El señor y la señora Clausen ya se habían despertado a causa de la campana, que todavía seguía tocando. Estaban los niños buscando sus ropas, cuando el piloto abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿A dónde vais a ir, muchachos?

—A lo mejor hay un incendio —repuso Nils, mientras se encajaba un jersey.

—O puede ser que un ladrón esté intentando robar el barco de la iglesia.

—¿Y tú crees que se le habrá ocurrido tocar la campana para que todos sepan lo que está haciendo? —preguntó Ricky, que se estaba abrochando el cinturón y un momento después se inclinaba para atarse los cordones de los zapatos.

Con una sonrisa, el señor Clausen murmuró:

—Parece que estáis dispuestos a averiguar el motivo de este alboroto. Pero tened mucho cuidado. Podéis correr peligro.

Los tres niños salieron de la casa, montaron sus bicicletas y

pedalearon en dirección a la iglesia. Cuando se aproximaron, pudieron ver luces de linterna que se encendían y se apagaban en la oscuridad.



«El sonido de la campana debe de haber despertado a todo el pueblo», pensó Pete.

Cuando los niños llegaron a la iglesia, el pastor Hemming y cuatro hombres más, provistos de luces, se aproximaban sigilosamente a la puerta principal.

En aquel mismo instante se abrió una puerta lateral y se vio a una silueta correr en las sombras.

—¡Eh! ¡Mirad! —gritó Ricky.

—¡Deténgase! —ordenaron Pete y Nils al mismo tiempo.

Pero el merodeador nocturno no tenía la menor intención de hacerles caso. Por el contrario, huyó por la carretera con la rapidez de un conejo.

Los muchachos, seguidos por los cinco hombres, habían emprendido inmediatamente la persecución, pero antes de que nadie hubiera podido darle alcance, el fugitivo desapareció entre un grupo de árboles. Un momento después sus perseguidores oyeron zumbar un motor.

Nils, que era muy rápido, iba ahora delante de todos. Pete, que le seguía de cerca, vio de pronto la oscura silueta de un hombre montado en una motocicleta, que se encaminaba a la carretera. Nils se encontraba justamente en frente del desconocido.

—¡Cuidado, Nils! —advirtió Pete.

Dando un salto, llegó junto a su amigo y, agarrándole por los hombros, le apartó del peligro en el último instante. La motocicleta pasó como un rayo ante el niño danés, salió a la carretera y con gran estrépito de su motor desapareció en la oscuridad.

—¡Por poco te atropella! —exclamó Ricky, muy alarmado.

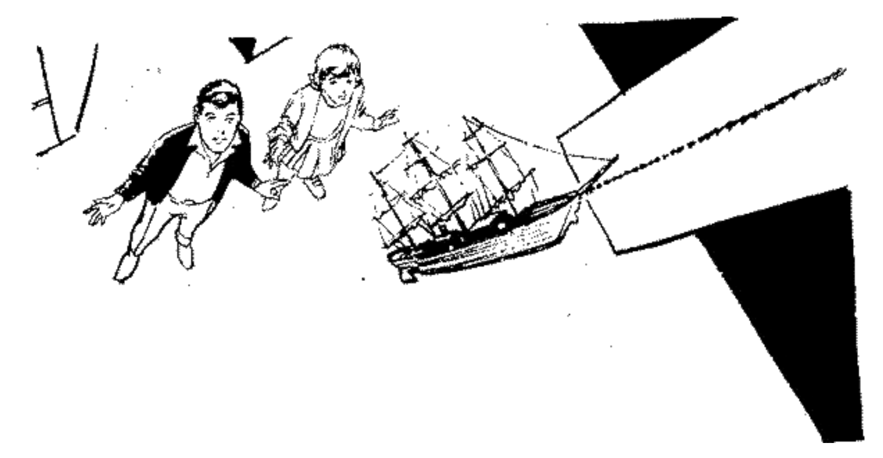
—«Tak, tak», Pete —tartamudeó Nils—. Me has salvado la vida.

En aquel momento, el pastor Hemming y los otros hombres llegaron junto a los tres muchachitos.

—Habéis sido muy valientes al intentar detener a ese hombre —declaró el pastor.

También los otros hombres colmaron de elogios a Nils y sus dos amiguitos americanos. Después, todos se encaminaron a la iglesia para comprobar qué fechoría había cometido el misterioso merodeador. La puerta principal estaba cerrada con llave.

—Debe de haber entrado por la puerta lateral —opinó Pete.



Al llegar allí vieron que la puerta, no tan sólida como la principal, había sido forzada y estaba abierta. Una vez dentro de la iglesia, el cura encendió las luces. Nada parecía estar en desorden, pero Nils se fijó en que una de las portezuelas que daban a la sacristía estaba entreabierta.

Todos corrieron hacia aquella puerta.

¡Pete había acertado! El barco en miniatura colgaba ahora del techo, suspendido tan sólo por una de las cadenas e inmediatamente debajo de él se veía una escalera portátil.

—¿Qué estaría buscando ese individuo? —murmuró uno de los hombres.

El pastor movió la cabeza lentamente.

—Nunca creí que ese hombre que se apodera de los barcos miniatura nos visitase a nosotros. Creo que no hace muchas horas que os mostré ese barco, ¿verdad, muchachos?

—Nosotros sabemos que el ladrón no ha encontrado nada en ese barco —declaró Ricky, con una de sus traviesas sonrisas.

Mientras los hombres trataban de los posibles motivos que habían impulsado al intruso a tocar la campana, Pete y su hermano empezaron a caminar de un lado a otro, buscando pistas. Los ojos del pecosillo se iluminaron al ver en el suelo unos trozos de cristal.

—Pete, ¡mira, mira!

El mayor de los hermanos se agachó para examinar los cristales. Colocándolos unos junto a otros, con paciencia, descubrió que habían pertenecido a una pequeña lente redonda.

—¡Ya sé! —exclamó Pete—. Al ladrón se le ha caído la linterna y se le ha roto el cristal.

Ahora fue Nils quien intentó reconstruir la escena.

—Seguramente —dijo—, el ladrón perdió el equilibrio en la oscuridad y se asió a la cuerda del campanario. ¿No cree usted que pudo ser eso lo que ocurrió, Pastor?

—Seguramente —repuso el señor Hemming.

—Ahora ya habéis resuelto el misterio de cómo sucedió; queda por saber quién lo hizo.

Pete propuso que todos examinasen la entrada y el camino que había seguido el intruso a través de la iglesia.

—A lo mejor encontramos otra pista —opinó el chico.

Los mayores se unieron entusiasmados a la búsqueda. Al cabo de unos minutos uno de los hombre que buscaba cerca de la puerta lateral, encontró un estuche de cerillas y se lo mostró a Pete. Casi al mismo tiempo, Ricky encontró dos cerillas gastadas.

—¡Ahora ya sé otra cosa! —anunció Pete, con entusiasmo.

No cabía duda de que el fugitivo, cuando se le rompió la linterna, tuvo que recurrir a las cerillas para poder encontrar el camino de salida.

—Señor Hemming —siguió diciendo el chico—, el ladrón debe

de ser americano. Aquí, la gente lleva las cerillas en unas cajas pequeñas, no en estuches como éste.

—Es cierto.

Pete levantó la solapa de cartulina del estuche de cerillas y las examinó. Observó que faltaban algunas, que habían sido arrancadas, tirando de ellas hacia la izquierda del estuche. Y de pronto tuvo una idea. El hombre que había arrancado aquellas cerillas debía de ser zurdo. Y ahora que lo pensaba bien, ¿el señor Cara-Peluda no había encendido el cigarrillo con la mano izquierda?

—Puede que me equivoque —dijo Pete al cura y a los otros hombres—, pero creo que tengo una buena pista para saber quién ha sido el fugitivo.

Y sin pérdida de tiempo contó a los mayores los asombrosos sucesos ocurridos en el avión. Ricky fue el primero en hablar:

—Me apuesto algo bueno a que el señor Cara-Peluda está metido en esto —dijo.

Como no había puesto de policía en aquella minúscula villa, el señor Hemming dijo que informaría a las autoridades de Copenhague sobre el intento de robo. Luego, dio las gracias por su ayuda a los tres muchachos, que, en seguida, volvieron a la casa de los Clausen.

El padre de Nils seguía levantado, esperando que le contasen lo ocurrido. La señora Clausen les sirvió leche y pastelillos, mientras los muchachitos hablaban del suceso.

—Parece que las aventuras os siguen a todas partes a donde vais los Hollister, ¿verdad? —comentó la madre de Nils.

El resto de la noche transcurrió tranquilamente. A la mañana siguiente, después de desayunar, los tres chicos volvieron a Copenhague. De camino, Ricky se detuvo en la fábrica de quesos y compró una gran porción.

—Creo que a mamá y papá les gustará —dijo, sujetando el queso con la mano izquierda, y el manillar con la derecha.

Estaban a medio camino de la capital, cuando vieron llegar un gran perro danés, corriendo a campo traviesa, hacia ellos.

—¡Ven aquí, chucho! —llamó Ricky, amablemente y el perro se aproximó y empezó a dar alegres brincos tras las bicicletas.

—Los perros daneses parecen muy fieros, pero la verdad es que son muy buenos y mansos —dijo Nils.

—Éste tiene ganas de correr —afirmó Pete, empezando al pedalear más velozmente.

El perrazo danés dio un ladrido y empezó a correr tras la bicicleta de Pete.



—¡Yo te gano! —retó Pete al animal.

—Y yo también —intervino Ricky.

Nils rió alegremente ante la ocurrencia de sus amigos

americanos que estaban ahora a bastante distancia de él. Ricky, en lugar de mirar atentamente el camino que seguía, volvió la cabeza para ver al perro que iba tras ellos.

Un instante después, la bicicleta del pelirrojo se desviaba de la carretera e iba a parar a una zanja, Ricky saltó sobre el manillar, todavía sujetando con ambas manos el queso, y fue a aterrizar con un sonoro golpe; mientras permanecía aturdido y sin aliento, Pete, que ya había bajado de su bicicleta, llegó corriendo junto a su hermano preguntando:

—¡Ricky! ¿Te has hecho daño?

También Nils apareció corriendo, para ayudarle. Pero, para entonces, ya el pequeño había recobrado la respiración normal y se levantó del suelo. Tenía el cabello más tieso que nunca y lucía una gran mancha de grasa en la parte trasera de los pantalones.

—Estoy muy bien —anunció, con una amplia sonrisa—. Y todavía tengo el queso.

Ya tranquilizado, todos montaron de nuevo en las bicicletas. Al llegar al hotel, el encargado de recepción llamó a Pete, diciendo:

—Hay un mensaje para ti.

Pete se acercó corriendo y leyó la nota que le había dejado su madre: «Hemos ido a ver a “Farmor” y a “Farfar”. Volveremos. Esperad en el hotel».

Acababa Pete de leer aquella nota a Nils y a Ricky, cuando Sue y Holly cruzaron, corriendo, la puerta del hotel. Detrás iban Pam, Astrid y el señor y la señora Hollister.

—¡Canastos! ¡Miradlas! —gritó Ricky, señalando a sus hermanas.

Las tres niñas iban vestidas con auténticos y preciosos vestidos típicos daneses.

—Son una sorpresa de «Farmor» —informó Sue, saltando y haciendo piruetas para que sus faldas fruncidas quedasen huecas como una campana—. Ha «hacido» los vestidos para nosotras.

Ricky se acercó a su madre y le ofreció el gran pedazo de queso.

—Es una sorpresa danesa para ti, mamá.

La señora Hollister abrió el paquete y arrancó un pedacito de queso para probarlo.

—Es delicioso. Muchas gracias —dijo, inclinándose para abrazar

a su hijo.

Al cabo de un momento, la madre anunció:

—Nosotros tenemos otra sorpresa para los muchachos.

Y luego explicó que había telefoneado a los padres de los gemelos y les había pedido permiso para que Nils y Astrid pasasen la noche en el hotel, con los Hollister.

—Estupendo —exclamó Nils, sonriendo con entusiasmo.

Durante aquel día, los visitantes americanos y sus nuevos amigos daneses estuvieron jugando cerca del hotel, o paseando en bicicleta por el centro de Copenhague, visitando los lugares más importantes. La noche transcurrió, igualmente, sin novedad.

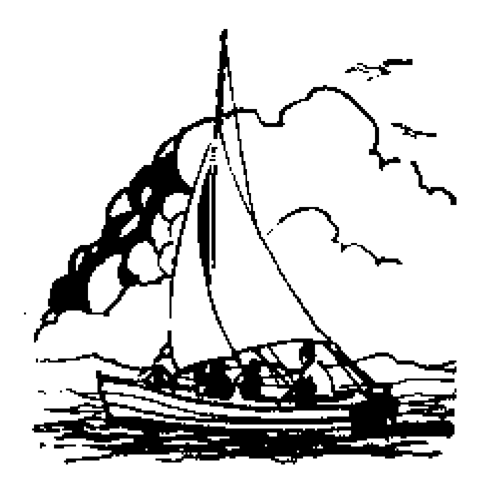
Pero, a la mañana siguiente, el señor y la señora Hollister se despertaron sobresaltados, al oír grandes gritos y ajetreo.

—¿Qué ocurre, John? —preguntó la señora Hollister, sentándose en la cama de un salto.

—No lo sé, Elaine —contestó su marido que ya saltaba de la cama, poniéndose una bata.

Seguían oyéndose los golpes y gritos. Procedían de la salita correspondiente a la «suite» ocupada por los Hollister. El señor Hollister abrió la puerta de su dormitorio y quedó boquiabierto de sorpresa.

UNA AVENTURA EN BARCA



Sue se encontraba sobre la mesa, en el centro de la salita, sosteniendo en alto una bandera danesa. A su alrededor se reñía una tremenda batalla. Nils, Astrid y Pam luchaban contra Pete, Ricky y Holly. Todos utilizaban enormes espadas confeccionadas con periódicos.

¡Plas! ¡Bum! ¡Plof!

—¡Un momento! ¿Qué ocurre aquí? —preguntó el señor Hollister, haciéndose oír por encima del estrépito.

Ricky se limitó a volver un instante la cabeza para aclarar las cosas, diciendo:

—Somos los estonianos, papá.

—Los daneses nos atacan —gritó Pete—. Estamos a punto de ser derrotados.

Ya entonces la señora Hollister había llegado junto a su marido.

—¡De prisa! —ordenó Nils a Sue—. ¡Deja caer la «Dannebrog»!

La chiquitina soltó al instante la bandera que cayó al suelo. Astrid se agachó inmediatamente a recogerla y la levantó con orgullo sobre su cabeza. A continuación, blandiendo furiosamente

las espadas de papel, los «daneses» persiguieron a los «estonianos» alrededor de la mesa y por los dormitorios.

—¡Nos rendimos! ¡Nos rendimos! —gritó Ricky.

Y, súbitamente, todos los niños se calmaron y fueron a dar los buenos días al señor y la señora Hollister que aún no se habían recobrado de su asombro.

Sue saltó de la mesa y corrió a abrazar a su madre.

—Yo era el ángel que dejó caer la bandera desde el cielo —hizo saber, muy orgullosa.

—¡Dios mío! —exclamó la madre, mirando a sus desmelenados hijos—. Nadie diría que alguno de vosotros puede tener alas.

—¡Qué batalla tan tremenda! —exclamó Pete.

—A juzgar por el ruido, creí que estabais utilizando cañones —comentó el señor Hollister.

En aquel momento Pam se dio cuenta de que, por la nariz de Ricky, corría un hilillo de sangre.

—¡Oh…! ¡Hay que ir en seguida a la enfermería!

A toda prisa buscó un poco de papel de seda, hizo una bolita y curó la «herida» de Ricky.

Nils se estaba frotando en silencio la nuca y la señora Hollister se aproximó en seguida a examinar al pequeño danés que tenía un gran chichón en la cabeza. Una compresa de agua fría que se apresuró a preparar Astrid solucionó el problema.

—¿A qué se ha debido todo esto? —quiso saber la señora Hollister, que no estaba demasiado complacida con aquel alboroto matutino.

Holly dio un paso adelante, levantó ligeramente la cabeza y mirando tímidamente a su madre, confesó:

—Creí que sería divertido, ¿sabes?

—¡Y ha sido divertidísimo! —aseguró Nils, todavía sosteniendo el paño húmedo en su nuca.

—Bueno. Aceptamos que «ha sido». Pero si volvemos a tener batallas como ésta, probablemente recibiremos alguna queja de los otros clientes del hotel —murmuró el señor Hollister.



Los cinco hermanos y sus amigos daneses no podían contener la risa, mientras desayunaban, pensando en la feroz batalla. Cuando acabaron el desayuno, Nils y Astrid se levantaron de la mesa y el

niño dijo:

—Sentimos tener que irnos, pero hemos de hacer unos encargos de papá y mamá.

—Espero que podamos volver a vernos, antes de que os vayáis de Dinamarca —añadió Astrid y sonriendo a la señora Hollister, añadió—. Le prometo que no tendremos más batallas contra los estonianos.

La señora Hollister abrazó a la niña y dio un apretón de manos a Nils. Cuando los hermanos Clausen se hubieron marchado, los Hollister hablaron de sus planes.

—Hemos prometido visitar a «Farfar» y a «Farmor» esta tarde, otra vez —explicó la madre.

—Mañana haremos una visita al castillo de Kronborg —añadió el padre.

—¡Estupendo! ¡Ojalá podamos detenernos para ver el viejo molino! —deseó Pete, quien a continuación, explicó a sus padres la extraña escena que él y Ricky habían podido ver desde el avión del señor Clausen.

—Si tenemos tiempo, echaremos una mirada —prometió el señor Hollister.

Después de comer, los Hollister fueron de nuevo en coche, a la casita campestre, situada a orillas del agua. «Farfar» y «Farmor» salieron a recibirles a la puerta. Al momento apareció Karen por la parte trasera de la casa.

—Creo que hoy iremos en barca por el Oresund —anunció alegremente—. Pero me temo que no podremos hacer el viaje todos. En la barca sólo caben cinco.

—Pete y yo podemos quedarnos —ofreció espontáneamente Ricky—. Ya nos divertimos mucho ayer con el paseo en avión.

Se acordó que Sue se quedaría con «Farmor» para ayudarle a hacer unos pastelillos de pescado, y los chicos ayudarían a «Farfar», que todavía tenía sin tallar algunos mástiles del barquito. Pete no llevaba ninguna navaja, pero «Farfar» le dijo que él tenía otras navajitas que podía prestar a los dos hermanos.

Pronto el grupo que iba a dar el paseo en barco, consistente en el señor y la señora Hollister, Pam, Holly y Karen, se despidió de los otros encaminándose a la orilla. La blanca barquita de vela de

«Farfar» estaba amarrada en el muelle.

—Todos a bordo —dijo Karen.

Los pasajeros cruzaron una pequeña pasarela para entrar en la embarcación. La señora Hollister se sentó en la parte central con sus dos hijas. Karen se puso al timón, y el señor Hollister fue a sentarse con las piernas cruzadas en la proa, cerca del foque.

Cuando se hubieron soltado las amarras, Karen puso en marcha un pequeño motor auxiliar de fuera borda. Muy pronto la barca de vela, que se llamaba «Margrethe», salía del canal hacia las aguas libres del Oresund. Una vez allí, Karen detuvo la marcha del motor y expertamente soltó las velas. Al instante, la brisa infló las lonas y el «Margrethe» avanzó veloz sobre las olas.

Otras muchas embarcaciones navegaban por el Oresund. Había grandes vapores, pequeñas motoras y barquitas de vela muy parecidas a la «Margrethe». Karen condujo hábilmente la barca hasta las aguas libres.

—Miren —señaló—. En la otra orilla están las playas suecas. ¿Quieren que nos acerquemos más?

—¡Sí, sí! —repuso Pam, cuyo cabello castaño y ondulado flotaba con el viento. Una de las actrices favoritas de Pam era sueca y el pensar en ver la tierra de aquella artista hizo a la niña estremecerse de placer.



Virando primero hacia babor y luego a estribor, Karen condujo la barquita a través del Oresund. Luego se acercó a un pequeño armario, sacó de allí unos gemelos y se los ofreció a la señora

Hollister.

—Ahora podrán ustedes contemplar un bonito escenario de Suecia.

Primero la señora Hollister y luego sus dos hijas, miraron con los gemelos hacia la pequeña población de la orilla sueca. Luego le llegó el turno al señor Hollister. Cuando hubo contemplado un rato la orilla de enfrente, volvió la cabeza y observó un buque mercante que avanzaba en la dirección de la barca de vela. Su casco color gris sobresalía del campo visual de los gemelos.

—¡Conviene que nos apartemos de aquel buque! —advirtió el señor Hollister a Karen, devolviéndole los gemelos—. ¡Avanza muy de prisa!

—No se preocupe —respondió Karen, conduciendo a la «Margrethe» hacia la orilla danesa—. El viento es fuerte y pasaremos ante el buque sin ninguna dificultad.

Pero las cosas no salieron como Karen esperaba porque la brisa, que había estado soplando hasta entonces, cesó en aquellos momentos. Las velas pendieron lacias.

—¡Bonita ocasión para que cese el viento! —se lamentó Karen.

Desplegó las velas hacia uno y otro lado, esperando alcanzar alguna ráfaga de viento, pero todo fue inútil.

Entre tanto, el gran mercante gris seguía aproximándose y la señora Hollister miró angustiada a la muchacha danesa.

La sonrisa tranquila y confiada no brillaba ya en el rostro de Karen. Con ayuda del señor Hollister, la joven probó a poner en marcha el motor auxiliar. Turnándose, uno y otra se esforzaron por hacerlo funcionar, presionando el «starter».

Pero ¡el motor no se ponía en marcha!

Ahora, también las caritas de Pam y Holly reflejaban miedo.

—¿Qué… qué vamos a hacer? —tartamudeó Holly.

—El piloto del mercante nos verá y no pasará nada —dijo Karen con calma, mirando al puente del gran buque.

El capitán parecía mirar directamente a la barca, pero no se movió de donde estaba. Cada vez se veía más cerca la proa gris del inmenso barco de carga, que oscurecía la vista desde la barquita, como si se tratase de una gran nube tormentosa.

De pronto Karen notó una suave brisa. A toda prisa volvió a

echar las velas para uno y otro lado. El viento infló suavemente las lonas y la pequeña «Margrethe» tomó velocidad. Habían tenido suerte en el último momento. Uno de los laterales de la barquita casi rozó el inmenso casco gris, mientras se deslizaba rápidamente sobre las olas.

Cuando al fin se vieron lejos del gran buque, Karen sacudió la cabeza, diciendo:

—Lamento haberle dado este susto, señora Hollister.

Y comentó luego, muy indignada, el hecho de que era la primera vez que el capitán de un buque mercante desatendiese a los ocupantes de una barquita en una situación como la que ellos acababan de pasar.

Mientras observaba al mercante que seguía su camino, levantando rociadas de blanca espuma, Pam se fijó en el nombre del buque.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Mirad! —exclamó.

El nombre del buque, formado con grandes letras blancas en relieve, era «Madagascar».

La niña se acordó inmediatamente del pedazo de sobre que habían encontrado en un banco del parque, y donde se leía la misteriosa palabra «Madagascar». ¿Tendría algo que ver aquello con el buque ante el que acababan de pasar?

—A Pete va a intrigarle mucho todo esto —dijo Pam—. A lo mejor aquel hombre que tenía su cuchillo conocía a algún marinero del «Madagascar».

—Has llegado a una buena conclusión, Pam —dijo el padre, admirado—. ¿Te acuerdas del tatuaje? Muchos marineros son aficionados a llevar esos dibujos en su piel.

Y el señor Hollister añadió que, tal vez, la banda de ladrones estaba formada por marinos renegados.

Karen sonrió de mala gana y aflojó las velas para que tomasen más viento, mientras comentaba:

—No sé si el capitán del «Madagascar» es o no un delincuente, pero sí sé que no es un caballero. «Farfar» se pondrá furioso cuando sepa lo ocurrido.

Conduciendo la barquita muy habilidosamente, Karen les llevó nuevamente a las aguas del pequeño canal. Como no era de esperar

que el motor se hubiera arreglado solo, la danesa hubo de seguir valiéndose de las velas y el timón hasta que la «Margrethe» llegó al amarradero de «Farfar».

—¡Pete! —llamó inmediatamente Pam.

Pero nadie le contestó.

—¡Pete, Ricky! ¡Tengo cosas que contaros! —volvió a gritar la niña, mientras cruzaba la pequeña pasarela y saltaba a la hierba.

Tampoco obtuvo respuesta.

—¿Dónde se habrán metido todos? —murmuró la señora Hollister, mientras ellos se encaminaban a la casa.

Karen dijo que lo probable era que los que habían quedado en tierra hubiesen visto aproximarse a la «Margrethe». Con una carcajada añadió:

—Pero puede que los chicos estén ocupados, ayudando a «Farfar», y Sue y «Farmor» no querrán apartarse del horno donde cuecen los pastelillos.

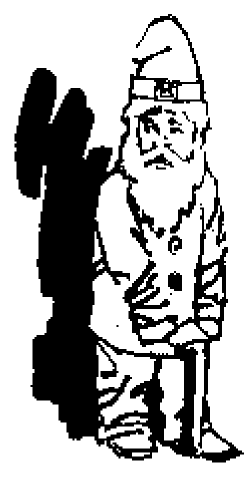
Pam se adelantó, corriendo, y abrió la puerta de la casa. Otra vez llamó a sus hermanos y tampoco le contestaron. La niña sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Karen, yo… Creo que ha pasado algo… —exclamó, cuando la danesa entró en la casa, con los demás.

Karen y sus amigos fueron primeramente al taller de «Farfar». El barquito estaba sobre el banco de carpintero, pero no se veía al anciano, ni a los muchachos por parte alguna. Todos corrieron, entonces, a la cocina. Sobre la mesa había una bandeja de pastelillos, todavía calientes. Pero Sue y «Farmor» no estaban allí.

—¡Pero…! ¿Es que… que todos han desaparecido? —murmuró Karen perpleja, mientras los Hollister y ella se miraban aterrados.

RICKY VIGILANDO UN PÁJARO



Mientras Karen y los Hollister seguían preguntándose qué podrían hacer, oyeron voces procedentes de la carretera y se encaminaron a toda prisa a la puerta principal.

—¡Ahí están! —gritó Holly, muy contenta, viendo aparecer a «Farfar» y «Farmor» Clausen, en compañía de Ricky, Pete y Sue.

—¡Era el señor Cara-Peluda! —anunció Sue con nerviosos grititos.

—¡Ha venido a ver a «Farfar»! —añadió Ricky.

—¡Zambomba! Por poco le atrapamos.

Los tres niños empezaron a hablar atropelladamente, sin apenas respirar, y todos a un tiempo, hasta que el señor Hollister pidió:

—Tomadlo con calma, caramba. Tranquilidad, diablillos. —Y dirigiéndose a «Farfar» pidió—: Lo mejor será que usted se encargue de contar lo ocurrido, señor Clausen.

—«Ja, ja». Yo lo explicaré.

El viejo capitán contó que, mientras los chicos y él estaban tallando piezas para el barco, y Sue se encontraba con «Farmor» en la cocina, se oyó llamar a la puerta.

—Fui a abrir —prosiguió «Farfar»—. El que llamaba era un hombre con barbas. Me explicó que era un turista americano, muy interesado por los barcos votivos de las iglesias. Yo le puse al corriente de los lugares en que podía ver algunos.

—Y entonces fue cuando Sue salió de la cocina —intervino Ricky, dando nerviosos saltos que le hacían parecer el muñeco de muelles de una caja de sorpresas.

—No interrumpas, querido —pidió la señora Hollister, rodeando a su hijo con un brazo—. Siga usted, «Farfar», por favor.

—Sí. Sue venía a traernos a los muchachos y a mí unos pastelillos calientes —dijo «Farfar», añadiendo en seguida, con una risilla burlona—. Tenían ustedes que haber visto la cara del visitante cuando se encontró frente a la niña…

—¡Huuuy! —chilló Sue—. ¡Puso unos ojos así de grandotes! Luego los, cerró como mi muñeca. Y no le gustó nada cuando le llamé señor Cara-Peluda —concluyó Sue, sacudiendo la cabeza y mirando a su madre.

—¿De verdad era él? —se asombró Pam.

—Sí —asintió «Farfar»—. No cabe duda porque inmediatamente exclamó: «¡Otra vez los Hollister!».

Y en seguida dio media vuelta y echó a correr.

Al oír la voz familiar del señor Schwartz, Pete y Ricky habían salido del taller de «Farfar» para ver lo que ocurría.

—«¡Du store Kineser!». —Barbotó «Farfar»—. ¡Qué carrera hemos hecho!

Dijo que todos ellos, incluida «Farmor», que ni siquiera se había entretenido en quitarse el delantal, salieron tras el señor Cara-Peluda que corría camino abajo. Pero, al poco, el hombre saltó a su motocicleta y escapó. Sus perseguidores le siguieron hasta la carretera, donde vieron que el señor Cara-Peluda viraba a la derecha, tomando la dirección de Copenhague.

«Farfar» añadió que ya había avisado a la policía, quien seguía interesadísima por dar caza al misterioso señor Schwartz, a causa de la desaparición de la valiosa estatuilla perteneciente a la reina.

«Farmor», que hasta entonces apenas había hablado, retorciendo nerviosamente el delantal entre sus dedos, murmuró:

—Estoy preocupada por ustedes, los Hollister. Ese señor

Schwartz me parece muy peligroso.

—Sí —concordó Karen—. Deseo que tengan ustedes mucho cuidado, mientras sigan en Dinamarca.

Pam contó entonces lo que había visto durante el paseo por el Oresund, donde el «Madagascar» estuvo a punto de echar la barca a pique. Mientras los niños reflexionaban sobre la relación que podía existir entre el buque mercante y el misterioso señor Schwartz, «Farmor» fue a la cocina, reapareciendo con la bandeja de pastelillos, todos en forma de sirenita, y vasos de leche para sus invitados.

—Gracias —dijo Sue sin pérdida de tiempo, apoderándose de un pastelillo y dándole un gran mordisco.

Un instante después la pequeña daba un grito y la leche de su vaso estuvo a punto de derramarse por el suelo.

—¡Caramba! —exclamó la señora Hollister—. ¿Qué es lo que…?

—¡Ay! ¡Ay! —lloriqueaba Sue, levantando el dedo corazón de la mano derecha, para que todos pudieran verlo.

En el dedo gordezuelo de la pequeña se veía la huella roja dejada por un mordisco.

—¿Te has mordido el dedo? —preguntó Ricky, haciendo inútiles esfuerzos por no reír.

—¡No es «garcioso»! —declaró Sue, mientras una gruesa lágrima resbalaba por su mejilla—. Se me había quedado el dedín escondido detrás del rabo de la sirena.

Aquella explicación fue más de lo que los chicos pudieron resistir y tanto Ricky como Pete estallaron en alegres carcajadas.

—¡Sois malísimos! —les reconvino Pam, en voz baja.

Pete y Ricky se acercaron a su hermanita menor para decirle:

—Perdona, Sue.

Cuando acabaron los bocadillos y la leche, sin más incidentes, los Hollister dieron las gracias a los Clausen por su amabilidad y se dispusieron a marchar.

—Vuelvan otra vez a visitarnos —pidió Karen, prometiendo que en la próxima ocasión llevaría a Sue y a los muchachos a dar un paseo en la «Margrethe».

Cuando todos salieron, «Farfar» quedó un momento inmóvil, atusándose la barba. Miró primero a los Hollister y luego a los

gnomos de madera que asomaban su nariz tras los arbustos.



—Esperad un momento —pidió el anciano—. Me gustaría que os

llevaseis un recuerdo de vuestro paso por esta casa. —Hizo un alegre guiño y preguntó—: ¿Qué os parece si os lleváis uno de mis duendecillos?

—¡Qué bien! —exclamó Holly.

—¿Cree usted que podremos llevárnoslo? —preguntó Pam, dudosa.

Las figuritas de madera eran casi tan altas como Sue. Ir con una de aquellas figuritas por toda Dinamarca y llevarla luego al avión, sería un verdadero problema.

—No os preocupéis por eso —dijo «Farfar»—. Yo me encargaré de enviároslo a América. ¿Cuál queréis?

Los cinco niños se pusieron en movimiento, examinando cada una de las graciosas figuras. Pam opinó que el duendecillo preferible sería el que tuviera la cara más alegre. Y éste era un gnomo con gorro de cucurucho, ojos grandes y redondos, nariz remangada y sonrisa traviesa. Los otros cuatro estuvieron de acuerdo con Pam y «Farfar» dijo:

—Muy bien. Cuando vosotros lleguéis a América, el feliz duendecillo os estará aguardando en casa.

Después de despedirse una y otra vez, los Hollister regresaron al hotel para preparar su viaje a Helsingor.

El siguiente día amaneció resplandeciente, sin apenas una nube en el cielo azul. Cuando subieron todos a la pequeña furgoneta, Holly exclamó:

—¡Carambita! Hoy no vamos a poder encontrar ningún fantasma en el castillo. Con tanto sol no se atreverán a salir.

—Estoy seguro de que nos divertiremos. Somos una familia que lo pasa bien en todas partes —dijo el señor Hollister, mientras conducía hacia las afueras de Copenhague.

Todos se sentían alegres, corriendo en el vehículo por aquella hermosa carretera, que era más estrecha que la mayoría de las que hay en los Estados Unidos, pero llana y cómoda como cualquiera de ellas. La carretera atravesaba una llanura, abriéndose paso primero entre vastas zonas de bosque, luego a través de lindas granjas y tierras de pastos.

Habían hecho media hora de camino cuando el señor Hollister tuvo que detenerse a comprar gasolina. Mientras esperaban a que el

empleado llenase el depósito, los niños salieron a estirar las piernas. Pete y Ricky dieron una vuelta por la parte posterior de la gasolinera, donde vieron un alto poste telefónico.

—Mira, Pete —dijo Ricky, señalando hacia arriba.

—Hay un pájaro allí arriba.

—Oye, ¿tú crees que la cigüeña no hace nunca ningún ruido?

—Yo no lo he oído nunca —respondió Pete.

—¡Canastos! No puedo creérmelo. Si no «dicen» nada, ¿cómo hablan unas con otras?

—Puede que se comprendan por signos —sugirió Pete, volviendo ya al coche.

Pero Ricky quedó rezagado.

Después de pagar al empleado y cuando ya estaban a punto de marcharse, el padre preguntó:

—¿Todo el mundo dentro?

—Todos menos Ricky —repuso Pam.

—¿Dónde está? —preguntó la señora Hollister.

—Seguro que sigue mirando la cigüeña que está detrás de la gasolinera —dedujo Pete—. ¡Ven, Ricky, que nos marchamos! ¡Date prisa! —llamó a gritos.

—No… No puedo… Estoy pegado.

El señor Hollister salió a toda prisa del coche y, seguido por Pete y el empleado de la gasolinera, se dirigió a la parte trasera del edificio.

—¡Estoy aquí! ¡Aquí arriba! —llamó Ricky.

Todos levantaron la cabeza, mirando al poste telefónico. Ricky estaba a medio camino del mismo, sujetándose al poste con los brazos y piernas.

—¡Baja en seguida, demonio! —ordenó el padre.

—¡No puedo, papá! ¡Te aseguro que estoy pegado!

Ya la señora Hollister y las niñas habían salido del coche y estaban también al pie del poste, mirando con inquietud al pelirrojo. Ricky, con voz muy débil, confesó que había decidido averiguar de una vez para siempre si las cigüeñas hacían o no algún ruido con la garganta. Por eso había trepado hasta la primera escarpia del poste y luego, sujetándose a la otra escarpia, fue trepando hacia lo alto.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Hollister—. ¡Aquel gancho se te ha metido por la tela de los pantalones!

—¡Ya lo sé! ¡Por eso os digo que estoy pegado!



El empleado de la gasolinera se ofreció a rescatar a Ricky y ágilmente trepó por el poste.

—Sujétate bien —indicó el hombre, mientras libertaba los pantalones del chico de la escarpia en que se habían prendido.

Ya en el suelo, el pequeño echó a andar muy avergonzado, sujetando con una mano el gran desgarrón de sus calzones.

—¡Ji, ji! —rió alegremente Sue.

Ricky frunció la frente y mascculló, muy enfadado:

—No le veo la gracia.

Mientras viajaban por la carretera, la señora Hollister recompuso los pantalones de su travieso hijo con aguja e hilo que siempre llevaba en el bolso.

—Gracias, mamá —dijo Ricky, cuando su madre acabó el trabajo, y de pronto, una alegre sonrisa hizo chispear sus ojillos—. ¡Por lo menos ahora ya sé que esa cigüeña no decía nada!

Pete se fijó entonces en que, a un cuarto de milla de distancia, se habían detenido muchos coches.

—¿Habrá ocurrido algo, papá? ¿Algún accidente?

Pero, cuando el señor Hollister llevó la furgoneta hasta aquel lugar, encontró a dos policías bloqueando la carretera.

—¡Huy, huy! —se asustó Ricky, deslizándose hacia el suelo del vehículo—. Seguro que me buscan a mí por haber estado molestando a la cigüeña.

—No seas tonto —reconvino Pam. Pero le costó trabajo obligar a su hermano a sentarse de nuevo en su sitio.

Un policía se acercó al coche y habló en danés al señor Hollister.

—Lo siento —dijo el señor Hollister—. Sólo entiendo inglés.

El danés se excusó y en perfecto inglés explicó:

—Estamos buscando a un fugitivo que ha robado un barco miniatura en la iglesia de la carretera.

—¡Ha sido el señor Cara-Peluda! —declaró Holly.

—¿Saben ustedes algo de esto? —preguntó con asombro el oficial.

Los niños contaron cuanto sabían sobre el señor Schwartz y el policía asintió vigorosamente.

—Ése es el hombre de quien sospechamos, pero parece tan resbaladizo como una anguila.

El oficial explicó que la descripción que tenía la policía del ladrón del barquito coincidía con la descripción del escurridizo señor Schwartz.

—Si volvieran ustedes a ver a ese hombre, comuníquenmelo en seguida.

El policía les saludó muy cortés y permitió que los Hollister prosiguieran su camino.

No lejos de Helsingor, la familia se detuvo en un restaurante situado a un lado de la carretera. En la entrada se leía la palabra «Konditori». La señora Hollister explicó que ése era el nombre que se daba a los establecimientos donde se servían comidas rápidas o «frokost» consistentes en bocadillos y refrescos.

—¡Qué bien! ¡Tengo un apetito! —declaró Pam.

Dentro encontraron una mesa donde pudieron acomodarse todos. Pete, que fue el primero en acabar el sabroso «frokost», pidió permiso para dar una vuelta.

—Muy bien —accedió el padre—. Pero ¡no se te ocurra ir a observar ninguna cigüeña!

Y, desde luego, lo que Pete pensaba hacer era algo muy distinto. Su deseo era hacer algo de trabajo detectivesco. Él ladrón que la policía buscaba posiblemente habría escapado en dirección norte, hacia Helsingor.

«Podría ser que estuviera escondido por aquí», pensó Pete.

Al salir del «Konditori» miró a un extremo y otro de la carretera, pero no se veía a nadie. El muchachito se encaminó, entonces, a un sendero poco transitado que recorría a varios metros las orillas del Oresund.

«No pasará nada porque eche una mirada», se dijo.

No había ido muy lejos Pete, cuando se detuvo bruscamente. De los matorrales que había a su izquierda llegaba el sonido de ásperas voces. Pete escuchó, con el corazón palpitante, diciéndose:

«¡Puede que sean los ladrones!».

LA LUMINOSA IDEA DE PAM



Dejándose caer al suelo sobre manos y rodillas, Pete se arrastró silenciosamente hacia el lugar de donde llegaban las voces furiosas. Cuanto más se acercaba el muchacho, más ruidosa resultaba la conversación, pero Pete no comprendía las palabras.

«Lo que hablan no es inglés. Pero tampoco parece danés». Y Pete pensó si el idioma que utilizaban aquellos hombres sería francés o alemán.

«Si al menos pudiera verles un momento, o entender lo que dicen…».

Con mucho sigilo, Pete levantó la cabeza y miró por encima de los matorrales. A menos de tres metros de él había dos hombres de mal aspecto, acurrucados en el suelo. Pero ninguno era el señor Schwartz. Pete se fijó en que uno de ellos llevaba un jersey viejo y sucio y el otro una chaqueta a cuadros grises.

Ambos se inclinaban sobre un objeto que quedaba oculto por sus anchos cuerpos. Pete se levantó de puntillas. Uno de los hombres se apartó ligeramente a un lado y Pete pudo ver el objeto… ¡Se trataba de un precioso barquito a escala, de buen tamaño!

Se oyó repetidamente el crujir de astillas cuando los dos hombres empezaron a destrozar el barco.

Conteniendo la respiración, Pete se preguntó qué era lo que convenía hacer. Y dándose cuenta de que no podría enfrentarse con los dos hombres decidió retroceder por donde había llegado para ir a pedir ayuda. Pero, mientras avanzaba sigiloso, pisó una ramita que, al romperse, hizo poner en pie a los dos hombres de un salto. Frunciendo el ceño amenazadoramente avanzaron hacia el lugar en que Pete se encontraba. El muchachito sólo podía hacer una cosa… ¡Dio media vuelta y echó a correr!

La súbita reacción de Pete asombró tanto a los ladrones que los dos quedaron un momento inmóviles, antes de salir en su persecución.

—¡Socorro! ¡Papá, ayúdame! —gritó Pete, con toda la fuerza de sus pulmones.

De pronto, el chico tropezó en una vid y cayó. Sus perseguidores llegaron a toda prisa junto a él y le impidieron ponerse en pie.

—¡Suéltenme! ¡Papá! ¡Socorro! —gritó Pete, antes de que el hombre del jersey le tapase la boca con su manaza.

El otro hombre quitó a Pete el cinturón para sujetarle con ello los tobillos. Luego, se quitó su propia corbata y sujetó con esa prenda las muñecas de Pete. Éste comprendió en seguida que la intención de aquellos hombres era dejarle allí, entre los matorrales, maniatado, mientras ellos huían.



En aquel momento, se oyeron carreras entre los arbustos y Pete consiguió gritar de nuevo, desesperadamente:

—¡Papá! ¡Aquí! ¡Aquí!

Un instante después aparecía el señor Hollister. Viendo la situación, se lanzó de cabeza contra el hombre de la chaqueta, al que hizo retroceder, tambaleándose.

El hombre del jersey echó a correr, dejando que su compañero se defendiera solo. El señor Hollister y el hombre de la chaqueta a cuadros se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo; los dos rodaron por el suelo.

El ladrón, aunque era fuerte y musculoso, no podía competir con

el atlético señor Hollister y pronto se dio cuenta de ello.

Cuando logró libertarse, dio media vuelta y echó a correr. Pero el señor Hollister, dando un gran salto, le alcanzó y le agarró por el cuello de la chaqueta. A pesar de ello, el hombre hizo un movimiento veloz y siguió corriendo, dejando su chaqueta en manos del señor Hollister. Éste se acercó entonces a atender a su hijo.

—¡Ve tras ellos, papá! —apremió Pete.

Pero los dos hombres habían desaparecido y los dos Hollister les buscaron inútilmente.

—Lo probable es que esa gente conozca muy bien la región —opinó el señor Hollister—. Vamos, Pete. Daremos cuenta de lo ocurrido a la policía.

El muchacho recogió los restos del barquito y padre e hijo volvieron corriendo al restaurante. El señor Hollister telefoneó a la policía y cinco minutos más tarde se presentó, en el coche patrulla, el mismo oficial que les había interrogado en la carretera. Después de examinar con atención el barco, el policía movió lentamente la cabeza. Seguramente, los ladrones se dirigían a Helsingor, donde la carretera no estaba bloqueada.

—Nosotros vamos hacia Helsingor —dijo Pete—. Buscaremos a esos hombres.

Y a continuación dio al oficial una descripción exacta de cada uno de los ladrones.

El señor Hollister mostró la chaqueta a cuadros que llevaba una etiqueta donde se leía la palabra París. El oficial dijo que estaba seguro de que se encontraban ante una banda de ladrones internacionales. Llevándose el destrozado barquito al coche patrulla, dio las gracias por su ayuda a la familia americana y se alejó.

Mientras proseguían su camino a Helsingor, los Hollister fueron hablando del nuevo aspecto que estaba tomando aquel misterioso asunto de Dinamarca.

—Puede que, después de todo, el señor Cara-Peluda no tenga nada que ver con estos robos de barcos —murmuró Pam, como pensando en voz alta.

—Sí. Lo que pasa es que cuenta con otros hombres que le

ayudan —opinó Pete, e hizo una observación en la que los demás no habían pensado. Cada uno de los barquitos a escala que era robado o destrozado, era de tamaño más grande de lo corriente.

—Eso puede querer decir que los ladrones buscan algo que no cabría dentro de uno de los barquitos de tamaño corriente —reflexionó Pam.

—¡Canastos! Entonces será un tesoro grandote.

Los Hollister se encontraban ahora en los alrededores del lugar donde los dos muchachitos habían visto desde el aire el misterioso molino. Pero, como se estaba haciendo tarde, el padre resolvió que debían seguir adelante, sin detenerse.

—En el hotel pueden no guardarnos las habitaciones reservadas si llegamos demasiado tarde —dijo el padre.

Para sorpresa de los niños, Helsingor resultó ser mucho más grande de lo que parecía visto desde el aire. Era una linda población, con casas bonitas y un barrio comercial. Muchas embarcaciones estaban amarradas a orillas del agua. En la distancia se veía un gran transbordador que se dirigía a la ciudad sueca de Helsinborg, a través del estrecho Oresund.

El majestuoso castillo de Kronborg, con sus torres rematadas en capiteles, que se levantaban hacia el cielo, podía contemplarse desde todos los lugares de la población. Holly pidió y suplicó que se fuera a visitar el castillo inmediatamente, pero su madre le dijo que no se permitía la entrada a los visitantes a horas ya tan avanzadas.

El señor Hollister detuvo la furgoneta ante una pequeña hospedería. Un botones llevó a dentro las maletas y luego, condujo a la familia a las tres coquetonas habitaciones que les habían reservado en el segundo piso del edificio de ladrillos.

Todos subieron las estrechas escaleras, menos Sue y Holly que prefirieron quedarse a jugar en el vestíbulo Al cabo de un rato, cuando Pam estaba colgando unos vestidos en el armario de su habitación, Sue y Holly entraron corriendo.

—¡El señor Cara-Peluda está abajo! —gritó Holly, muy nerviosa.

—¡Hasta hemos visto al tatuaje! —declaró la pequeñita, tirando de la mano a Pam—. Anda, ven.

Al oír aquello, todos corrieron abajo, hacia el mostrador de recepción.

—¡Oh! ¡Se ha ido! —Exclamó con desencanto Holly que, sin apenas respirar, preguntó al conserje—: ¿A dónde se ha ido el señor Cara-Peluda?

El conserje, un hombre observador, les dijo que el individuo de la barba había firmado en el libro de registro como señor Julio Bart, pero que, al ver que Sue y Holly le miraban fijamente, recogió su equipaje y se marchó a toda prisa.

El señor Hollister comunicó inmediatamente con la policía para decir que uno de los sospechosos estaba en aquella población.

—La policía pasará por todos los hoteles de Helsingor —explicó el señor Hollister, al colgar el auricular.

Aquella noche, antes de cenar, Pete telefoneó de nuevo a la policía para saber si habían localizado ya al señor Bart. No había habido suerte. El fugitivo, sabiendo que se le había visto, probablemente saldría de la ciudad, e iría a esconderse a algún lugar campestre.

Mientras saboreaban lentamente el postre, Pam dijo que tenía una idea. Por lo visto era fácil que los ladrones estuvieran en Helsingor y en tal caso podrían estar haciendo planes para robar algún barquito miniatura, de los más grandes.

—Pero ¿tú crees que saben cuál es el barquito de que quieren apoderarse? —preguntó la madre.

De eso Pam no podía estar segura. Después de pensar un rato, dijo que se le había ocurrido otra idea que podía dar buen resultado. ¿Y si telefoneaban a Karen a Copenhague y le pedían que buscase, en las bibliotecas de la capital, información sobre los barcos miniatura de Dinamarca?

—Puede que haya algún libro antiguo que hable de un tesoro escondido en uno de esos barquitos —reflexionó la niña.

—Está bien, hijita. Puedes telefonear, como dices —repuso la madre.

Pam corrió al teléfono y al poco, volvió, muy sonriente. Karen había prometido pasarse el resto de la tarde buscando libros donde hablasen de barquitos miniatura.

—¡Zambomba! —dijo Pete, admirativo—. ¿Cómo no se nos habría ocurrido antes una cosa así?

Cuando acabaron toda la cena era ya tarde y la señora Hollister

decidió que los niños debían acostarse para poder levantarse temprano y visitar por la mañana el castillo Kronborg.

Después de desayunar la familia marchó a pie hacia el castillo, que estaba a poca distancia de la hospedería. Pete y Ricky iban delante, ansiosos de ver los fosos que rodeaban la antigua fortaleza. La luz del sol brillaba sobre las aguas, donde cuatro cisnes blancos nadaban airosamente. Pete fue el primero en llegar al puente que se extendía sobre el foso y saltó a la baranda de piedra para poder contemplar mejor los cisnes. Ricky le siguió de cerca.

Pero ver a los cisnes no resultaba demasiado emocionante para el pelirrojo, que en seguida llamó:

—¡Ven, Pete! ¡Vamos a hacer un juego! Tú eras el defensor del castillo y yo estaba intentando echarte.

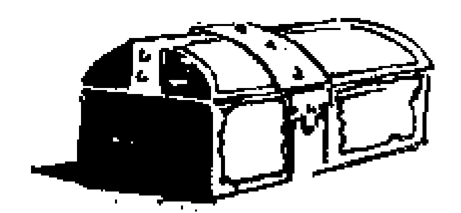
Pete sabía bien que no debían enzarzarse en operaciones guerreras, encontrándose en un lugar tan poco seguro.

—Muy bien, Ricky. Pero espera que saltemos al suelo.

Sin embargo, Ricky ya había dado principio al juego y corrió hacia su hermano con la cabeza inclinada, para aferrarle con ambos brazos por la cintura. Pete perdió el equilibrio. Una expresión de miedo brilló en sus ojos cuando se vio tambaleándose hacia las aguas.

Unos instantes después los dos muchachitos saltaban por los aires para precipitarse en las aguas del foso con un gran chapoteo.

UN FANTASMA Y UN SUSTO



Cuando Pete y Ricky llegaron al agua, los cuatro cisnes huyeron veloces, como embarcaciones de propulsión.

—¡Ug! ¡Glub! —gorgoteó Ricky, volviendo a la superficie echando agua por la boca y la nariz.

Pete llegó en seguida junto al pequeño, pero viendo que Ricky estaba perfectamente, nadó con él hasta la orilla.

—Buena cosa hemos hecho —gruñó Pete, mientras él y su hermano salían del agua y, con las ropas chorreando, iban al encuentro de su familia.

Mientras tanto, otros visitantes habían formado grupo para contemplar la escena. La señora Hollister se mostró apuradísima y su marido miró a los dos chicos con expresión severa.

—Lo siento mucho —se excusó Pete.

—Y yo también, papá —añadió Ricky.

La voz cantarina de Sue reconvino a sus hermanos.

—No teníais que haber nadado sin los trajes de baño. —La pequeña miró a su madre y decidió—: Yo también quiero nadar, mamita.

Aquello hizo que el señor Hollister sonriera, a pesar de su enfado. Y no sólo él, sino toda su familia, incluso los abrumados Pete y Ricky, sintieron deseos de reír. La señora Hollister dijo que sería preciso retrasar la visita al castillo y volver a la hospedería para que los muchachos se cambiasen de ropa.



—Si no queríais nadar, ¿es que pensabais cazar un cisne? —preguntó inocentemente Sue a Ricky, mientras regresaban.

Cuando el chiquillo hubo convencido a la pequeña de que no se trataba de nada semejante, ya habían llegado al hotel. Apenas habían entrado cuando el portero llamó a Pam.

—Hay un recado para la señorita Hollister —dijo.

Pam se acercó inmediatamente al mostrador situado a un lado del vestíbulo. El portero le informó de que le habían llamado varias veces urgentemente desde Copenhague, diciendo que Pam debía telefonear cuando antes a la señorita Karen Clausen.

Toda la familia subió a sus habitaciones y, mientras Pete y Ricky se cambiaban de ropa, Pam pidió conferencia con Copenhague. Habló nerviosamente unos minutos con Karen y luego colgó.

—¡Papá, mamá! ¡Karen ha encontrado una pista buenísima! Bueno… Parte de una pista…

—¿Qué es? ¿Qué es? —quiso saber Pete que salía de su habitación abotonándose el cuello de su camisa limpia.

Pam repuso que Karen había pasado por varias bibliotecas, consultando libros donde se hablaba de los barquitos miniatura. En uno de ellos encontró referencias de uno de gran tamaño, en el cual se creía que había un tesoro escondido.

—Pero la página donde continuaban las explicaciones había sido arrancada —explicó desanimada Pam.

—¡Qué lástima! —exclamó la señora Hollister.

Sin embargo, la carita de Pam volvió a alegrarse, mientras

preguntaba:

—¿A que no adivináis una cosa? Karen se ha enterado de que hay otro ejemplar de ese libro. ¿Y sabéis dónde? ¡En la biblioteca del castillo Kronborg!

—¡Zambomba! Vamos allí ahora mismo —dijo Pete.

Pam le explicó que no se permitía la entrada de turistas a la biblioteca del castillo.

—Pero Karen va a venir hoy aquí con su hermano, en avión. Seguro que ella puede entrar en la biblioteca porque es maestra.

Como Karen y el piloto Clausen no llegarían hasta más entrada la mañana, los Hollister salieron nuevamente hacia el castillo Kronborg. Esta vez, Pete y Ricky caminaron reposadamente al lado de sus padres, mientras cruzaban el foso y la gran verja abierta en los paredones que rodeaban el castillo.

Se unieron a otros visitantes y un guía que les condujo a través de las inmensas estancias de la antigua fortaleza. Pam se acercó al guía, un danés de mediana edad, de ojos risueños y voz profunda, para preguntarle:

—¿Dónde está la biblioteca, señor?

—Precisamente ahora pasamos por delante —repuso el hombre, señalando una gran puerta de roble, de dos hojas, con un ojo de cerradura tan grande como el puño de Pam—. Pero sólo pueden entrar en ella los que traen un permiso especial. —El guía hizo entonces un gracioso guiño y en voz baja explicó—: Es que allí vive el fantasma. Es decir, vive allí cuando no está durmiendo en su cofre.

Además de Pam, otros oyeron aquellas palabras y Ricky, lleno de curiosidad, exclamó:

—¡Canastos! ¿Dónde está ese cofre?

—Vengan conmigo.

El guía condujo al grupo hasta una estancia inmediata, muy fría y desagradable, con el suelo y las paredes de mármol blanco. En el centro había una mesa larga y estrecha, rodeada por varias sillas de roble de respaldo recto. En el fondo, descansando en el suelo, había un gran cofre también de roble, arrimado a la pared.

—Ése es el cofre donde duerme el fantasma —informó el guía con voz opaca.

Holly y Ricky se acercaron a inspeccionar el cofre. Observaron que los goznes eran de grueso y negro hierro y que unas cerraduras de bronce sostenían la tapa inmóvil en su sitio.

—Yo creo que el fantasma no puede salir de aquí —murmuró Holly.

El guía, que se había detenido detrás de los dos hermanos, dijo:

—Muchas veces se le oye hurgar y removerse por ahí dentro.

Holly inclinó su cabeza para apoyarla en la tapa del viejo cofre. De pronto oyó unos golpes y una vocecilla que suplicaba:

—¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!

Escalofriada, Holly se apartó de un salto.

—¡Ooooh! ¡Ha sido el fantasma!

—¡Yo también le he oído! —afirmó Ricky, con los ojos redondos por el asombro.

Pero nadie más, ni siquiera Sue, se mostraba asustada. Mientras el guía, que ahora caminaba disimulando la risa, les llevaba a otra sala, Pam se acercó a Holly y Ricky para decirles:

—No os asustéis. No hay ningún fantasma. Todo lo ha hecho el guía que es ventrílocuo.

Los dos pequeños dieron un suspiro de alivio.

—¡Cuánto me alegro! —confesó Ricky.

Pero, a pesar de todo, ni él ni Holly quisieron apartarse de Pam mientras subían las escaleras que llevaban a una de las torres. La luz del sol resplandecía en los ventanales desde donde se veía el Oresund. Todos los visitantes se arremolinaron ante las cristaleras para contemplar el espléndido panorama.

En la distancia, al otro lado de la estrecha franja de agua, se podía ver la costa sueca. En la orilla danesa, una larga hilera de cañones antiguos apuntaban a las aguas. Detrás de ellos un centinela iba y venía dando un fuerte taconazo cada vez que llegaba a la garita y daba la vuelta.

El guía explicó que en la antigüedad aquellos cañones sé utilizaban para controlar el tráfico marítimo, en las angostas aguas del canal, entre el mar Báltico y el mar del Norte.

—Todos los capitanes de barco tenían que pagar tributo al gobierno —aclaró el guía—. Claro que ahora ya no hay nada de eso.

Mientras el guía seguía hablando de las antiguas guerras

escandinavas, Pete, de pronto, quedó muy rígido. Sus ojos se abrieron de par en par, mientras su mano señalaba hacia la muralla.

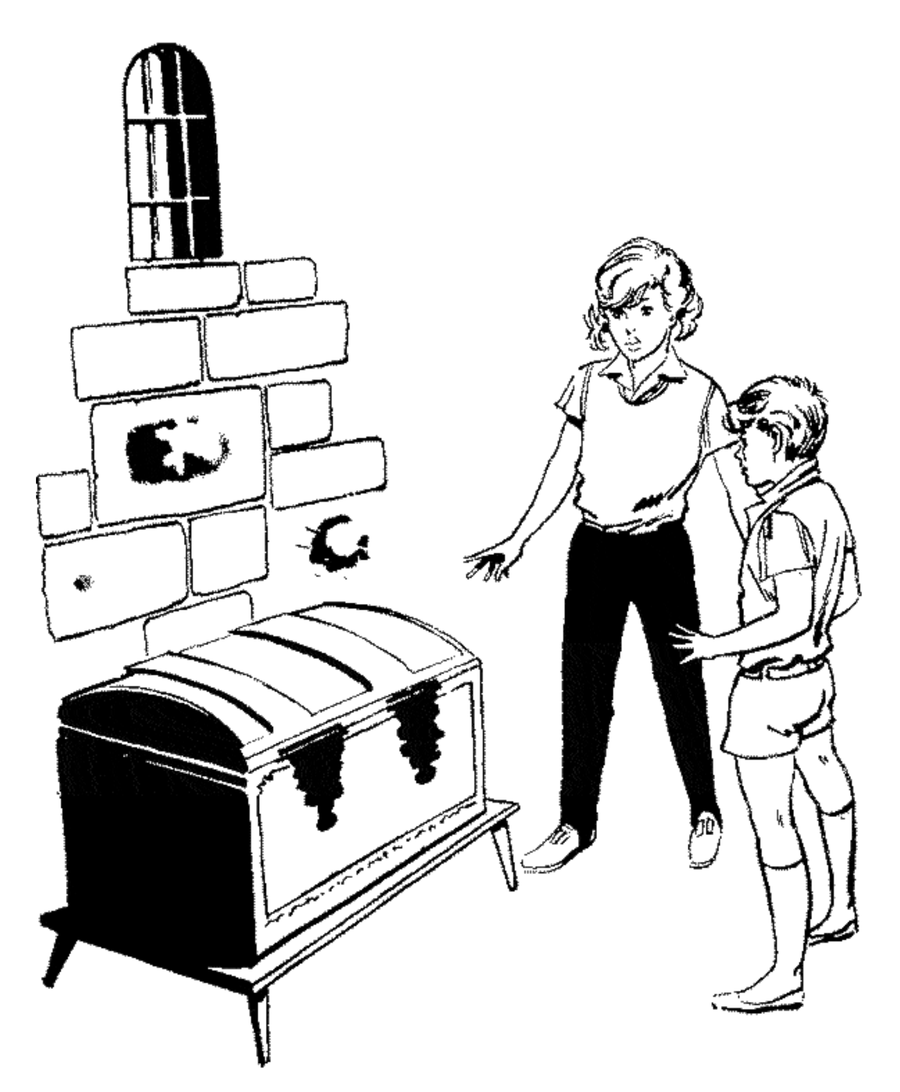
—¿Qué pasa? —Preguntó Pam—. ¿Has visto al fantasma?

—¡No es el fantasma! —susurró Pete, cogiendo a su padre del brazo—. Papá, ¿no reconoces al hombre que está cerca del último cañón?

El señor Hollister miró por los ventanales de la torre y apretó los labios.

—¡Cómo iba a olvidarle! —repuso.

¡El hombre que estaba junto al cañón era el mismo que había luchado el día anterior con el señor Hollister! Ahora iba sin chaqueta y llevaba la camisa desgarrada. Miraba hacia las aguas con unos gemelos.



—¡Mirad! —observó Pam—. Parece que está haciendo señales a alguien que está en la motora de rayas rojas y negras.

El hombre de la muralla levantó el brazo y lo hizo ondear tres veces. Mientras los Hollister miraban, en tensión, el hombre de la motora hizo una señal parecida.

—¡Vamos, papá! —apremió Pete—. ¡Hay que detener esa embarcación!

Abriendo la marcha a toda prisa, el señor Hollister y sus dos hijos bajaron las escaleras y pronto estuvieron en el exterior del

castillo.

El señor Hollister se aproximó al hombre y le dio un puñetazo. El hombre cayó al suelo y los gemelos se le desprendieron de las manos. Cuando quiso levantarse, Pete y Ricky le tenían ya sujeto cada uno por un brazo. Advirtiendo la confusión reinante, el centinela se aproximó.

—Debe usted retener a este hombre para entregarlo a la policía —dijo el señor Hollister, explicando al centinela lo sucedido el día anterior.

El centinela se hizo cargo del hombre y mandó avisar a la policía de la localidad.

La señora Hollister y Pam habían llegado ya abajo y todos se turnaron en la tarea de hacer preguntas al detenido.

¿Trabajaba para alguien que se llamaba Bart o Schwartz? ¿Qué buscaban los ladrones en cada uno de los barcos que robaban en las iglesias? ¿Pensaban robar, también, las valiosas Sirenitas? ¿El hombre de la embarcación negra y roja era uno de los ladrones?

Viendo que el detenido guardaba silencio, la señora Hollister pensó que tal vez no entendía el inglés. Por tanto, el centinela le habló en danés, en alemán y francés. Pero el hombre sacudió la cabeza, enfurecido, y no contestó en ningún idioma.

Minutos después llegaba la policía y se hacía cargo del detenido.

—Tenga la bondad de informarnos sobre lo que averigüe con respecto a este hombre —pidió el señor Hollister a uno de los oficiales, dándole las señas de la hospedería de Helsingor.

Después de haber hecho toda la visita al castillo, los Hollister volvieron al hotel para comer. Estaban sentándose en el comedor cuando vieron entrar a Karen Clausen y a su hermano.

—Hemos venido lo más aprisa posible —dijo Karen, hablando entrecortadamente, y luego presentó a su hermano Eric al señor y la señora Hollister y a las niñas que todavía no le conocían.

Karen informó después a la familia de que había conseguido permiso para entrar en la biblioteca del castillo Kronborg. Los niños pidieron a coro que les permitiera ir con ella.

La joven danesa movió la cabeza negativamente.

—Lo siento, pero sólo se permite llevar un visitante.

Y opinó que debía ser Pam quien la acompañase, puesto que

había sido idea suya la búsqueda de aquella pista.

Los Clausen se sentaron a comer con los Hollister y éstos, mientras comían, pusieron al corriente, a Karen y a su hermano, de lo ocurrido en aquella ajetreada mañana.

Por la tarde, mientras el señor Clausen acompañaba a los Hollister a visitar la ciudad de Helsingor, Karen y Pam marcharon a la biblioteca del castillo.

—¿Cómo entraremos, Karen? —preguntó Pam, cuando cruzaban sobre el foso y penetraban en las tierras del castillo.

—Ahora verás.

La danesa se detuvo y abrió su gran bolso, sacando de él una llave. Era la llave más gigantesca que viera nunca Pam. Estaba hecha de bronce y daba la impresión de pesar varios kilos.

—Con esto abriremos la puerta —dijo Karen, explicando que la llave se la habían entregado los celadores del castillo—. Me han advertido que tenga cuidado con cualquier curioso que se acerque. Ayer, un hombre intentó entrar en la biblioteca, pero, desde luego, no pudo abrir la puerta. Un turista le delató.

No queriendo llamar la atención, Karen y Pam aguardaron a la puerta de la biblioteca hasta un momento en que no se veía cerca ningún visitante. Entonces, la danesa metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Se oyó un fuerte chasquido. Las puertas de roble se abrieron lentamente y las dos entraron. Con otro chasquido, Karen echó nuevamente la llave.

La vieja librería era húmeda y olía a moho. Las grandes estanterías se levantaban desde el suelo al techo, en las cuatro paredes. Había varias mesas y sillas en el centro de la estancia de piedra y, como guardando el sombrío lugar, había seis figuras de caballeros daneses.

Las figuras de hierro se levantaban, altas y rígidas, en sus bruñidas armaduras. Uno de los caballeros sostenía la lanza apuntando a las muchachas. Otro levantaba una clava de guerra sobre su cabeza.

—¡Esto es muy… muy misterioso! —murmuró Pam, mirando a su alrededor—. Casi estoy por creer que vive aquí el fantasma.

—No te preocupes, querida. No hay nada que temer —rió Karen.

Pam miró hacia la interminable colección de libros y preguntó:

—¿Por dónde empezamos?

—Tengo un dibujo de las estanterías de la biblioteca —repuso Karen, sacando del bolso un trocito de papel. El libro que nos interesa debería estar allí, en uno de los estantes más bajos.

Pero la búsqueda no era tan fácil como ambas habían esperado. Karen y Pam fueron mirando uno tras otro todos los libros de las polvorientas estanterías, pero sin éxito.

—No creí que esto nos llevara tanto tiempo —suspiró Karen.

Sin embargo, Pam no se desanimó. Tal vez el libro que buscaban estaría en las estanterías más altas. Y pensando así, la niña se acercó a un grupo de libros próximo a la ventana.

Poniéndose de puntillas, Pam alargó los brazos todo lo que pudo. En un esfuerzo por sacar uno de los libros, la niña perdió el equilibrio y fue a tropezar contra uno de los caballeros con armadura.

—¡Oh!

Pam saltó a un lado a toda prisa. Un momento después un tremendo estrépito y el estridente y hueco golpete de metal hacía eco en todos los rincones de la biblioteca del antiguo castillo.

EXPLORADORES AÉREOS



Pam y Karen se estremecieron. A un tiempo, giraron sobre sus talones y miraron con angustia al caballero armado que yacía tendido boca abajo en el suelo de piedra. En la puerta sonaron ruidosos puñetazos.

—¿Qué pasa ahí? —gritó una voz, en danés.

Temblando, Karen sacó la llave de su bolso y la introdujo en la cerradura. Las puertas se abrieron de golpe y apareció uno de los guardianes del castillo que al momento entró en la gran sala, mirando a todas partes con expresión interrogadora.

—¡Creí que se había producido una explosión!

Karen le contó el incidente y Pam pidió disculpas por haber tropezado en la figura de hierro.

—¡Dios quiera que no le haya hecho nada al pobre caballero! —murmuró la niña.

Para tranquilidad de las dos visitantes, el guardián, después de haber examinado la armadura, declaró que no tenía ningún desperfecto.

—En realidad, no fue culpa tuya —le dijo a Pam—. Hace pocos días que se estuvo limpiando a esta figura y no se la afirmó debidamente en su lugar. Por eso, el más ligero tropezón ha podido tirarla al suelo.

Con ayuda de Pam y Karen, el hombre pudo levantar de nuevo al caballero.

—¿Han encontrado ustedes el libro que buscaban? —preguntó, luego, el celador.

Karen repuso que no, pero que confiaba en encontrarlo pronto.

—Conviene que se den prisa. Pronto será hora de cerrar esta sala.

Dando las gracias al hombre, Pam y Karen volvieron al trabajo con todo interés.

Entre tanto, en Helsingor, los Hollister se habían dividido en dos grupos. El señor y la señora Hollister, con Holly y Sue, fueron a visitar un museo para ver una famosa colección de muñecas danesas. Pete y Ricky, con el señor Clausen como guía, planeaban ir hasta las orillas del agua para ver llegar al transbordador desde la orilla sueca.

Antes de salir, Pete decidió hablar otra vez con la policía. Tal vez hubiera averiguado algo, interrogando al detenido. El oficial que contestó a la llamada de Pete informó de que el hombre seguía negándose a hablar. Sin embargo, el fichero de la policía había permitido saber que el hombre se llamaba Gruning, era de nacionalidad suiza y había estado detenido una vez por dedicarse al contrabando de relojes.

Lleno de nerviosismo, Pete contó al señor Clausen y a Ricky las noticias, mientras salían del hotel. Llegaron al muelle justamente cuando se detenía el gran transbordador. Estaban los tres contemplando el desembarco de los pasajeros cuando el danés preguntó:

—Pete, Ricky, ¿por dónde visteis la motora negra a la que el señor Gruning hacía señales?

—Allí —contestó Pete, mientras él y su hermano señalaban al lugar exacto.

—Estoy seguro de que si pudiéramos encontrar esa barca nos enteraríamos de muchas más cosas sobre la banda de ladrones.

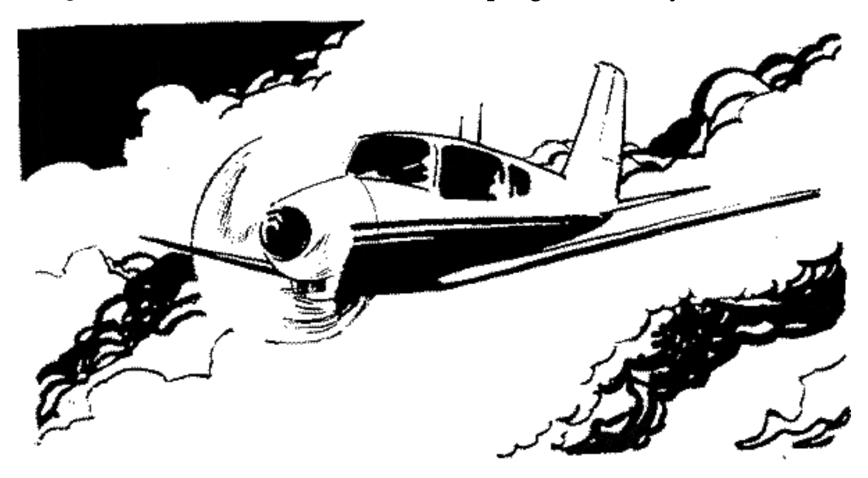
—La barca desapareció a toda velocidad en cuanto nosotros atrapamos al suizo que estaba en la orilla —dijo Pete—. No tenemos idea de a dónde se iría.

—¿Os parecería bien que echásemos una mirada desde mi

avión? —propuso el señor Clausen.

—¡Zambomba! —gritó Pete, con entusiasmo—. ¡Una exploración aérea! ¡Sería un plan «cañón», señor Clausen!

—¿Podemos salir ahora mismo? —preguntó Ricky, sin rodeos.



El piloto repuso que sí. Precisamente había dejado su avión en un pequeño campo de aterrizaje en las afueras de Helsingor.

—Pero antes debemos dejar una advertencia a vuestros padres.

A toda prisa volvieron al hotel, donde Pete escribió una nota para su madre y su padre, diciéndoles a dónde iban. La nota se la entregaron al recepcionista del hotel. Luego, los dos muchachitos y el aviador tomaron un taxi y muy pronto se encontraron en el diminuto aeropuerto, que se extendía junto a unas tierras de cultivo, al oeste de Helsingor.

—Magnífico —comentó el señor Clausen, mientras los tres se acercaban a buen paso al avión—. Están llenando los depósitos, tal como les dije.

Un empleado estaba subiendo al ala del aparato, con una manguera de gasolina en la mano. Después de hablar con aquel hombre en danés, el piloto se volvió a los chicos, informando:

—Tenemos el aparato listo para volar.

Abrió la puerta del avión y Pete y Ricky saltaron adentro. Aquel aeropuerto era demasiado reducido para poder tener torre de control, y Eric Clausen se valió de señales con la mano para obtener camino libre. Hizo recorrer unos metros al avión sobre la superficie cubierta de vegetación y con el motor ya runruneando, el piloto tiró

lentamente hacia atrás de uno de los mandos y el avión empezó a elevarse suavemente.

Pronto se encontraron los tres viajeros volando por encima de las aguas. Al llegar al centro del Oresund, el piloto viró hacia el sur, volando tan bajo como las ordenanzas permitían.

—¡Buscad a ver si descubrís esa motora negra! —dijo a los chicos.

Pete y Ricky apretaron la cara contra las ventanillas y sus ojos buscaron activamente por las aguas y por las orillas del estrecho. Se veían embarcaciones de muchas medidas y colores, pero no aparecía por parte alguna la motora negra a rayas rojas que habían visto desde el castillo.

Después de recorrer un trecho más hacia el sur, el señor Clausen describió un giro en forma de «U» y tomó de nuevo rumbo norte. Hicieron aquel viraje varias veces y todos buscaron por uno y otro lado, pero no hubo suerte.

—A lo mejor los ladrones han escondido la motora en alguna casilla para embarcaciones —reflexionó Pete.

—Pero también puede ser que no hayamos hecho bastante trayecto en dirección sur —murmuró el señor Clausen.

Sin más, hizo virar una vez más el aparato y en esta ocasión llegaron mucho más lejos que en las anteriores. De pronto, los dos muchachos reconocieron la zona en donde habían descubierto el misterioso molino. Casi al mismo tiempo, Ricky vio a distancia una embarcación negra que se alejaba, dejando tras sí un rastro de blanca espuma.

—¡A lo mejor es aquélla! —gritó, señalando al agua.

Cuando el señor Clausen llevó al aparato directamente sobre la embarcación, Pete exclamó con firmeza:

—¡Es ésa! ¡Ésa es la motora!

—La vigilaremos unos momentos —decidió el piloto.

Al poco, los tres exploradores aéreos pudieron ver que la motora avanzaba hacia un desembarcadero.

—¡Zambomba! ¡Allí fue donde papá y yo descubrimos a los ladrones del barco miniatura!

—¿Estás seguro, Pete?

—Segurísimo. Y aquél es el restaurante donde comimos.

—¡Es verdad! ¡Verdad verdadera! —gritó Ricky, haciéndose oír por encima del zumbido del motor.

Y en aquel momento el señor Clausen vio el molino. Todos los demás molinos que se divisaban estaban en funcionamiento. Aquél permanecía parado.

—Puede que esto tenga relación con el misterio, muchachos —admitió el piloto.

—Debe de ser una señal —declaró Pete, muy convencido.

Y Ricky exclamó al poco:

—¡Veo un hombre andando por el desembarcadero! Ahora está cargando algo en la motora.

Pero el hombre de quien Ricky hablaba no podía distinguirse claramente desde el avión.

—¡Canastos! ¡Mira que si ha notado que le estamos vigilando! —se inquietó el pelirrojo.

El señor Clausen decidió que volaría describiendo círculos más amplios para que los hombres de abajo no entraran en sospechas. Y el avión fue girando una y otra vez, mientras Pete y Ricky, con los ojos muy abiertos, observaban la escena.



—¿Qué estarán tramando? —murmuró el piloto, como hablando consigo mismo. Y un momento después exclamaba—: ¡Caramba! ¿Qué ha sido eso?

Los tres escucharon atentamente. El motor hacía unos ruidos semejantes a chisporroteos. Quedó un momento en silencio. Luego volvieron los chisporroteos. Pete y Ricky pudieron ver que las aspas de la hélice iban reduciendo la velocidad.

—Parece que ocurre algo en el motor, mocitos —informó el piloto—. Pero no os preocupéis. Podremos aterrizar sin incidentes

porque todo esto son tierras de pastos.

Ni Pete, ni Ricky sintieron miedo; ambos tenían confianza en el señor Clausen. Gobernando expertamente, el piloto llevó su avión hacia un amplio prado. Estaban descendiendo, cuando Pete anunció:

—¡La motora negra se aleja del desembarcadero!

—¿Por qué no utiliza usted la radio para avisar a la policía? —apuntó Ricky—. Así podríamos detener a esos hombres.

El piloto contestó que temía recurrir a aquello porque la motora negra podía llevar también radio y captar el mensaje.

—Cuanto menos sepan de nosotros, mejor.

El avión siguió su lento descenso, rozando casi los tejados de varias casas granjeras. Daba la impresión de que la tierra estuviese ascendiendo a toda prisa, mientras el aparato descendía, en un prado inmediato al molino misterioso. Una manada de vacas mordisqueaba la hierba verde a la sombra de unos árboles.

—Confío en que no las asustemos —murmuró el piloto.

—¿Cree usted que si se asustan, se desmandarán? —preguntó el pecoso.

El señor Clausen no tuvo ocasión de contestar porque uno de los animales, alarmado por el ruido, había emprendido la carrera… ¡precisamente en dirección al avión que aterrizaba!

—¡Sujetaos bien! —ordenó el piloto.

Hizo ladearse al aparato tanto, que el extremo del ala izquierda pasó a dos dedos del suelo. Las ruedas del aparato pasaron rozando la cabeza de la vaca. El señor Clausen hizo, luego, que el avión volviera a quedar horizontal y tomó tierra.

—¡Canastos! Nunca habíamos aterrizado en una vaca, hasta ahora.

Después de avanzar unos metros el aparato se detuvo y el piloto saltó a tierra, con una pequeña herramienta en sus manos. Pete y Ricky salieron tras él. Después de manipular unos momentos en el motor, el aviador dijo:

—Con esto quedará arreglado. He tenido que cambiar el contacto que se había estropeado.

Cuando los tres volvieron a ocupar sus sitios en el avión, el señor Clausen puso el motor en marcha. La hélice giró velozmente.

De pronto, la puerta del molino se abrió y por ella salió un hombre.

—Viene hacia nosotros —observó Ricky.

—¿Qué querrá? —preguntó Pete, extrañado.

—No será ningún perjuicio que nos retrasemos unos minutos más —decidió el señor Clausen—. Si ese hombre desea hablar con nosotros, tal vez podamos pedirle que nos dé información sobre el molino.

El hombre corría por la hierba con asombrosa rapidez. Era pequeño, delgado y de nariz ganchuda. Mientras el señor Clausen se levantaba del asiento para ir a abrir la portezuela, el hombre gritó en inglés:

—¡Se han introducido ustedes en terrenos particulares! ¡Quedan arrestados!

—Ha sido un aterrizaje de emergencia —explicó con calma el piloto—. Lamentamos haber tenido qué detenernos en sus campos. Pero no hemos causado ningún perjuicio en los pastos y nos marchamos ahora mismo.

—¡No harán ustedes nada de eso! —vociferó el hombre, sacudiendo rabiosamente las manos—. ¡Se quedarán ustedes aquí hasta que yo avise a la policía!

«Este hombre está queriendo ganar tiempo —pensó Pete—. A lo mejor la banda le ha ordenado que nos entretenga».

Inmediatamente, el muchachito comunicó sus sospechas al piloto hablándole en un cuchicheo.

—Es lo mismo que he pensado yo —repuso el piloto a media voz.

Aproximándose de nuevo a la portezuela, el señor Clausen informó al otro, a gritos, de que estaba determinado a despegar inmediatamente de allí. Sus palabras enfurecieron todavía más al hombre de la nariz ganchuda que, aproximándose otro poco al aparato, levantó un puño huesudo y amenazador a los ocupantes y aulló:

—¡Otra vez están ustedes vigilándonos!

PATITOS CON SUERTE



El piloto cerró de un portazo, se acomodó en su asiento y rodó suavemente sobre los pastos.

Pete y Ricky siguieron mirando al exterior, muy nerviosos. ¿Les conocía aquel hombre? ¿Por qué intentaba retenerles?

—Seguro que es de la banda del señor Schwartz —declaró Pete.

—Claro. Y el señor Cara-Peluda le ha hablado de nosotros —añadió Ricky.

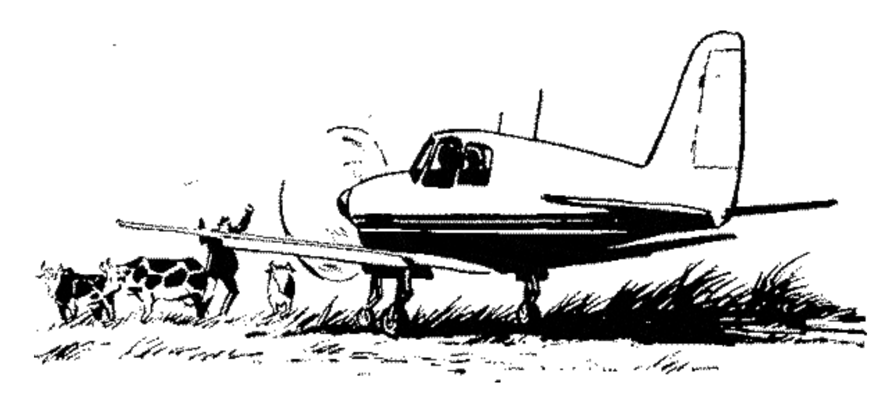
Y el señor Clausen les dio la razón con estas palabras:

—No me cabe duda de que tenéis razón.

—¡Canastos! ¡Mire lo que quiere hacer!

Ricky señalaba al hombre que corría hacia las vacas, incitándolas a que se interpusieran en el camino del avión.

—Que lo intente —murmuró calmoso, el aviador—. Le vamos a desilusionar, porque pienso cambiar de dirección. ¡Fijaos!



Utilizando el freno izquierdo y el balancín de dirección a un tiempo, el señor Clausen hizo girar completamente al avión y empezó a despegar. Muy pronto se encontraron a considerable altura.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Viva el señor Clausen! —gritó Ricky.

El avión, describiendo círculos para ganar altura, voló sobre el desembarcadero donde habían visto la embarcación negra.

—¡Se ha ido! —se lamentó Ricky.

—Y cualquiera sabe a dónde —añadió Pete, un poco desanimado.

—Lo averiguaremos —afirmó el señor Clausen, sonriente, conduciendo el avión sobre las aguas. Pero, al mirar el contador de la gasolina, añadió—: No podremos buscar demasiado rato. Nos estamos quedando sin combustible.

Avanzaron sobre las aguas del estrecho en dirección norte, buscando sin cesar la motora negra. A los pocos minutos se acercaban a un trecho invadido por embarcaciones de todas clases. Algunas, con velas de alegres colores, iban y venían entre los grupos de barcas de remos.

Mientras el señor Clausen hacía descender al aparato, Pete anunció:

—¡Allí está la motora negra! ¡Es aquélla que pasa entre dos barcas de vela amarillas!

Ricky y el piloto miraron al lugar hacia donde señalaba Pete. Veloz como una centella, una motora negra levantaba oleadas de blanca espuma en las aguas. ¿Era aquélla la embarcación que buscaban los exploradores aéreos?

De nuevo el avión descendió, inclinándose por la parte del morro y, en aquella posición, los ocupantes del aparato pudieron ver perfectamente a las dos personas que iban en la motora. El timonel guió hacia una zona de aguas despejadas. Al poco redujo la marcha hasta que la motora se detuvo. El otro hombre echó un ancla.

Cuando el avión estuvo directamente encima de la motora, se oyó exclamar a Ricky:

—¡Carambola! ¡Si son sólo chicos!

Mientras el avión se alejaba, los muchachos de la embarcación echaron sus cañas de pescar al agua.

—Esos chicos nos han hecho confundir —murmuró Pete, desencantado.

—Espero que encontremos pronto la motora que nos interesa —declaró por su parte el piloto, mirando preocupado el medidor del combustible.

Y entonces Pete descubrió otra motora negra en la distancia.

—¡Esta vez estoy seguro! —Gritó el mayor de los Hollister—. ¡Veo una raya roja a un lado!

La embarcación fugitiva se dirigía a un gran buque mercante, gris, que se movía lentamente en el centro de las aguas del Oresund.

La motora se situó junto al mercante. Varias figuras, amenguadas por la distancia, salieron a la cubierta del buque desde el cual se hizo descender una escalerilla de cuerda.

El piloto inclinó por la parte del morro el avión para poder ver mejor cuanto sucedía. Un hombre descendió por la escalerilla de cuerda. El hombre de la motora le dio un paquete.

—¡Apuesto algo a que son los ladrones! —dijo Pete, gritando de nerviosismo.

El señor Clausen hizo descender más el avión y lo condujo cerca de la parte posterior del buque cuyo nombre pudieron entonces leer claramente los ocupantes del avión:

«M a d a g a s c a r».

—¡Es el mismo buque que estuvo a punto de echar a pique la barca de «Farfar»! ¡Seguro que el molino de viento hacía las señales para este barco! —dijo Pete.

La motora dio media vuelta apartándose del «Madagascar» y

avanzó en línea recta hacia la costa danesa.

—¿Puede usted seguirle, señor Clausen? —preguntó Pete.

El piloto movió negativamente la cabeza, diciendo:

—Me temo que no. Nos queda el combustible justo para regresar al aeropuerto.

Los dos hermanos quedaron algo mohínos, pero comprendieron que lo más importante era regresar para no correr el peligro de quedar sin combustible. Cuando el aparato aterrizó sin incidentes, en el aeropuerto de las afueras de Helsingor, el medidor de gasolina indicaba que el depósito estaba casi vacío.

Saltando a tierra, Pete, Ricky y el piloto corrieron al pequeño edificio de administración.

—Debemos telefonear a la policía —opinó Pete.

—Muy bien. Éste es el camino. Hay cabina telefónica en el edificio.

El señor Clausen marcó el número de la policía, pero encontró la línea ocupada. Volvió a probar suerte a los pocos minutos con igual resultado.

—Más vale que no sigamos esperando aquí —dijo a los muchachos—. Informaremos a la policía desde vuestro hotel.

Un taxi, que acababa de dejar pasajeros en el aeropuerto, llevó a los tres a Helsingor en muy poco espacio de tiempo. Estaba el piloto pagando al taxista, cuando el señor y la señora Hollister salieron apresuradamente de la hospedería. Pete observó enseguida que la expresión de sus padres era nerviosa y angustiada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Sue y Holly se han perdido! —repuso la madre, con voz trémula—. No podemos encontrarlas por ninguna parte.

Y siguió explicando que, después de regresar del museo, las dos pequeñas habían pedido permiso para quedarse jugando delante del hotel.

—Cuando, hace un momento, papá y yo hemos salido a buscarlas, las nenas no estaban.

—¡Vamos a buscarlas ahora mismo! —resolvió Ricky.

Inmediatamente, los Hollister y el señor Clausen iniciaron la búsqueda. Mientras avanzaban por la acera, pronunciando de vez en cuando los nombres de las dos pequeñas, Pete fue contando a sus

padres, a retazos, todo lo ocurrido durante la exploración aérea.

—Estoy seguro de que el señor Schwartz y sus compinches no planean nada bueno —declaró el señor Hollister, ceñudo.

Al poco y en vista de que las niñas no aparecían por parte alguna todos se detuvieron en una calle lateral y decidieron que lo mejor era separarse, formando dos grupos. Buscando por dos lugares distintos a un mismo tiempo, habría más posibilidades de tener suerte. Pete y Ricky irían con el señor Clausen y los señores Hollister buscarían juntos.

—¿Nos encontramos en esta esquina dentro de diez minutos? —sugirió el señor Clausen.

—De acuerdo —accedió el señor Hollister, mientras los dos hombres ponían en la misma hora sus relojes.

El aviador echó a andar con los muchachos por una calle llena de tiendas. Pete y Ricky miraron en cada uno de los establecimientos, pero sus hermanas no se encontraban en ninguno.

Al cabo de un rato el señor Clausen señaló un escaparate lleno de figuritas y estatuillas.

—Ésta es la tienda en donde estuvieron a punto de robar una Sirenita —informó.

Pete, recordando la noticia del periódico, pensó si a sus hermanas se les habría ocurrido entrar en la tienda, buscando pistas. Pero tampoco allí tuvieron suerte. El propietario de la tienda, un hombre bajito y grueso, con grandes bigotes engomados, aseguró que no había visto a nadie de las señas de Sue y Holly.

Al salir de allí, Ricky vio a poca distancia una tienda de caramelos. ¡Era muy fácil que las niñas hubieran ido allí! Pete y Ricky corrieron a averiguarlo.

—¿Han entrado aquí dos niñas? Se llaman Holly y Sue —dijo atropelladamente Ricky al tendero.

Pero el hombre, que no entendía una palabra de inglés, supuso que el pelirrojo quería comprar caramelos. Ya estaba mostrando a los chicos las vitrinas llenas de dulces de todos tipos cuando entró el señor Clausen y habló en danés con el vendedor. No, el hombre no había visto a aquellas niñas. Le apenaba mucho saber que se habían perdido; y como prueba de su compasión dio a Pete y a Ricky un estupendo caramelo de licor.

Cuando salieron de allí ya casi habían transcurrido los diez minutos previstos y los tres volvieron al encuentro de los señores Hollister. Tampoco ellos habían tenido suerte.

—Esta vez, será mejor que vayamos juntos —decidió el señor Hollister.

Esta vez la búsqueda la llevaron a cabo por la zona próxima al agua, donde se encontraba el amarradero del transbordador.

—¡Zambomba! ¿No podría ser que a Sue y Holly se les haya ocurrido dar un paseo en el transbordador, hasta la orilla sueca?

La madre miró a Pete, y luego, siempre con expresión angustiada, fijó la vista en el agua. Todos pudieron ver que el blanco transbordador se deslizaba lentamente sobre las olas, regresando a Dinamarca.

—A lo mejor han hecho un viaje de ida y vuelta —apuntó Ricky —. Son unos patitos con mucha suerte estas niñas…



Cuando la gran embarcación se detuvo en el embarcadero, los Hollister, entre esperanzados y temerosos, miraron fijamente a la cubierta. Pero no se veía aparecer a las pequeñas. Y cuando se bajó

la pasarela y los pasajeros empezaron a salir, las pequeñas siguieron sin aparecer.

Sin embargo, al cabo de unos momentos, Pete exclamó:

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Allí las veo!

Un hombre alto, con galones de capitán en su blanco uniforme, bajaba por la pasarela, llevando a Sue en brazos y a Holly de la mano.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó la señora Hollister, corriendo al encuentro de sus hijas.

—¡Mamita! —Llamó Sue, soltándose de los brazos del oficial—. Hemos «hacido» un viaje precioso. Y el capitán Falck nos ha dado un paquete de caramelos porque somos americanas.

Holly presentó al capitán Falck a su familia y al señor Clausen. El capitán, que no sabía inglés, habló con Clausen en danés, explicándole:

—Las niñas subieron a mi barco a echar un vistazo y no les dio tiempo de volver a tierra antes de que zarpáramos.

La señora Hollister dio las gracias al capitán por su amabilidad. Cuando se marcharon, Holly dijo a sus padres:

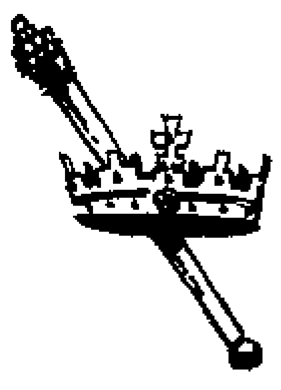
—Supongo que nos vais a dar unos azotes. Pero os prometo que nunca volveremos a irnos lejos cuando estemos en un país extranjero.

Los padres no pegaron a las dos traviesas pequeñas, sino que las abrazaron repetidamente, muy contentos de haberlas encontrado, y volvieron todos hacia el hotel. En el vestíbulo encontraron a Karen y a Pam.

Antes de que Holly y Sue hubieran tenido tiempo de contar su aventura, Pam exclamó:

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Hemos hecho un gran descubrimiento!

UNAS RUINAS ANTIGUAS



—¡No adivinaríais nunca lo que hemos averiguado en el castillo de Kronborg! —siguió diciendo Pam.

—¡Yo lo sé! —Gritó Ricky—. Habéis encontrado el fantasma del viejo rey.

Pam estaba demasiado emocionada para poder hacer caso de las bromas de su travieso hermano. La niña respiró profundamente para seguir explicando:

—¡Karen y yo hemos descubierto el secreto de los barquitos de las iglesias!

Un coro de asombradas voces exclamó:

—¡Oooh! ¿Cuál es? ¡Cuéntanoslo todo!

Con ojos chispeantes, Pam explicó:

—El secreto es el cetro de un príncipe, cubierto de diamantes, rubíes y esmeraldas. Está escondido en uno de los barcos miniatura más grandes.

Karen había conseguido encontrar el libro con toda la información en la biblioteca del Castillo.

—Ese cetro —añadió Karen— fue escondido en el barquito de una iglesia hace muchos años. El barquito, según informa el libro, fue donado por un príncipe que había ocultado su cetro en un doble

fondo de la miniatura, para que no pudieran llegar a apoderarse de ello unos invasores que amenazaban con la invasión de Dinamarca.

La joven maestra danesa continuó diciendo que la historia había ido transmitiéndose de generación en generación, hasta que todos llegaron a considerarla un mito.

—Y el cetro no se ha encontrado todavía —añadió Pam.

—¡Canastos! Esos ladrones se habrán enterado de todo eso y están buscando el tesoro —opinó Ricky, dando un silbido.

Los ojos de Holly iban agrandándose por momentos, hasta que la pequeña, retorciendo nerviosamente sus trenzas, exclamó:

—¡Tenemos que ir en seguida a buscar el tesoro, antes de que lo encuentren esos hombres malotes!

—Pero ¿dónde está la vieja iglesia? —preguntó Pete.

Karen repuso que, por lo que había leído en el libro, podría ser que se encontrase en un pueblo vecino. Y aún añadió algo muy misterioso. En lugar de colgarlo del techo de la iglesia, como se hacía con los demás barcos, la miniatura con el cetro se había ocultado en otro lugar.

¡Cómo les habría gustado a los Hollister ser capaces de adivinar el lugar utilizado como escondite! Había que actuar rápidamente, les recordó Karen; en la otra copia del libro que ellas habían encontrado, y que estaba en Copenhague, las páginas correspondientes a aquella historia habían sido arrancadas.

Pero aquel día era ya demasiado tarde para iniciar la búsqueda. Karen y su hermano decidieron alquilar habitaciones en el hotel para pasar allí la noche y poder tomar parte en la aventura del día siguiente.

Mientras tanto, Pete telefoneó a la policía para comunicarles todas las sospechas sobre la motora negra y el «Madagascar». El jefe de policía de la localidad prometió poner al corriente a las autoridades reales para que el buque mercante fuese registrado antes de que saliera de aguas danesas. ¿Querrían, Pete y el señor Clausen, ponerse en contacto con la policía, a la mañana siguiente?

—Sí, señor. Iremos allí personalmente —contestó el muchacho.

A la mañana siguiente los Hollister se reunieron con Karen y el señor Clausen en el comedor del hotel para desayunar. Cuando concluyeron, apresuradamente, el señor Hollister apremió:

—¡Hay que ponerse en marcha!

Pete y el piloto tenían que acudir a la policía, mientras los demás se preparaban para buscar la vieja iglesia.

—Hasta luego —dijo Pete, mientras el señor Clausen iba a buscar un taxi.

Karen y el resto de los Hollister se instalaron en la furgoneta y pronto dejaron atrás Helsingor. El camino era tan serpenteante que hizo a Holly pensar en las montañas rusas de Tívoli.

Quince minutos más tarde, cuando el coche llegó a lo alto de una pequeña colina, los pasajeros vieron a distancia, una población.

—Ése es el lugar —informó Karen.

—Pero no se ve ningún campanario de iglesia —observó Pam.

El señor Hollister detuvo el coche en las afueras de la población, donde Karen hizo preguntas a un muchacho danés que iba en bicicleta. Éste sabía dónde estaba la iglesia y le dio la dirección.

Después de volver varias esquinas, el señor Hollister detuvo el coche ante una iglesia baja, de construcción moderna.

—¡Esto no es una iglesia antigua! —se lamentó Pam, cuando volvieron al vehículo—. ¡La iglesia vieja se incendió hace unos años!

Según habían averiguado Karen y la niña la iglesia antigua había estado enclavada a unas manzanas de distancia.

—¡Pues vamos allí en seguida! —propuso Ricky, y todos estuvieron de acuerdo con él.

Cuando llegaron al lugar en cuestión, Karen dejó escapar una exclamación de desaliento y los Hollister pusieron cara de desencanto. Ante ellos había un montón de piedras negruzcas y desmoronadas y entre aquello crecían hierbas altas. Los ojos de Pam se llenaron de lágrimas. ¡Después de tanto trabajo detectivesco, todo iba a acabarse allí!

—¡Puf! —masculló Ricky, haciendo chasquear los dedos—. Todo nuestro misterio se ha esfumado.

—No, no —insistió Holly—. Podemos buscar por ahí. Déjanos que busquemos, papaíto.

El señor Hollister dijo que podían buscar, aunque dudaba mucho que pudiera encontrarse pista alguna en los restos quemados de una vieja iglesia. Los niños corrieron entre los ladrillos y rocas

ennegrecidas que habían servido de cimientos a la iglesia antigua. Cada uno por su parte buscó en todos los rincones y resquicios con gran atención.



—Me temo que, si el barco era de madera, quedase completamente destruido —murmuró Karen, tristemente.

Pero Pam, Ricky, Holly y Sue no estaban dispuestos a darse por vencidos y siguieron buscando entre las ruinas. Un grupo de niños de la localidad se habían reunido y observaban con curiosidad.

Ricky se habían subido a una pila de ladrillos y fue levantando varios, mirando entre los resquicios. Estaba haciendo aquello cuando, al tirar de una piedra, sacó una de gran tamaño. Eso hizo temblar el resto de los cascotes que rodaron hacia donde estaba Holly y Sue.

—¡Cuidado! —gritó la señora Hollister.

Cogidas de la mano, las dos niñas se apartaron de un salto del alud de cascotes.

¡Crass! Los pedazos de ladrillo fueron a caer a pocos centímetros de las dos pequeñas.

—¡Señor! —murmuró la madre dando un suspiro de alivio—. Será mejor que nos vayamos antes de que alguien resulte herido.

—Pero, mamita, el cetro de piedras preciosas puede estar todavía aquí… —insistió Pam, esperanzada.

—Ya tendré más cuidado, mamá —prometió el pelirrojo.

Entonces Pam tuvo otra idea. Aproximándose a los niños daneses que les observaban, preguntó si había alguno que hablase bien el inglés. Una niña de su misma edad, que se llamaba Hilda,

repuso que ella sabía inglés. Hilda había vivido tres años en Inglaterra.

—¿Sabes tú si alguien ha encontrado algún tesoro en esta iglesia? —preguntó Pam.

La niña danesa replicó negativamente con un cabeceo.

—No —dijo—. Pero han estado algunos hombres buscando.

Aquella contestación puso sobre ascuas a los Hollister.

—¿Cuándo? —preguntó Pam.

—Esta mañana temprano. Dos hombres han estado buscando entre las ruinas, lo mismo que vosotros.

—¿Llevaban barba?

—No.

—¿Estás segura de que no encontraron nada? —intervino Holly.

—Segura —sonrió Hilda—. Nosotros también hemos buscado entre estas ruinas muchas veces. Además, todas las cosas buenas se las llevaron durante el incendio.

—¿Qué cosas? —quiso saber Ricky.

—Los ornamentos y los barcos.

Pam sintió un escalofrío en la espina dorsal.

—¿Barcos? ¿Es que había más de uno?

—Sí —contestó Hilda—. Había dos.

—Uno —explicó— colgado del techo de la iglesia, el otro había estado escondido en una cripta secreta que sólo el pastor conocía.

—¡Una cripta secreta! —exclamó Karen—. Pam, ése es el lugar a que se refería el libro. ¡Puede que estemos a punto de encontrar el tesoro!

Entonces Karen preguntó a Hilda a dónde se habían llevado los barcos de la iglesia.

—Al museo de Helsingor —contestó la niña danesa.

—¿Y los hombres que vinieron esta mañana saben eso? —preguntó en seguida Pam.

—Sí. Nosotros se lo dijimos.

—Indudablemente, eran los ayudantes del señor Schwartz —dijo el señor Hollister.

La misma idea había acudido a la mente de todos los Hollister. Seguramente aquellos hombres habían marchado directamente a Helsingor. ¡Lo probable era que los dos ladrones estuvieran, en

aquellos momentos, buscando el cetro en el museo de la ciudad!

—¡Papá, tendremos que volver en seguida! —rogó Pam.

Los Hollister y Karen dieron las gracias a Hilda y corrieron a la furgoneta. ¡Si alguien hubiera podido impedir que los ladrones llegasen los primeros al museo…!

Los viajeros estaban tensos de nerviosismo, durante el viaje de regreso a Helsingor. Pronto, en la distancia, se vieron las cúpulas del castillo Kronborg. Al llegar a la ciudad, el señor Hollister, dirigido por Karen, condujo directamente hacia el museo.

—¡Ooooh! —exclamó Sue, con asombro—. ¡Cuánta gente!

La pequeña tenía razón. Ante la puerta del edificio se había reunido un gran grupo de personas. En el momento en que el señor Hollister detuvo la furgoneta, apareció un coche de la policía, del que salieron dos oficiales. ¡Con ellos llegaban también Pete y el señor Clausen!

—¡Pete! —llamó Ricky—. ¿Qué ha sucedido?

—Se ha cometido un robo en el museo.

Ya habían salido todos los ocupantes de la furgoneta y Pam preguntó, muy inquieta:

—¿Qué han robado?

—Dos barcos miniatura.

A Pam le dio un vuelco el corazón. ¡Al final, los compinches del señor Schwartz habían conseguido apoderarse del precioso barquito y del cetro del príncipe…!

Para asegurarse de lo ocurrido, la niña, seguida por su familia y los hermanos Clausen, entró en el museo con los dos policías. Cuando Pam hizo preguntas sobre los barquitos, Karen fue traduciendo del danés al inglés. Pero la expresión grave de la joven maestra danesa ya hizo comprender a Pam lo que iba a decir Karen, antes de que ésta murmurase:

—Sí. Ha logrado introducirse un hombre y se ha llevado las dos preciosas reliquias.

Los dos oficiales, que se llamaban Jensen y Halker, explicaron que el celador del museo había intentado detener al ladrón, pero no había tenido suerte. El ladrón llegó corriendo a la calle, saltó a la parte trasera de una motocicleta en la que ya iba montado otro hombre, y los dos huyeron velozmente.



El celador que ya había salido al encuentro de la policía murmuró tristemente en danés:

—Cualquiera sabe a dónde habrán ido…

Cuando Karen tradujo aquella frase, los ojos de Pete se

iluminaron y al tiempo que hacía chasquear los dedos, el muchachito exclamó:

—Apuesto algo a que yo sí lo sé.

—¿A dónde…? —preguntó el oficial Jansen.

Pete suponía que los ladrones habían marchado en busca de la motora negra, con la intención de llegar al «Madagascar» o incluso a Suecia.

—Pero, a estas horas, el «Madagascar» estará probablemente en el Mar del Norte —dijo el señor Hollister.

—No, papá —contestó Pete—. La policía nos dijo esta mañana que el barco patrulla danés detuvo al «Madagascar» en el Skagerrak.

—Es cierto —contestó el señor Clausen—. El barco patrulla está esperando nuevas órdenes de la policía.

—Vengan —pidió el oficial Halker—. Indiquennos donde vieron por primera vez la motora negra.

Pete, Ricky y el señor Clausen subieron al coche policial, mientras los demás se situaban en la furgoneta, conducida por el señor Hollister. Con los oficiales de policía abriendo la marcha, los dos coches tomaron la dirección sur, alejándose de Helsingor.

—¡Qué buen sitio! —exclamó Ricky, admirativo mientras el oficial Halker conducía por una hermosa franja de tierra, situada a orillas del mar y que se conocía con el nombre de la Riviera danesa.

Pasado un rato, Pete anunció:

—Ya nos estamos acercando.

Volvió la cabeza y comprobó que su padre hacía lo posible por ir a la misma velocidad que el coche de la policía. Ricky, que también se dio cuenta, gritó:

—¡Zambomba! ¡Papá parece un conductor de carreras!

Unos momentos más tarde Pete indicaba:

—Ahora hay que virar a la derecha. El desembarcadero está allí.

Los dos coches fueron a detenerse junto al desembarcadero que los dos niños habían visto desde el avión.

¡La motora negra estaba aún allí!

Los policías, Pete, Ricky y el señor Clausen salieron y miraron a su alrededor. No parecía haber nadie a bordo de la motora.

—¿Será que los ladrones no han llegado aquí todavía? —preguntó el señor Clausen, atónito.

—Esto es muy extraño —declaró el oficial Jensen.

Los dos policías registraron la embarcación, sin encontrar en ella nada desusual. Al poco, Pete se fijó en un anciano que caminaba por la carretera.

—A lo mejor él sabe algo de los ladrones —opinó.

Cuando los policías interrogaron al viejo, éste replicó en danés, señalando al sur, por la carretera principal.

El señor Clausen tradujo las palabras del viejo, diciendo que la motocicleta, en la que iban dos hombres, se había detenido brevemente en el amarradero. Por lo visto, al poco, los dos motoristas cambiaron de idea y tomaron a toda velocidad la carretera, en dirección a Copenhague.

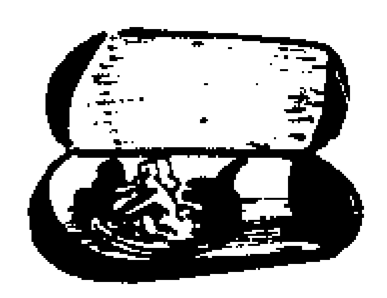
—¿Llevaban unos barquitos? —inquirió Ricky.

—Sí.

Los policías volvieron otra vez al coche y los chicos y el señor Clausen les imitaron. Cuando el coche patrulla pasó ante la furgoneta de los Hollister, Pete gritó desde la ventanilla:

—¡Ven, papá! ¡Vamos en persecución de los ladrones!

EL REGALO DE UNA REINA



El coche de la policía y la furgoneta se encaminaron veloces a Copenhague. Pasaron ante muchas bicicletas, motos y automóviles, pero la motocicleta de los dos fugitivos no aparecía por ninguna parte.

Por fin, el oficial Halker detuvo el coche a un lado de la carretera y el señor Hollister le imitó. Los dos policías conversaron en danés. Luego, el oficial Jensen habló por radio.

—Están pidiendo que se bloquee la carretera a cinco millas de aquí —informó el señor Clausen, hablando en voz baja con Pete y Ricky.

—¡Qué cosa tan rara! —reflexionó Ricky—. ¡Parece que esa moto tuviera alas!

La palabra alas hizo pensar a Pete en el molino de viento misterioso. Precisamente ahora se encontraban en los alrededores de aquel molino. El muchacho miró a su alrededor. Efectivamente, a la derecha estaba el molino.

—Miren —dijo Pete a los oficiales—. Allí está el molino extraño de que les hablé.

—Es cierto —concordó el piloto Clausen.

—¡Canastos! Puede que los ladrones se hayan escondido allí.

El oficial Halker dijo que el camino que iba desde el molino a la carretera principal se encontraba a varios metros de distancia de ellos.

—Iremos a inspeccionar —decidió.

Haciendo señas al señor Hollister para que les siguiese, el oficial Jensen volvió a poner en marcha su coche. Se estaban aproximando a la carretera vecinal cuando Pete gritó:

—¡Allí están!

Dos hombres en una motocicleta, salían de aquel camino cautelosamente. Acelerando la marcha, el coche de la policía bloqueó el paso de la moto. Los oficiales saltaron a tierra y ordenaron a los hombres de la moto que se apeasen.

—¡Oigan! ¿A qué viene todo esto? —preguntó el más alto de los dos, mientras desmontaban.

—¡Es un americano! —afirmó Ricky, mirando al hombre fijamente—. ¡Y a mí me parece igualísimo al señor Cara-Peluda, aunque sin barba!

—¿De qué están hablando estos críos? —masculló el hombre, arrugando el ceño.

Su compañero no decía nada, pero miraba a los chicos con ira.

—¡Yo conozco también a éste! —declaró Pete, refiriéndose al hombre que permanecía silencioso—. ¡Éste fue el que me ató!

—Estos críos están locos —gruñó el americano.

—No, no, señor Schwartz. Nosotros sabemos que son ustedes unos ladrones —declaró valientemente Ricky.

El oficial Jensen registró al hombre más alto, el hombre no llevaba armas, pero en uno de los bolsillos de sus pantalones se encontró… ¡una barba negra postiza!

—¡Lo ven! ¡Ya lo sabía yo! —exclamó el pecoso.

—¡Póngasela! —ordenó el oficial Jensen al detenido.

De muy mala gana, el hombre obedeció y mientras lo hacía, los dos chicos vieron algo en su mano derecha.

¡Era la bandera tatuada!

—¡Huy! ¡Ya han atrapado al señor malo! —declaró la vocecita de Sue.

El resto de la familia y Karen habían salido de la furgoneta y se acercaban ya a los dos detenidos.

—Indudablemente, se trata de este hombre —dijo el señor Hollister—. Es el señor Schwartz que hizo con nosotros el viaje en avión.

—Ustedes no tienen pruebas contra mí —vociferó el detenido.

El oficial Jensen siguió registrándole. De otro bolsillo sacó una navaja de marfil.

—¡Mi navaja! —exclamó Pete, jubiloso—. Ésta es una prueba. Ahora sé que era usted mismo el que estaba sentado en el banco del Tívoli. Nos engañó usted, quitándose la barba.

El detenido arrugaba con indignación la frente, pero todo su aire de ofendido desapareció cuando el policía encontró en su cartera un pasaporte de nombre de Pancho Schwartz.

En aquel momento, el otro prisionero hizo un esfuerzo por libertarse. El oficial Halker se abalanzó hacia él y le derribó en tierra de un derechazo. El hombre rodó por el suelo mascullando unas palabras en francés; luego, medio atontado, se puso en pie. Ni él, ni el señor Schwartz ofrecieron ya más resistencia cuando les pusieron las esposas.

—¿Dónde está el cetro que ha robado y la figurita de la sirena…, la Sirenita verdadera? —preguntó Pam, mirando al hombre más alto a los ojos.

Pero el señor Schwartz, sin mirar a Pam, mascculló, testarudo:



—No sé de qué me estás hablando.

Incluso después del serio interrogatorio hecho por la policía los dos hombres seguían negándose a hablar.

—Podríamos mirar en el molino —propuso Pete—. Estoy seguro

de que esconden algo allí.

Mientras el oficial Halker se quedaba al cuidado de los detenidos, el policía Jensen y los demás se acercaron a la puerta del viejo molino. El primero en entrar fue el policía que se encontró ante un hombre flaco y huesudo que estaba colocando varios quesos en rimero. El hombre se volvió y viendo al representante de la ley echó a correr hacia otra salida.

—¡Atrápele! —gritó Pete—. ¡Él fue quien quiso detenernos cuando íbamos en el avión!

—¡Alto!

El hombre dio un respingo al oír la áspera orden del policía y se detuvo. Muy pálido, y con voz temblorosa, aseguró:

—No era mi intención lanzar a las vacas contra el avión. Estaba… estaba aturdido. Soy inocente. ¡Créanme ustedes!

Cuando fue interrogado sobre el señor Schwartz y su compañero, el flaco de la nariz ganchuda negó que les conocía. Explicó que él se llamaba Smith y que había ido a Dinamarca a visitar a unos familiares.

—¿De dónde son estos quesos? —Preguntó el señor Clausen—. ¿Qué están haciendo aquí?

El detenido explicó que aquellos quesos estaban almacenados en el viejo molino en espera de llevarlos al mercado. Pero el danés no creyó aquellas explicaciones y recordó a los demás el misterioso funcionamiento del molino.

—Debemos registrar bien ese lugar —opinó el piloto.

Acompañado por los niños Hollister y por su hermana Karen, el señor Clausen empezó a inspeccionar el viejo molino, mientras el policía quedaba al cuidado de Smith.

Fue Holly quien tropezó con un objeto grande, envuelto con sacos. Al levantar éstos quedó a la vista un motor y una polea.

—¡De modo que se valían de esto para hacer funcionar las aspas del molino, sin contar para nada con el viento! —exclamó el piloto.

Muy emocionados, todos prosiguieron la búsqueda. El próximo y asombroso descubrimiento lo hizo Pete.

—¡Mire! ¡Mire, oficial Jensen! —llamó, al levantar otro saco, bajo el cual se veían piezas de madera.

—¡Los barquitos robados en las iglesias! —exclamó el oficial.

—¡No lo hice yo! ¡No lo hice yo! —protestó Smith.

—¿Dónde está el cetro? —preguntó Jensen, poniendo ya las esposas al hombre huesudo.

—¿Y la Sirenita? —añadió Karen.

—¡No lo sé! ¡Pueden creerme!

Los niños siguieron buscando por todo el molino, pero no hallaron el menor rastro del cetro, ni de la Sirenita robados.

De repente, Pam tuvo una idea. Se acercó a Pete.

Valiéndose de su cuchillo, separó las dos mitades del enorme queso.

¡Dentro se encontraba un cetro cuajado de pedrería!

—¡Hurra! ¡Hemos encontrado el secreto del príncipe! —gritó Ricky, dando saltos de felicidad.

—«Du store Kineser!» —exclamó el policía, con una amplia sonrisa—. ¡Habéis sido los Hollister quienes resolvisteis este misterio!

—Todavía no —contestó Pam—. ¡Aún no hemos encontrado la Sirenita!

Todos se acercaron a examinar el resto de los quesos, pero ya no encontraron nada nuevo.

—Será mejor que confiese que es cómplice de esa banda de ladrones —dijo Eric Clausen a Smith mientras volvían al coche policial—. Las cosas se suavizarán para usted si obra así.

—Creo que tiene usted razón —repuso el flaco, dándose por vencido—. Les diré todo lo que sé sobre este asunto.

Sin atreverse a mirar a la cara a sus compañeros, el hombre de nariz ganchuda contó atropelladamente cuanto sabía, explicando que su trabajo había consistido en hacer señales al «Madagascar», que se encontraba en el Oresund.

—Esos quesos se utilizan para transportar contrabando —continuó el flaco—. Estos hombres me prometieron una buena recompensa, si yo les ayudaba.

Smith admitió, además, que el motor y la polea se habían utilizado para hacer funcionar las aspas del molino, precisamente cuando los demás molinos quedaban inmóviles. Cuando funcionaban así las aspas, el «Madagascar» comprendía que debía esperar a la motora negra con el cargamento robado.

—¿Hay ahora algo de contrabando en el «Madagascar»? —inquirió el oficial Jensen.

—Sí —musitó Smith.

El oficial dejó al piloto Clausen y al señor Hollister custodiando al detenido, y entró en el coche para llamar por radio. Puso rápidamente al corriente de la situación a la policía de Helsingor y ordenó que se tuviera preparada una rápida motora en la puerta de la ciudad.

Se ordenó entrar a los tres prisioneros en el coche patrulla, y los Hollister y los Clausen se acomodaron lo mejor que pudieron en la furgoneta. Tras una veloz carrera hasta Helsingor, los tres detenidos quedaron en la comisaría con el oficial Halker.

El oficial Jensen dijo que se reuniría con la familia americana y sus dos amigos daneses en el puerto, dentro de diez minutos. Los Hollister llegaron antes que la policía y los niños se acercaron inmediatamente al lugar en que estaba amarrada la motora. El timonel estaba en su puesto y el potente motor runruneaba.

Pocos minutos después, llegaba el oficial Jensen. Con él iban otros tres policías que entraron en la motora.

Pete y Ricky miraban interesados, mientras Jensen desataba la barca.

—¿Os gustaría venir, si vuestros padres os dan permiso? —ofreció el policía.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, echando a correr con su hermano, para ir a pedir permiso a los padres.

El señor y la señora Hollister dieron su consentimiento, pero la madre insistió:

—Tened mucho cuidado.

—Lo tendremos —prometieron los dos chicos, entrando en la barca de la policía.

—¡Buena suerte! —desearon el señor Hollister y los demás.

Con un potente zumbido, la embarcación adquirió velocidad y se encaminó al norte a lo largo del Oresund. Se abría paso entre las olas, levantando fuertes rociadas que parecían un menudo rocío sobre las aguas verdosas.

Durante un rato Pete estuvo pensando que no iban a llegar nunca junto al «Madagascar». Pero, al fin, el oficial Jensen, mirando

con los gemelos, anunció:



—¡Allí! El barco patrulla está a su lado.

A los cinco minutos, la motora de la policía llegaba junto al mercante de color gris. El oficial Jensen llamó en voz alta para que descendiesen una escalerilla.

Los cuatro policías subieron a bordo del mercante, seguidos por los dos hermanos. El timonel se quedó en la motora, manteniéndola muy próxima al enorme buque. Ya en la cubierta, Pete y Ricky fueron presentados al teniente de la barca patrulla que había detenido al «Madagascar». Luego hubo un rápido intercambio de frases en danés, entre el capitán del buque y el oficial Jensen. Se efectuó un rápido registro en el mercante, encontrándose un cargamento de quesos. En el interior de varios de los quesos se encontraron diamantes, brazaletes de plata, relojes de mucho precio y, para entusiasmo de los Hollister, la preciada figurilla de la Sirenita, propiedad de la familia real.

—¡Canastos! ¡Qué contenta va a ponerse la señorita Petersen!

El capitán y la tripulación del buque quedaron detenidos y se les ordenó que condujeran la nave de nuevo a Copenhague.

Pete y Ricky volvieron a la motora, con el oficial Jensen, que llevaba los objetos recuperados. Pronto estuvieron en el muelle de Helsingor.

Ya entonces se había difundido por todas partes la noticia de lo

ocurrido y una gran multitud rodeaba a los Hollister y los Clausen, que aguardaban nerviosos, en el muelle. Cuando la embarcación de la policía amarró en su desembarcadero, la multitud prorrumpió en sonoros vítores.

Todos los presentes hicieron comentarios furiosos contra los contrabandistas y llenaron de elogios a los Hollister. En la comisaría, la familia conoció al capitán de la policía que estrechó las manos de todos los Hollister.

—¡Felicitamos a los Hollister de América! —declaró el capitán —. Han prestado un gran servicio a nuestro país.

Al día siguiente los niños se estremecieron de complacencia, viendo impresas sus fotografías en muchos periódicos daneses. En una de aquellas fotos se veía a Pete sosteniendo el cetro y a Holly con la valiosa Sirenita.

Las informaciones del periódico dieron a conocer otros hechos aclarados por la policía. Pancho Schwartz era natural del Brasil. Como ya los niños habían imaginado, era jefe de una banda internacional de ladrones y contrabandistas, y el tatuaje de su mano derecha representaba la bandera del Brasil.

Smith era el único de la banda nacido en América del Norte. Los otros dos eran un francés y un suizo. El resto de la banda lo constituía antiguos marineros que habían trabajado en el «Madagascar» años atrás.

Fue Gruning quien había descubierto el secreto del cetro, del cual le habló un viejo danés que habitaba en Berna, Suiza. El anciano, ignorando las intenciones de Gruning, le contó que el preciado cetro estaba en una iglesia de algún lugar de Dinamarca. La banda había destrozado muchos de los barquitos votivos, antes de encontrar la información que daba el viejo volumen encontrado también por Karen en una biblioteca. También había sido Gruning quien encontró el libro en Copenhague y arrancó las hojas en donde se daba información, pero no se enteró de que se guardaba otro ejemplar en el castillo Kronborg hasta que ya fue demasiado tarde.

—Les has ganado, Pam —sonrió Pete, a su hermana.

Varios meses atrás, el jefe de Gruning había estado en Copenhague planeando su fechoría. Entonces fue cuando consiguió la figurita de la sirena en un juego de Tívoli, y la conservó hasta

que pudo sustituirla por la Sirenita de verdadero valor. En el avión tuvo la oportunidad de hacer el cambio.

Mientras estuvo en compañía de los otros viajeros, mantuvo oculto el tatuaje de su mano derecha, comprendiendo que ello podría delatarle.

La barba falsa quedaba tan natural que sirvió incluso para despistar a la policía en varias ocasiones. Schwartz se la quitaba y ponía según le convenía y así desconcertaba a cualquiera que pudiera seguirle la pista. La noche en que los Hollister le vieron en Tívoli, se había quitado la barba porque le daba calor y le producía picazón.

Al ser interrogado de nuevo, Schwartz admitió que el paquete que llevaba aquella misma noche contenía objetos robados.

Ahora que el misterio estaba resuelto, los Hollister hicieron una verdadera visita de placer por Dinamarca, incluyendo en sus excursiones la casa de Karen, la de «Farmor» y «Farfar», y la de Nils y Astrid.

Cuando los viajeros volvieron a Copenhague para preparar su regreso a los Estados Unidos, vieron a Inger Petersen. La señorita danesa fue a verles al hotel, cuando estaban preparando las maletas.

—Tengo una sorpresa para vosotros —dijo a los niños.

—¿Qué es? ¿Qué es? —Quiso saber Holly—. ¿Un pastel danés muy rico?

Con una de sus traviesas sonrisas, Ricky declaró:

—Ya sé. Es un barquito de juguete como los que hace «Farfar».

—No —sonrió la señorita Petersen—. Se trata de algo muy especial.

Después de buscar en su gran bolso, sacó un estuche de terciopelo negro y levantó la tapa.

Dentro había una preciosa sirenita de porcelana. Pero, a diferencia de la estatuilla que habían visto en el avión, esta diminuta obra de arte tenía la misma carita de Sue y su cabello rubio rizado.

—«Ero» yo. «Ero» yo. ¡Yo «ero» una sirenita! —exclamó la chiquitina, empezando a dar alegres brincos por la estancia.

La señorita Petersen les hizo saber:

—Se trata de un recuerdo de la reina. Ella da las gracias a todos

los Felices Hollister por haber resuelto el misterio de la Sirenita Danesa.